

Raymond-Leopold Bruckberger O.P.

María Magdalena

Una traducción de Jack Tollers
Smashwords Edition

Índice

[Prólogo](#)

[Primera Parte: Friné](#)

[Segunda Parte: El banquete de la Nueva Alianza](#)

[Tercera parte: Antígona](#)

[Cuarta parte: En el umbral del Último Jardín](#)

Prólogo

La civilización recoge su cosecha de muchos sembradíos: distintos encuentros y muchos debates; se trata de una cosecha de conversaciones diversas que se han mantenido durante el tiempo y el espacio. Aquellos elegidos para mantener vivo el debate y la conversación alumbran las líneas principales de la civilización.

No sabemos qué le hubiera dicho Cristo a Platón: San Agustín apareció sobre el escenario y escribió los diálogos entre Cristo y Platón. No sabíamos qué le habría dicho Cristo a Aristóteles: para saberlo tuvimos que esperar un poco más, pues en este caso tal vez el diálogo resultara un tanto más difícil. Pero en el siglo trece Tomás de Aquino compuso con todo rigor ese diálogo. Aún no sabemos que le habría dicho Cristo a Confucio, pues aún no ha habido un filósofo de tanta envergadura que fuera cristiano y chino a la vez.

Pero no tuvimos que esperar nada para saber qué le habría dicho Cristo a Friné. Él mismo, durante los tres años de su vida pública, se encontró con Friné. Cristo convirtió a Friné e hizo de ella una cristiana, y una de las santas más grandes de la Cristiandad.

Una biografía de Santa María Magdalena suscita numerosos y serios problemas en los variados planos de la historia, de la exégesis, de la psicología y de la teología. Me he esforzado en tratar de no evadirme de ninguno de ellos. Refiero a mis lectores que pueden mostrarse interesados a la edición expandida de este libro, con sus correspondientes notas. Allí verán cuál es el método que he elegido para enfrentar y resolver las dificultades de este mi tema, además de las soluciones individuales que propongo a medida que aparecen aquí y allá.

Este volumen se verá seguido de un segundo acerca de la religión de María Magdalena y el lugar que ocupa esta santa en el corazón de la Iglesia y de la Cristiandad—en la tradición, en el arte y en la civilización. Sólo con ese segundo libro supongo que podré cumplir con las promesas que hago aquí, en el umbral de éste.

R.-L. B.

Primera Parte

Friné

Durante casi cuatro siglos desde la muerte de Alejandro, la cultura griega no había cesado de ganarse amigos a lo largo del Mediterráneo Oriental. En todas partes se hablaba en griego: en las clases altas, en las escuelas y en los círculos intelectuales, en los gimnasios y en los talleres de artistas; e incluso en el comercio. El dominio romano no había debilitado la influencia helénica sino que más bien la había extendido.

En el mundo judío, a pesar de ser tan nacionalista, esta influencia había calado hondo. En tiempos de Antíoco Epifanio, con la complicidad de los sumos sacerdotes, había llegado demasiado lejos a punto tal que se había convertido en una amenaza para la pureza del culto al Dios Único. En Judea, la reacción de los Macabeos había causado la retirada del helenismo, por lo menos por un tiempo.

Pero más allá de eso, el helenismo no había sido derrotado y se mostraba triunfante por doquier. Los judíos no eran sólo nacionalistas; también eran mercaderes y en algunos casos amigos de las letras y de las artes. A lo largo del Imperio se habían asentado colonias judías y a su debido tiempo sus sinagogas servirían de postas para la propagación del cristianismo. En estas colonias se hablaba griego y hacía mucho ya, que—con el patrocinio de los grandes Ptolemitas—los judíos de Egipto habían traducido la Biblia al griego.

Estas colonias mantenían estrechos vínculos familiares, de religión y de comercio con Palestina. Cuando acudían en peregrinación a Jerusalén para las Pascuas, estos judíos de la diáspora, siendo los más ricos y los más cultivados, naturalmente eran los más honrados y festejados entre la gente de la sociedad. Mantenían excelentes relaciones con los procónsules y los oficiales romanos, además de ciertas notables familias saduceas, ganadas, quieras que no, si no por las nuevas ideas, al menos por la cultura griega. Estas grandes familias hacían las veces de puente. Muy ricas y poderosas, amigas de Roma, estas familias se hallaban representadas por algunos de sus miembros entre los Sumos Sacerdotes y el Sanedrín, y dentro de la nación judía hacían las veces de lo que hoy daríamos en llamar "colaboracionistas". Aquí, por intransigente que fuera su nacionalismo, el celo por la fe de Israel se hallaba un tanto debilitada. Con todo, conservaban la mejor de las relaciones con todo el mundo, prestaban servicios indiscriminadamente, se mezclaban con la más alta sociedad en todos los bandos y se mostraban sumamente hospitalarios con los parientes y familiares venidos de Roma o de Alejandría, tanto en sus lujosas casas de campo como en la propia Jerusalén.

En estos círculos, sin apostatar formalmente de su fe en el Dios de Abrahán, en verdad se tenía una percepción de Israel como una cosa de poca monta frente al poder de Roma; y su literatura profética parecía muy pobre cuando se la comparaba con las obras maestras de los griegos. La mentalidad local

parecía terriblemente "provinciana" y regionalista en medio de la burbujeante actividad que centelleaba a lo largo de todas las costas del Mediterráneo, allí donde los Misterios Orientales se incorporaban a la filosofía griega para conformar uno de los esnobismos más notables de toda la historia de la cultura. Comparada con esta influencia, la difusión de la lengua y cultura francesas a lo largo y ancho de Europa durante el siglo dieciocho no sería más que un modesto pastizal ardiendo al lado de un bosque en llamas.

En tales circunstancias, si eras una joven rica, hermosa y dotada en las artes y la danza, inteligente y receptiva, ¿cómo no ibas a ser "griega" por entonces?

De hecho, la de María Magdalena era una de esas notables familias saduceas que contaba con una casa de campo sobre las costas del lago de Genesareth en Galilea, además de una residencia a las puertas de Jerusalén. Su hermana, Marta, tenía un nombre sirio. Se trataba de una familia afortunada y poderosa que seguía las modas y gustos de su tiempo. La joven María había sido criada según el estilo griego; era "griega" hasta la médula. A los trece o catorce años de edad, habiendo alcanzado ya una radiante belleza y encontrándose plenamente desarrollada (como sucede con las mujeres jóvenes de aquellas regiones), esta niña pícaro y sensual, vivía rodeada de músicos y pretenciosos y perfumados jóvenes, y contaba con un maestro de baile que habría venido de Éfeso o de Eleusis. Cuando se cansaba de practicar sus pasos, le hacía leer en voz alta el discurso de Diótima de *El Banquete* de Platón, aquel discurso en que postula el amor libre como el mejor camino para adquirir la sabiduría, o se hacía contar acerca de las andanzas de Friné la cortesana. Cuando arribaba un primo joven y guapo procedente de Alejandría, venido a Jerusalén para las Pascuas, ella le hacía contarle la muy reciente historia de Cleopatra—la maga, la encantadora de serpientes, la Reina de Egipto, y, su belleza mediante, la querida de los dueños del mundo. De noche, esta joven, segura ya de su espléndido cuerpo, revolviéndose en su cama, cerrando los puños se decía en su corazón: "Seré como la reina Cleopatra, seré como Friné la cortesana".



¿Sabemos exactamente quién era Friné la cortesana?

Para representarnos la clase de mujer que debe de haber sido tenemos que retroceder en el tiempo unos veinticinco siglos y, muy especialmente, dejar de lado la impresionante revolución que trajo el cristianismo en lo que a costumbres se refiere. Sólo así podremos adivinar el significado exacto de los hechos y gestas de esta increíble creatura.

¿De qué otra manera podríamos representarnos adecuadamente los maravillosos logros de esta época tan distante en el tiempo? Aquí no nos referimos tanto a las obras maestras que nos han legado, sea en el campo del arte o del pensamiento, sino más bien a la estructura social incomparablemente cándida e incomparablemente arrogante de entonces. El fin de esta sociedad consistía en la formación, la conservación y la reproducción de seres humanos magníficos. La esclavitud y la familia—que constituía otra forma de esclavitud—conformaban su base biológica y funcional. La madre de una familia era perfectamente ignorada como si fuera otra esclava más, encerrada como estaba en los aposentos destinados para las mujeres. Los hombres libres no trabajaban. Las mujeres libres no se ligaban con los vínculos del matrimonio. Los hombres y mujeres libres se criaban de conformidad con los principios de Platón: la música formaba sus almas, la gimnasia sus cuerpos. Estas espléndidas creaturas consagraban sus vidas a la armonía. Se aplicaban a familiarizarse con los dioses mediante la contemplación de la belleza, se empeñaban en aprender filosofía, en la creación de obras de arte, en dominar el arte del gobierno del Estado y en la práctica del heroísmo y del placer sensual. Esta elite no tenía sino un fin que perseguía con pasión: el de lograr en sus vidas, en el arte y en la sociedad, una armonía universal.

Friné había nacido y vivido en una civilización así. Debe de haber sido exactamente contemporánea de Alejandro Magno; puede que incluso haya conocido a Aspasia, la famosa cortesana amiga de Pericles. Aún muy joven, había servido de modelo para Praxíteles. Se trataba de una mujer libre que aspiraba a ocupar su lugar en el mismo estamento que los héroes, los filósofos, los artistas y los poetas. Se trataba de una cortesana.

Por entonces Platón estaba en la cúspide de su fama. Que Friné no hubiese conocido a Platón habría sido sorprendente. Y si no era ella misma, ciertamente se trataba de alguien como ella la que él introdujo en su Banquete, una mujer ante la cual el mismísimo Sócrates prefería quedar en el trasfondo, y a la que Platón le dio la tarea de exponer las más altas enseñanzas referidas al amor, a la belleza y a los medios de adquirir la contemplación. Así, el más famoso entre los sabios griegos pagaba tributo a la sabiduría superior de una mujer cuya notable belleza y experiencia de amor servía para todos como testimonio irrefutable de su amistad con los dioses.

Sin embargo, no entenderíamos nada acerca del paganismo griego si quisiéramos representárnoslo como una inmensa puesta en escena al aire libre de las "*Folies Bergères*", o como el lanzamiento en una plaza pública de un monstruoso show burlesco. Allí donde para nosotros la belleza corporal antes que nada se halla enteramente saturada con connotaciones sexuales, los griegos le asignaban el carácter de una revelación religiosa. Y esta es la razón por la que nos resulta tan difícil comprender el significado de aquel espectáculo ocurrido en Eleusis durante las festividades en honor del dios Poseidón. En la presencia del pueblo todo, en un transporte de entusiasmo, Friné se quitó la ropa, se deshizo el pelo y dio unos pasos enteramente desnuda, sus manos extendidas hacia el mar. Desde luego, en esto no había la menor indecencia. Friné desempeñaba su rol como profetiza del dios del mar. La revelación de su belleza le traía al pueblo todo la comunión con la deidad.

Es innecesario aclararlo, tal espectáculo ya no es posible. Aún suponiendo que Friné todavía existiera, sus acciones ya no contarían con la comprensión de un pueblo entero, o, en su caso, su comprensión sería enteramente contraria a la de una participación de tipo religioso. Mas ¿por qué un espectáculo así ya no es posible? ¿Qué nos perturba en esta escena? ¿La desnudez de Friné? ¿Su extrema belleza? ¿O acaso es por razón del carácter público y cósmico de esta "epifanía"? Y sin embargo, en el primer Jardín, en horas de la primera mañana del mundo, seguramente Eva debe de haber dado unos pasos iniciando su procesión de igual manera, extendiendo sus manos hacia el cielo y la tierra, envuelta en el éxtasis de hallarse tan bella, la soberana de una naturaleza tan bella. También estaba desnuda y de ningún modo avergonzada por eso. Si hubiese estado la humanidad entera presenciando su desnudez, no por eso se avergonzaría. Y enteramente desnuda como estaba, ni siquiera la perturbaba el hecho de que Dios mismo la veía.

Quizá este incidente en la vida de Friné constituye el mejor para hacernos entender qué cosa era el paganismo, el paganismo griego en particular. El paganismo griego estaba transido de esta profunda nostalgia por el Primer Paraíso, por su inocencia, por la entera libertad que suponía. Entre los espíritus más grandes—y Friné era uno de estos—se trataba de un gigantesco esfuerzo por redescubrirlo, franquear nuevamente el umbral prohibido ante el cual está de guardia un ángel de espada flamígera. Por supuesto que ella no lo sabía, pero con la fuerza de todo su ser y su asombrosa belleza, Friné quería convertirse en Eva antes de la Caída. La tierra toda, y el mar, y el cielo ático no eran para ella sino el paraíso terrenal, el Primer Jardín de la Inocencia.

Los hombres se aferran al sueño del paraíso perdido. Ni bien nos dormimos, esto es lo que despierta en nuestros corazones. Pone en movimiento todos nuestros deseos corporales. Se trata del sueño infantil de

la raza humana; ni bien se siente demasiado desgraciada, la humanidad vuelve una y otra vez sobre este mismo sueño, hasta el hartazgo, generación tras generación.

Pero, después de todo, no es sino un sueño, peligroso como todos los sueños cuando los confundimos con la realidad. Entre el día de Eva y nosotros ha ocurrido un acontecimiento siniestro que ha restringido la libertad humana—aquél acontecimiento que nuestros catecismos llaman la Caída Original, el primer pecado por el que hemos sido anoticiados con el melancólico conocimiento del bien y del mal que condujo a Eva, inmediatamente después de la desobediencia, a esconderse para no sentir el ojo de Dios sobre ella, "porque estaba desnuda" como lo quiere el Génesis.

Y con todo, Friné era hija, ella también, de Eva, y no se escondió... El gesto de Friné resultó posible sólo en virtud de su ignorancia y debido quizás a una cierta desesperación, algo así como la de un hombre quebrado que no quiere creer en su quiebra y que aún sueña mientras duerme que es rico y poderoso y que realiza gestos magníficos. Friné era la Eva de este jardín de ensueños y Platón su jardinero. Fue él quien, el primero, trazó sus anchas avenidas, sus fuentes, que plantó sus arboledas y dispuso sus umbríos recovecos y agradables paseos—las escalinatas y terrazas de este maravilloso jardín de armonía universal. Bajo el encanto de un profeta tal, el hombre siempre querrá eludir la vigilancia del Ángel e intentará desafiar la flamígera espada con tal de abrirse paso a través del umbral prohibido.

En verdad, fue el mismísimo Platón quien pone en boca de Diótima (y sabemos bien que podría ser la propia Friné) el deseo de disfrutar de la mayor cantidad de cuerpos posible—cosa que no es sino una teoría del amor libre—como etapa necesaria en el viaje hacia el gozo de la divina y eterna Belleza que constituye el fin último del sabio. Es en este sentido que Friné se enorgullecía de ser una cortesana. Era una cortesana para iniciarse ella misma, e iniciar a los demás, en la sabiduría.

En vano negaríamos la grandeza humana de semejante ideal, y Platón siempre será Platón. Todo el problema está en saber si este ideal es un sueño o no, un sueño imposible de trasladar a la realidad y por tanto, catastrófico. ¿Permanece accesible el Primer Paraíso o se ha perdido para siempre? ¿Si se ha perdido, a cuento de qué tratar de revertir los relojes? A lo mejor los griegos tenían perfecta conciencia de la vanidad de sus intenciones, esos mismos griegos que nos han dejado tantos mitos sobre la desesperación, desde la historia de Sísifo hasta la de Prometeo. Quizás Friné era especialmente lúcida, y si así fuera, habría estado muy por encima de los modernos abogados del placer sensual, tan sonsos ellos. Tal vez Friné sabía que soñaba. Dicho lo cual, se empeñó tras su ideal y lo desplegó como ejemplo. Tal como la veía Platón (o a Diótima, su alma gemela), como una igual de Sócrates, así también ella se veía a la par de Alejandro Magno y aun quizá, un poco superior.

Como consecuencia de una sublevación de sus habitantes, Alejandro arrasó la ciudad de Tebas, con la excepción de la casa de Píndaro. Unos años después Friné propuso reconstruir las murallas de esa ciudad a su costa con la condición de que se esculpieran sobre ellas las siguientes palabras:

DESTRUÍDA POR ALEJANDRO

RECONSTRUÍDA POR FRINÉ LA CORTESANA.

No carecía de estilo esta joven, gran estilo y mucha plata. En razón de su belleza, se daba cuenta de que su misión era la de crear paz y felicidad a su alrededor, tal como lo hace un conquistador empleando su poder para sembrar a su derredor terror y destrucción. Resulta más glorioso reconstruir una ciudad que destruirla. Y de paso, a Friné tampoco le disgustaba la idea de proteger al más grande de los poetas griegos y, si Alejandro aún vivía cuando anunció su proyecto, la de desafiar al señor del universo.

Esta mujer lo desafiaba todo, incluyendo la divina majestad de las Leyes en el lugar donde las Leyes habían sido concebidas. Una vez se la acusó de haber profanado los Misterios Eleusinos. Apareció ante el tribunal de los Eleatas que sesionaban a las puertas del Acrópolis cuando rompía el día. Podemos imaginarnos a la turba que esa mañana acudió al juicio de Friné la cortesana. Las cosas pintaban mal para ella cuando el rétor que la defendía se quedó sin argumentos y, viendo que lo más probable es que resultara condenada, se le acercó y desabrochándole la túnica (la *péplum*) dejó expuesto ante los jueces y toda la multitud aquel busto perfecto de la que nos dejó una semblanza Praxíteles en su imagen más lograda de Venus.

No hay para qué decirlo, resultó absuelta. Más afortunada que Sócrates, fue absuelta. Los griegos creían que una mujer de tal belleza en modo alguno podía ofender a los dioses. La belleza, en el esplendor de tal perfección, estaba tal vez por encima de los dioses, la manifestación visible del más feliz de los destinos. Los mismos dioses le estaban sujetos.



Así era la arrogante modelo que, a sus trece años, María Magdalena se fijó como meta igualar. ¿Podemos saber de los sueños de una joven cuando siente dentro suyo una efusión de savia que podría incendiar al mundo? En los días que corren las jóvenes de esta edad se conforman con colgar sobre sus lechos las fotografías de algún actor de cine y soñar con ser la estrella de una película, reinando sobre un millón de oscuras almas que cada noche a lo largo y ancho del mundo se intoxican con ensueños o ilustres imaginaciones. Una vez más, el mito del Paraíso Perdido y la promesa del Diablo que engendra en un corazón joven su flor arrogante y ponzoñosa: "Seréis como dioses".

En el caso de que consultara las crónicas de su propio pueblo, María Magdalena bien pudo haber leído en su Biblia la historia de Judith, arreglándose suntuosamente para seducir a Holofernes y de paso matarlo. Y, sobre todo, bien pudo haber leído la historia de la espléndida Esther, a quien su tío, el piadoso judío Mardoqueo, introdujo en el harén de Asuero para que se convirtiera en su favorita y así, conquistando el corazón del rey, proteja a su pueblo. Desde los días de Abrahán cuando en Egipto prudentemente cerró los ojos ante el secuestro de su esposa para el harén del Faraón, recibiendo a cambio regalos de su soberano, en la historia del pueblo elegido se había constituido en táctica típica esta de interponer una mujer muy bella entre ellos y una potencia foránea, fuera el caso de un poder hostil, amenazador o simplemente desconocido. Y resultó que esta mujer, mediante su belleza, liberó a su pueblo.

En Platón, María Magdalena aprendió que la belleza de los cuerpos constituye un medio para alcanzar la sabiduría, y en la historia de su pueblo aprendió que también constituye una magnífica herramienta de dominación. Estas dos certezas que abrigaba en su corazón y en su sangre habrían de hacer de ella una joven fuera de lo común. Fuera de la común, efectivamente... el Evangelio nos dice que estaba poseída por siete demonios. Y aquí es donde empieza la gran aventura. Este pequeño y soberbio animal habría de comenzar con su zarabanda, y siete ángeles de las tinieblas le insuflarían sus genios: genios de lujuria y de jactancia, genios de melancolía y de crueldad, genios de curiosidad, glotonería y falsedad.

Sólo la gente que ha vivido en un país cristiano puede desconocer qué cosa es habitar una tierra abandonada al demonio. No que no haya demonios entre nosotros; sino que normalmente se esconden en lo profundo de la tierra y no se apartan de sus escondrijos sin considerar primero los reglamentos de la policía y las reglas de los psiquiatras. No se sienten enteramente en casa, y, para que los exorcistas se olviden de ellos, se toman el trabajo de cumplir con la ley del país y las convenciones sociales establecidas. Cuando asesinan, corrompen a una niña, o ensucian el alma de un joven, lo más frecuente es que los diarios no se ocupen del tema, o si no hablan de accidentes en la carretera, trata de blancas, o el problema del narcotráfico. Pero el diablo mismo nunca es agarrado con las manos en la masa.

Ahora, si habláis con no importa qué misionero o no importa qué funcionario del servicio exterior colonial, os contará cien historias en las que la crueldad, la lujuria y el horror se ven mezclados con lo extraño—he aquí el santo y seña del Diablo.

Una joven de Oriente, tal como lo era María Magdalena, lo bastante bella como para conmover a las esferas y sabiéndolo, una niña que vivía de día y de noche en complicidad con los siete demonios que incendiaron su sangre—una niña así sería capaz de montar una producción teatral, escénica y acrobática, unos efectos especiales, que avergonzarían a todos los directores de películas de Hollywood por junto. En efecto, el propio Evangelio nos suministra un buen ejemplo de esto en el caso de otra hija de una gran familia, llamada a ser leal compañera de María Magdalena—Salomé, la hija de Herodías. Ella lo sabía todo acerca del horror, esa joven, y todo sobre la lujuria y la crueldad. Ella también seguramente albergaba siete demonios en su cuerpo, demonios de un calibre no menor a los de María Magdalena. Salomé y María Magdalena juntas y sus siete demonios multiplicados por dos—cuando esa jauría se lanzara sobre el mundo, por cierto que haría ruido.

*

A todos los Herodes les gustaba la construcción. Herodes el Grande, aparte de numerosas aldeas y pueblos, un puerto de mar, estadios, templos paganos y muchos otros monumentos al gusto romano, había restaurado el Templo de Jerusalén. Su hijo, el Tetrarca, cuyo principado incluía la Galilea, también abrigaba el mismo gusto por construir. Y mediante la construcción le hacía la corte a Roma. Herodes el Grande había fundado una ciudad que había llamado Cesarea en honor de Augusto. El Tetrarca quería darle a Galilea una capital, de la que ese principado carecía, y que se llamaría Tiberíades en honor del emperador reinante, Tiberio. Y como la grandeza de un príncipe se mide por su capital y como el Tetrarca había adquirido el mismo gusto por la magnificencia que su padre, no ahorró recursos para que esta ciudad fuera digna de él y de Roma. Allí construyó un gimnasio para los jóvenes, baños termales y posiblemente un circo romano. La adornó con palacios y, siguiendo el ejemplo de su padre, intentó atraer a los artistas y filósofos griegos. Ahora, una capital necesita de habitantes. Como esta en particular había sido construida sobre terrenos donde había funcionado un antiguo cementerio, los judíos no querían vivir allí por temor a contaminarse con las impurezas legales señaladas por la Ley a cuenta del contacto con los sepulcros. Herodes el Tetrarca no dudó en atraer a su capital a pueblos de todas las naciones, con la consiguiente mezcla de nacionalidades. Prodigó con privilegios, dineros y propiedades a los personajes que se avenían a vivir cerca suyo, y en especial a quienes adornarían con su presencia su corte, que él quería lo más brillante posible.

La ciudad de Tiberíades tenía más o menos la misma edad que María Magdalena. Magdala queda cerca de Tiberíades. De aquí que resultó perfectamente natural que la espléndida capital absorbiera a la espléndida chica.

Tenemos que contar con alguna noción de cómo eran aquellas cortes orientales—su pompa y su corrupción. Berenice, la nieta de Herodes el Grande, la mujer en la que se inspiró Racine para una heroína tan conmovedora, sólo tenía diez años cuando las prostitutas de Cesarea la adoptaron como su patrona y cuando la población de aquella ciudad instaló sus imágenes en sus casas de mala reputación. Tenía unos pocos años menos que María Magdalena y Salomé.

En aquellos tiempos así eran las princesas. Y se creía que semejante conducta podía justificarse perfectamente invocando el helenismo. Uno no era culto de veras a menos que no fuera disoluto. En todos estos registros María Magdalena se hallaba perfectamente en la corte de Herodes. Podemos incluso presumir que fue precisamente la corte de Herodes la que primero llamó la atención de esta belleza bien nacida y que la influencia de Herodías sobre María Magdalena acabó con los prejuicios—no demasiado enraizados—de la bella judía para que se extralimitara sin restricción ninguna. ¿Y cómo no imaginar que María Magdalena no haya atraído los favores del mismísimo Tetrarca? Pues si Herodías era cruel, seguramente no era celosa de las que le estaban subordinadas y aquellas cortes orientales no serían distintas de lo que son hoy en día: flexibles y acomodaticias con todas las pertenecientes al harén.

El maestro de baile que le leía Platón y que le contó la historia de Friné la cortesana; un apuesto primo contándole las hazañas de Cleopatra; el ejemplo de Esther, la hija de su raza, que ingresó al harén de un rey pagano y que allí ascendió en eminencia; los atractivos de la corte de Herodes; la influencia de Herodías y la amistad de Salomé—habitualmente no hace falta tanto para corromper a una joven.

Y luego, los siete demonios... no olvidemos los siete demonios. Ahora les tocaría el turno a ellos.



A esta altura todavía estamos como el guionista de un drama que, en el primer acto, bosqueja con cuidado sus personajes. Sabemos quién es Herodes, el suntuoso y licencioso tirano; sabemos quién es María Magdalena, Friné en la corte del príncipe; sabemos quién son Herodías y su hija Salomé; y si no sabemos quién es el diablo, pronto lo sabremos. Sin embargo, carecemos de un antagonista de toda esta distinguida gente. Y ahora aparece en escena Juan el Bautista, el profeta.

En una pequeña iglesia del sur de Francia hay un cuadro que representa el encuentro de la Virgen María con una Isabel algo avejentada, cuando ambas estaban embarazadas. Ambas se abrazan. El pintor se las ha ingeniado con recurso a una obvia ventana en las vestiduras de Isabel que nos permite ver en su seno. Y efectivamente, a través de los paneles de vidrio una ve al pequeño Juan, que un día se convertirá en el Bautista, sentado dentro de su madre como en un sofá y, lleno de entusiasmo, está tocando un violín.

Dejando de lado la cuestión de este concierto, la Iglesia siempre ha celebrado el nacimiento de Juan el Bautista admitiendo que este primer encuentro con el Salvador había, a través de las paredes del seno materno, actuado sobre él como un bautismo, liberándolo del pecado original aun antes de su nacimiento. De modo que no le faltaban razones—que pegara saltos de alegría no le había alcanzado—no le faltaban razones, digo, para tocar el violín a aquel pequeño, cuando sintió que se aproximaba el Arca de la Alianza, tal como se la llama a la Virgen María en sus letanías, la Virgen Madre que portaba dentro suyo al Salvador del mundo, aquel que, sólo ÉL, podía hacer que los hombres olvidaran el Paraíso Perdido dándoles la esperanza de un gozo eterno. El rey David bailando delante del Arca y todos los flautistas de los banquetes platónicos habrían detenido su música y baile ante estas armonías sin precedente. En adelante, y merced a esta concordia fabulosa, esta música sin par, para los hombres la idea de un júbilo inalcanzable no existiría más: esta música que salía del seno de Isabel.

Así nació el último de los profetas del Antiguo Testamento aquel de quién el mismo Cristo dijo que ninguna había sido más grande de entre los hijos de los hombres. No sabemos nada acerca de su infancia. Mas en cuanto llegó a la edad de adulto, purificado cuando aún en el seno materno, se dedicó a la soledad y a la penitencia en el desierto. Vestido con piel de camello, vivió alimentándose de langostas y miel silvestre. Moraba a orillas del río Jordán y cerca de las costas del Mar Muerto. Entonces comenzó a predicar y, en las aguas del Jordán, a bautizar para el arrepentimiento, dando testimonio, además, del verdadero bautismo por venir. Aquel que los profetas habían anticipado a lo largo de semanas de años y de siglos, él podía señalarlo con el dedo: "¡He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!". Siglo tras siglo, a lo largo y a lo ancho del mundo, la Cristiandad repite tres veces en la misa y justo antes de la comunión esta asombrosa invocación: "Aquel que quita los pecados de los hombres y los libera del sueño..."

El sueño constituye la sustancia del pecado puesto que, para ser enteramente precisos, el pecado carece de sustancia toda vez que mana enteramente de nuestros corrompidos corazones. El pecado no está en las cosas, está en nosotros. Juan el Bautista denunció al pecado; no lo quitaba. Y sin embargo el hombre y su pecado no son sino uno. El pecador se aferra a su pecado más que a su propia vida y es esto mismo lo que lo hace pecador. Instintivamente odia a todo aquel que quiera despertarlo. Aquí la razón de por qué el encuentro del Bautista con la corte de Herodes no podía sino terminar en tragedia.

Así, en las antípodas de Palestina—pero claro, eso no queda lejos, tan pequeño es el país—Juan el Bautista atraía a las masas al desierto y les predicaba el odio al pecado y la necesidad de arrepentirse. Y entonces finalmente habló de Herodes, reprochándole públicamente su matrimonio incestuoso con Herodías, además de otros crímenes. Herodes lo hizo encarcelar en la fortaleza de Machareus, sobre las costas del Mar Muerto. Hizo esto obviamente instigado por Herodías que lo dominaba por completo y que había jurado odio eterno hacia quien se atrevía a denunciar públicamente el escándalo de su relación con Herodes.

Por lo demás, Herodes tenía razones políticas para actuar así: los políticos siempre tienen razones políticas y todo aquel que se les opone siempre es acusado de actuar por razones políticas. Esa es una historia que no tiene fin. Es cierto, con todo, que Herodes temía un levantamiento del pueblo. Todo lo favorecía. La primera esposa de Herodes, a la que él había repudiado vergonzosamente para tomar a Herodías, era la hija de Aretas, el rey de Petra, capital de un reino cuyos confines llegan a las costas del Mar Muerto. Aretas ardía por vengar el honor de su hija, como que de hecho eso mismo hizo poco después, justo antes de la muerte de Tiberio, aniquilando el ejército de Herodes. Es comprensible que en semejantes circunstancias, aquel rey, ultrajado por Herodes, no podría sino simpatizar con la prédica de Juan el Bautista y seguramente habría fomentado cualquier cosa que causara disturbios en el vecino reino. La posición de Herodes no era fácil. Necesitaba de aliados internos puesto que se veía amenazado en el exterior, y ahora este insolente ermitaño, revestido con piel de camello, se atrevía a sublevar a la gente. Había que terminar con eso cuanto antes—lo metería preso.

Pero atento a que siempre existía la posibilidad de que Areta ordenara una excursión contra la fortaleza de Machareus, o una revuelta a favor de Juan de parte del pueblo de la campiña donde había predicado, Herodes se apuró en trasladar a su prisionero a Tiberíades encarcelándolo en su propio palacio. En Oriente no hay palacio que no tenga su prisión, y nunca resulta demasiado seguro para el preso tener tan cerca a quién ordenó su encarcelamiento.

Inevitablemente el arribo del Bautista debe de haber producido gran revuelo. Los profetas son los parteros del Destino y la tragedia siempre los acompaña. Como solía decirse en la Edad Media, el "Misterio" estaba a punto de comenzar. Aparentemente al principio las cosas no pintaban tan mal para Juan el Bautista. Herodes estaba encantado de conocerlo. Lo halló inteligente, un tanto primitivo si se quiere, pero simpático. Se hizo la costumbre de visitarlo a menudo e incluso de pedirle consejo. Esto sí que Herodías no lo había previsto. Se encargaría de esto. Porque resulta que, por razones un tanto diferentes, las mujeres bellas también paren el Destino, o, con más frecuencia, lo abortan. Y de aquí que Orfeo finalmente fue despedazado por las Bacantes tracias. Aquí la disputa entre dos melodías, una que duerme a los hombres, otra que los despierta.

*

El arribo entre soldados del joven y ardiente predicador, célebre por sus austeridades, fue un gran acontecimiento para toda la corte. Le suministraba nueva pimienta a los placeres que se habían vuelto un tanto rancios a fuerza de repetición. Las mujeres se mostraban ansiosas por ver cómo era un profeta. Lo encontraron guapo como un dios. Y puede darse por descontado que para estas mujeres embrujadoras, acostumbradas al empalago y la corrupción, nada podía resultar más fascinante que este joven profeta con su magnífica voz, que había movilizado a multitudes enteras con una leyenda de violencia y absoluta pureza. Para estas pequeñas platonizantes, imitadoras de Friné y criadas en el culto de la belleza, acostumbradas a considerarse iguales a los príncipes, a los artistas y a los filósofos, cuán tentadora y novedosa no les parecería la idea de ponerse al mismo nivel que el profeta para echarle un embrujo con su propia belleza. Para Herodías, ¡qué triunfo si lograra entrapar con las redes de los placeres sensuales a aquel que le había reprochado tan amargamente su propia concupiscencia! Indudablemente el plan fue puesto a prueba: María Magdalena y Salomé rivalizaban entre sí con sus encantos para cautivar al admirable prisionero. Seguramente que Herodías no ahorraría esfuerzos por alentar la coquetería de estas dos poseídas del demonio.

En verdad, seguramente se intentó la cosa, y seguramente falló, si hemos de explicarnos debidamente lo que ocurrió luego. Sabemos de la ferocidad de que es capaz la mujer que despliega todos sus encantos para seducir, pero cuyos encantos han sido despreciados. Semejante afrenta constituye la blasfemia de las blasfemias, y para el culpable de semejante atentado a la lesa majestad, no hay castigo que alcance.

Era el día del cumpleaños de Herodes, y para celebrarlo ofreció una gran fiesta para sus príncipes, los oficiales de la corte y sus amigos. Y tal como aún es el caso en Oriente, las mujeres no acudieron a la mesa, sino que había quienes bailaban durante el transcurso de la comida. Salomé, la hija de Herodías,

bailó de tal manera que entusiasmó a todos, especialmente al Tetrarca, quien, en la presencia de todos sus invitados, le prometió, juramento mediante, concederle cualquier deseo que ella se dignase formular, incluso, si a mano venía, la mitad de su reino. La joven hizo una reverencia, dejó la sala del banquete y le contó a su madre todo lo que había ocurrido. Herodías la persuadió de que volviera a la sala y que valientemente pida que se le trajera la cabeza del Bautista sobre una bandeja. Herodes se mostró consternado. Había supuesto inocentemente que una niña de quince tenía otras cosas en la cabeza que no una cabeza decapitada para pedirle a un rey que le ofrecía la mitad de su reino. Pero había prestado juramento delante de todos sus invitados y así es que dio la orden al verdugo que le trajese la cabeza del profeta. El verdugo la trajo sobre una bandeja. El rey se lo presentó a la joven quien a su vez, con toda tranquilidad se la presentó triunfante a su madre.

Toda la historia rezuma con el estilo refinado de la venganza de una mujer. En cuanto a Herodías, la cosa es obvia. En lo que a Salomé se refiere, resulta igualmente claro. Ni por un minuto dudó en aceptar la terrible propuesta de su madre; formuló su petición en voz alta delante de un numeroso grupo de hombres; y con orgullo aguardó el regreso del verdugo. ¡Gran pieza de teatro! Y semejante teatralidad carecería de explicación si no hubiese sucedido, antes, entre Juan el Bautista y la joven, algo que le provocara el escandaloso resentimiento de esta exquisita beldad.

De manera que el profeta había sido decapitado y, un gran bajoplato de oro sólido con su cabeza, sus ojos abiertos manando sangre, se fue pasando de mano en mano, aquellas graciosas manos de los flautistas y bailarines de la corte de Friné.

Habiéndose enterado de lo ocurrido, los discípulos de Juan vinieron, tomaron el cuerpo y lo envolvieron en una mortaja. Luego fueron y le contaron lo sucedido a Jesús, también Él un profeta, y además primo de Juan el Bautista, quien se hallaba predicando en las cercanías, en Cafarnaúm. De tal modo que nada faltó para su entierro: reverencia hacia el cuerpo, las correspondientes ceremonias exequiales, las muestras de desconsuelo y la notificación a los parientes. Se creyó que era todo un final... Era el principio.



Cuando se trata del desenlace de una tragedia todo se da por sentado y todo se anticipa desde el principio. Cuando empieza el destino, muestra sus cartas y las va jugando una tras otra en un orden perfectamente predecible. Nada debe cambiarse; cuando todo se termina, no es dable esperar nada más. Cuando Edipo, habiendo realizado todos los oráculos y finalmente arrancado los ojos para que ya no pudiese contemplar el día que le había sido tan falto de auspicios y luego abandona su patria con Antígona para que lo conduzca, todo se termina, no se espera nada más; y si Antígona tiene su propio destino, eso es harina de otro costal; incluso aquí, será siempre ella misma, la persona que nos conocemos. Y sin embargo, unos años después de la muerte de Cristo, Esteban el Diácono fue lapidado por los fariseos. No se había terminado nada, al contrario—todo estaba empezando; los cielos se estaban abriendo en cumplimiento de una promesa y entre los presentes había un joven a cuyos pies yacían las vestiduras de los verdugos, y su nombre era Saulo de Tarso. Camino a Damasco ocurriría su metamorfosis, cambiaría para convertirse en San Pablo. Este joven retomaría los hilos donde Edipo los había dejado. Enceguecido en el camino; y sin embargo aquí estaba su suerte; pues fue precisamente en ese momento que su destino resultó iluminado y extasiado por aquello que llamamos con el augusto nombre de "vocación". Edipo es un vaso roto del cual el destino ya no fluye. En el camino a Damasco, en el que una luz lo enceguece de tal modo que camina a los tumbos, Saulo es constituido en vaso de elección. La gracia, llenando el destino hasta el exceso, transfigurándolo, hace que la historia toda gire en otra, una nueva, dirección, y esa historia acarreará consecuencias que trastornará radicalmente el destino de los involucrados.

Un profeta es mucho más que un vidente de Delfos, una profecía mucho más que un oráculo. Una profecía no expresa los decretos de un destino ciego; una profecía no se interpone ante el futuro, sino que lo deja abierto. Y un profeta no aparece con relámpagos y truenos, sino con esperanza. Incluso su muerte no constituye un final cantado. Siempre existe una posibilidad que llamamos gracia, y a esta posibilidad se vincula estrechamente el desenlace de la tragedia divina. La posibilidad existe, está ahí en algún lugar u otro, no sabemos dónde o sobre quién se posa, pero sabemos que está allí. La misión del profeta no termina con su vida; siempre hay otro que la continúa después de su muerte. Y así sucedió en este caso.

En verdad, este fue el momento en que María Magdalena abandonó la corte de Herodes para encontrarse poco después con Cristo.

María Magdalena abandonó la corte de Herodes porque ya no le resultaba posible seguir allí. Había contraído una peste horrible, de esas que vienen acompañadas con el flagelo del cuerpo y que horroriza a los demás, tanto como a quien la padece: la lepra por ejemplo, tan común por aquellos días, una de esas

enfermedades que bien puede describirse como inexorable. Herodes y todos sus allegados se mostraron muy contrariados por su desgracia, pues ella había sido una amiga muy alegre y uno de los ornamentos más hermosos de la corte. Pero al final, continuaron con sus gozos y fue olvidada.

Ahora, ella ¿cómo podía olvidar? Estaba de vuelta en su casa en Magdala, abandonada de todos, sola con los siete demonios que inspiraban su alma con la más violenta desesperación y a la noche en sueños se veía atormentada por la espantosa imagen de una cabeza sangrienta. Entonces se quería morir y matarse, como lo había hecho Cleopatra y como la dialéctica de Satán suele sugerirle a las grandes almas. ¿Acaso no se había terminado todo para ella con su ése su cuerpo que muy pronto se pudriría? Allí estaba, atormentada, al cabo de sus fuerzas, flagelada por la angustia y presa de la desesperación. Tanto en su carne como en su corazón experimentaba la vanidad del sueño platónico, la imposibilidad de convertirse otra vez en Eva en el primer jardín, la cruel y llameante prohibición claramente inscrita en el umbral del Paraíso perdido, conciente de la horrible mentira implícita en la promesa antigua: "Seréis como dioses, conociendo el bien y el mal". En verdad, había conocido el mal... ¿pero, el bien? ¿Por ventura existiría para ella en algún lugar, en cualquier lugar, el solaz, un bien hacia el cual todavía podría extender su mano? Pues ella había deseado cruzar como fuera el umbral prohibido y extender su mano para tomar el fruto prohibido, cuando resultó atravesada por una espada flamígera.

¿Qué le pasaba? Todo lo que el profeta asesinado le había dicho a esta mujer, hasta entonces tan frívola, y que ella creyó que ni siquiera había escuchado, volvía a su memoria. Había despertado de su sueño, y eso era exactamente lo que él había querido. Se había descubierto como en verdad era y había comprendido que su alma estaba incluso más enferma que su cuerpo. Recordaba los temibles vaticinios del Bautista: "Ya el hacha está a la raíz de los árboles; y todo árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego". El fruto de su vida era malo. Y de aquí que se hallaba cortada de los vivientes y arrojada al fuego del castigo. Afortunadamente también recordaba que el profeta no se había limitado a estas amenazas, pues también había hablado de Aquel que vendría, que ya estaba entre ellos, en algún lugar, cuyas sandalias ningún hombre merecía desatar y del cual, él, Juan, no era sino un precursor. Es más, había hablado misteriosamente sobre Él como el Cordero que quita los pecados del mundo. ¡Oh! Si pudiera encontrar a este Otro, se dirigiría a Él, se arrojaría a sus pies y, puesto que ya no podía pedirle perdón a Juan, sería a este Otro a quién le suplicaría que la perdone.

La esperanza le salió al encuentro. Una de sus amigas de la corte de Herodes no la había olvidado. Se trataba de Juana, la mujer de Cuzá, el intendente de Herodes. Cuando se enteró de que María Magdalena estaba enferma y abandonada de todos, fue a verla y le habló sobre Jesús. Cuando volvió a verlo, le pidió que curase a su amiga y que la librara de sus siete demonios.

Así hubo un momento, a determinada hora del día, en que María Magdalena fue librada del maligno. Sus demonios la dejaron para siempre. E inmediatamente recuperó la salud. Se miró en el espejo y vio un cuerpo sano, un nuevo rostro, ojos purificados. Desde entonces vio claro. Vio hasta qué punto se había engañado. Se supo pecadora, lo reconoció, y al mismo tiempo supo que había sido perdonada. Toda su vida—tan arrogante que había sido hasta entonces, aparentemente tan libre hasta ese bendito momento—se le aparecía ahora como una horrible esclavitud y también supo que desde ahora en más quedaba libre. Su soledad quedaba hecha añicos. Supo que no era una huérfana, puesto que era hija de Dios. El mundo entero se le aparecía como fraternal. Sería reconciliada. Inmediatamente olvidó el Paraíso perdido, puesto que en su corazón comenzaba a irradiar el amanecer de otro Paraíso, más hermoso y más radiante. Había hallado la sabiduría, la senda de la verdadera belleza, en el que no hay sombra ninguna y sobre la cual el sol no se pone jamás.

Segunda Parte

El banquete de la Nueva Alianza

¿Quién era Jesús?

Para todo el mundo, era el hijo de un carpintero de Nazareth, en Galilea, una región considerablemente despreciada. Su madre e incluso José el carpintero habían mantenido sellado en sus corazones el misterio de su nacimiento. Para el mundo en general, era un hombre como cualquier otro. Tampoco exhibía ninguno de esos privilegios que de entrada generan respeto. No era rico, ni poderoso, y si por sangre era del linaje de David, las humildes circunstancias de su vida parecían desmentir cualquier ambición legítima. Lo que es más, las circunstancias no resultaban particularmente favorables para formular reclamos dinásticos y aun cuando así no fuera, otros tenían más títulos para hacerlo.

Ahora tenía treinta años. Hasta ahora, nada lo distinguía de los demás. Con todo, había empezado a predicar, al principio en las sinagogas, allí donde cualquiera tenía derecho a comentar un texto de las Escrituras; y más adelante, al aire libre, en las plazas públicas y en los cruces de caminos. Pero no había nada extraordinario en todo eso. Hasta el día de hoy el Oriente está plagado de predicadores, y cualquiera dotado con el gusto de hablar en público puede estar tranquilo que en todas partes hallará audiencia para sus discursos.

Jesús no se parecía en nada a un filósofo o a un maestro. No exponía un sistema racional y no parecía proceder conforme a un plan preestablecido. Más bien hablaba al azar, según las circunstancias. Pero hablaba bien, a menudo en parábolas, según el genio de su raza, con gran denuedo cuando de expresiones y sentimientos se trataba. Y sin embargo ¿quién era exactamente? El mismo Juan el Bautista había tenido sus dudas, y, desde su prisión, había enviado a dos de sus discípulos a interrogarlo con una pregunta harto específica: "¿Eres Tú el que viene, o debemos esperar a otro?"

Se trataba de una pregunta solemne. Aquí estaba el Antiguo Testamento, procedente de Adán y Eva que expulsados del paraíso terrenal, se habían llevado consigo y su desolación una promesa que había pasado de generación en generación, una promesa que los Patriarcas y una larga lista de profetas a lo largo de los siglos habían mantenido viva: una prodigiosa promesa y no de otra cosa trata la cuestión que le plantearon los enviados por Juan desde su cárcel y a escasos días de su muerte.

"¿Eres Tú el que viene, o debemos esperar a otro?"

El pueblo de Israel vivía expectante. Este pequeño pueblo, orgulloso y paciente, de dura cerviz y testarudo en extremo, había sobrevivido a más de una aventura a lo largo de su extensa historia. A veces victorioso, a menudo derrotado, siempre había permanecido fiel a sí mismo, incapaz de asimilarse a otros pueblos, identificado como un pueblo y una raza mediante el culto de un solo Dios, el Altísimo, el

Creador del cielo y de la tierra. A pesar de sus falencias, este pequeño pueblo había cargado con el mensaje de la más alta revelación a lo largo de una historia llena de gloria y de suciedad, de grandeza y de sangre. Este mensaje había sido registrado en sus Libros Sagrados. Esencialmente consistía en dos cosas, regaladas por Dios a su pueblo: en primer lugar una Promesa; en segundo lugar, la Ley.

La Ley era la Ley de Moisés, que reglaba el culto del Dios Único y la vida moral y judicial del pueblo elegido.

Se les había hecho la Promesa cuando la aurora de los días, inmediatamente después de la Caída del hombre y su expulsión del paraíso terrenal. Se le había hecho a la humanidad toda a fin de preservarlos de la desesperación, mas sólo Israel había conservado la tradición de manera explícita. La Promesa había sido definida y se había enriquecido a lo largo de los siglos mediante los mensajes de los profetas. Se sabía que Israel tendría parte principal en su realización. Un hijo de Israel se levantaría de entre su pueblo y le daría la libertad, la victoria y el señorío sobre sus enemigos. Él sería el heredero de los reyes de Israel, de su linaje, mas su reino no tendría fin.

*

En los días de Jesús, todo estaba muy enredado. Israel había perdido su independencia política y se había convertido en parte del Imperio Romano. Con todo, este imperio constituía una organización notablemente flexible. Erigía un par de guarniciones en los centros nerviosos, ejercía cierto control sobre los gobernantes locales, designaba gobernadores allí donde hubiese más turbulencia, pero si no hacía falta, delegaba su poder en las administraciones locales; reconocía la legitimidad de todos los cultos sin imponer ninguno—ni siquiera el culto del Emperador, que era el propio—mantenía en sus puestos a los que se mostraban eficientes, se hacía de aliados por doquier, gobernando en todas partes más como árbitro que no despóticamente y, cuando le parecía apropiado, desplegaba eficientemente su poder que usaba para demostrar públicamente a todos que, toda vez que el bien del Imperio requería de orden, ese orden también debía constituir el bien máspreciado de cada nación y de sus habitantes, y que en esta materia no se toleraría excepción ninguna. En la medida en que se respetara el orden romano, el puño de Roma se mantendría en guantes de seda. Ahora, aquel puño se revelaba inflexible con quien quisiera sustraérsele.

Obviamente, semejante estado de cosas, daba lugar a incisivas cuestiones de todo tipo. La ocupación de un territorio por parte de una potencia extranjera siempre genera problemas. Promueve la infiltración de nuevas ideologías y costumbres lo que a su vez suscita virulentas reacciones.

Respetuosa de la propiedad, de los intereses particulares y del funcionamiento de cada sociedad, Roma garantizaba el orden y las clases gobernantes locales en general se mostraban "colaboracionistas". Las clases gobernantes suelen llevar agua para su molino en todas las oportunidades que se les presenta y, en estas circunstancias, su interés principal yacía en compartir la fuerza, el prestigio y los beneficios del poder ocupante.

La casta sacerdotal constituía la clase más alta de la nación judía. El sacerdocio era hereditario entre los pertenecientes a la tribu de Leví. Los sacerdotes eran los custodios del Templo y de las observancias religiosas, además de ser los guardianes de la Ley, en una nación en el que la vida social y religiosa se entremezclaban estrechamente. Era dable esperar que esta casta privilegiada constituiría la ciudadela del nacionalismo. Para nada: precisamente estos círculos eran los que se habían mostrado más receptivos al Helenismo, a las costumbres paganas y a la amistad con Roma.

Contra esto apareció una reacción. Mediante muestras de extrema lealtad tanto a la Ley y exhibiéndose como políticamente independientes, los fariseos insistieron en renegar de toda forma de compromiso. En la vida de la nación siempre aparecía aquí y allá esta levadura de "resistencia" en forma de juicios críticos. Los fariseos aparecían como el dechado de los incorruptibles, los que no aflojaban ni un tranco de pollo, los que pesaban todo en la tablas de la Ley y en la tradición nacional.

Se podría hacer la apología de los fariseos. Para eso habría que retratar su tremenda pureza, sus severas y estrictas exigencias, su brillante ideal. ¿Qué buscaban? Una inflexible devoción al servicio de Dios, una extrema distancia de todo lo que fuera impuro y sus toxinas, la restauración de la independencia de la nación, la construcción de Israel como un altar de oro sin mezcla sobre el cual Dios podía hacer pie sobre la tierra. Los fariseos se dedicaban con pasión a una justicia rígida, eran fanáticos de su Ley. Jamás monasterio alguno vio observancias más severas que las de ellos. Llevaron el refinamiento de sus prácticas a extremos de superstición y martirio, multiplicando al infinito los comentarios y prescripciones, controlando con penetrante mirada las falencias de unos y otros. Los devoraba el celo por la casa de su Señor. Y si eran hipócritas, bien podemos creer que no lo sabían, que ellos sólo se veían como fieles de verdad.

Con su pureza, en su nación representaban un poder de resistencia. Eran puros y duros. Eran respetados. Por razón de su terquedad en sostener las tradiciones nacionales, personificaban la esperanza de la liberación. A ellos se les antojaba que su orgullo era legítimo, pues era orgullo por pertenecer a la raza que había sido elegida divinamente. Sabían que la raza, su raza, portaba consigo la promesa de la salvación del mundo mediante Israel, la semilla de un Rey que liberaría a su pueblo y cuyo reino no

conocería límites ni fin. Este libertador sería el Mesías, el Cristo, esto es, el Elegido del Señor. ¿Qué cosa no habrían sacrificado con tal de mantener semejante esperanza? Ellos serían la tropa de élite del jefe por venir. Habrían incendiado al mundo por esta liberación. En su pueblo contaban con prestigio y se vestían con el ropaje de la inflexibilidad.

En la alta sociedad de Israel, el clero se hallaba conformado por los sumos sacerdotes que eran adinerados, que tenían inclinaciones políticas, que eran oportunistas y que negociaban con el enemigo, que muchas veces resultaban ganados por una mezcla de teología helénica y que predicaban la paz. En el extremo opuesto, los fariseos predicaban la resistencia. Entre estos dos, los mercaderes, los aprovechadores, las clases medias altas se congregaban en torno a Herodes que representaba la gloria de una dinastía nacional, que se mostraba amistoso con los poderes ocupantes y del que sacaba todas las ventajas.

En medio de todo esto, ¿qué posición tomaba Jesús?

En pocos meses se había ganado la enemistad de todos. Los puros y los corruptos, que se odiaban mutuamente, declararon una tregua de sus odios para odiarlo a Él. Y hay que decir esto, que de la vida de Jesús emerge con claridad incontestable que, de todos los poderes que se le oponían, Él sólo respetaba a uno—precisamente aquel poder extranjero, Roma. En lo que respecta a los poderes de su propio país, tanto los colaboradores como los de la resistencia, para ellos sólo tenía denuestos. Herodes no es más que un "zorro". Los sumos sacerdotes, los doctores de la Ley, los escribas, los saduceos fueron todos indiscriminadamente catalogados como hipócritas, juzgados como de la misma calaña que aquellos que habían asesinado a los profetas, designados como mentirosos cuyo verdadero padre era el diablo. Y se reservó los peores insultos de todos para los fariseos, "raza de víboras", "sepulcros blanqueados". Ningún hombre jamás manejó la invectiva como Éste. Nunca un hombre había suscitado tanto escándalo y odio de la gente encumbrada como éste. Y producía escándalo como si fuera deliberadamente.

*

Hoy en día tenemos mucha conciencia de todas las cosas que construyó la Cristiandad, tanto más cuanto esa construcción se encuentra amenazada. Esto nos impide ver claramente todo lo que Jesús destruyó. Fatalmente, su personalidad sobresale en la historia de la humanidad y en la historia de cada hombre en particular, por llevar las cosas al límite. Con Él o contra Él—hay que elegir, y cuando uno no elige, resulta que es suavemente eliminado de la historia. Cuando se prodiga, ofrece una oportunidad que no

nos esperábamos y si la desdeñamos terminamos corrompiéndonos. El mundo se las arreglaría tan bien si tan sólo no se entregase de ese modo...

Lo más probable es que si Jesús no hubiese aparecido, por lo menos en el momento en que apareció, el destino de Israel habría sido enteramente distinto. Por entonces, la situación de aquel pequeño pueblo no era tan mala en el seno del Imperio. No hacía mucho que, con los Macabeos, había desplegado gran valor militar. En el Imperio Israel se destacaba por su posición de mercaderes y gente de negocios. Desde el punto de vista intelectual, durante mucho tiempo había estado fuera de la órbita del Helenismo, mas, empezando con la colonia judía de Alejandría, se había acercado a esa cultura y había atisbos de las maravillas que podían emerger como fruto del encuentro de las dos tradiciones, la griega y la judía. Por último, Israel poseía una dinastía, los Herodes, muy estrechamente vinculados en términos amicales con los sucesivos césares, amadores del boato, extremadamente helenistas, patronos de las letras y las artes, bien que guardando un mínimo de respeto por su propia religión y tradiciones nacionales.

Era dable esperar que con el tiempo, sin forzar las cosas, y confiando en el asombroso liberalismo de Roma, que el prestigio de los judíos iría siempre en aumento en el Imperio, tanto desde el punto de vista económico, como del político e intelectual; que sus mujeres llegarían a los puestos más encumbrados, sin que se descartase que, en una de esas, incluso un judío llegaría a ascender al Capitolio y así realizar las profecías que vaticinaban el imperio de Israel sobre el mundo entero. Aquí, por cierto, nos hallamos con una de las posibilidades de la historia, un contra-fáctico no tan disparatado si recordamos que el judío Filón de Alejandría habría de convertirse en uno de los pensadores más grandes de su tiempo y que en unos pocos años más, una judía de la familia de Herodes, Berenice, estuvo cerca de casarse con Tito, el heredero del Imperio. Continuando por ese camino, sin abjurar de las esperanzas de la nación—en verdad, precisamente al contrario—Israel podría hallar su más completa realización. Desde luego, había una pequeña minoría de fanáticos en Israel que juzgaba semejante actitud como equivalente a una traición a los principios; una esperanza así constituiría una deslealtad, pero esos opositores eran pocos, bastante ruidosos por cierto, pero totalmente sumergidos por la ola del futuro, gente retrógrada que nada podía hacer frente a las expectativas de un gran porvenir. Los grandes proyectos se abren paso lentamente mediante tenaces esfuerzos que se conjugan en la misma dirección que los acontecimientos parecen indicar. Nada se puede hacer contra la correntada de la historia.

En pocos años, Jesús y la Cristiandad destruyeron este prudente proyecto. Jesús, por sí y ante sí, se erigió como representante de las tradiciones religiosas nacionales y las profecías. Y al obrar así, no buscó alianzas ni con los astutos colaboracionistas, ni con los inflexibles representantes de la resistencia; se alzó solo contra todos con todo su poder, fundando su pretensión sobre bases puramente espirituales,

muy por encima de cualquier ambición temporal. De este modo, disoció la esperanza mesiánica de cualquier pretensión nacional, cuando precisamente esta esperanza era la que le confería al nacionalismo toda su fuerza. Despojó la esperanza mesiánica de toda ambición temporal deslegitimizando la Promesa tal como tradicionalmente la habían entendido los fariseos. De aquí en más resultaba necesario tomar partido entre aquellas esperanzas temporales y el mensaje cristiano.

De modo que resultaba natural que la nación judía—tanto los colaboradores cuando los resistentes, por una vez coaligados—finalmente se decidiera en contra del mensaje cristiano que los despojaba de aquel sueño temporal que habían abrigado durante tantos siglos. La nación judía santificó su rechazo del mensaje cristiano mediante el asesinato legal de su mensajero. ¿Por qué se vieron obligados a esto? Porque en efecto, se habían visto obligados.

Lo que siguió, las consecuencias de todo esto, fueron prácticamente forzosas.

Una vez ejecutado Cristo, los elementos fanáticos de la nación, exasperados ante la expansión del cristianismo, se hicieron cargo del liderazgo de la nación para combatirlo. Y al actuar así empujaron a la nación toda a resistir la influencia helénica alzándose incluso contra Roma. Roma apareció y barrió la nación del mapa. En el año 70, Jerusalén fue tomada por Tito y el Templo del Dios de Israel fue destruido.



Los enviados de Juan habían preguntado, "Eres Tú el que viene, o debemos esperar a otro?" y eso constituía un solemne desafío. Tampoco la respuesta fue menos solemne.

Al principio Jesús no había dicho palabra. Luego, de repente, exactamente como hace un mago que quiere sorprender con sus trucos a una visita importante, se alzó con los dos emisarios que lo siguieron. Juntos se pasearon ante la multitud reunida y Jesús comenzó a amontonar milagro sobre milagro, curando a enfermos y tullidos, expulsando a los malos espíritus, y, en un país donde las afecciones oculares son tan comunes como terribles, restaurando la vista de muchos ciegos. Luego, y sólo entonces, habló: "Id", les dijo, "y decidle a Juan lo que vuestros oídos han escuchado y lo que vuestros ojos han visto; cómo los ciegos ven, cómo los leprosos se han sanado y los sordos oyen, cómo los muertos han sido resucitados y cómo se predica la Buena Nueva a los pobres." Y resumiendo en una sola frase lo que constituiría el drama de su vida, agregó: "Bendito aquel que no se escandaliza de Mí."

Esta respuesta, actuada antes de haber sido formulada con palabras, resultaba tanto más elocuente y precisa en la medida en que aludía explícitamente a una profecía de Isaías que todos conocían de memoria y que en la tradición judía pertenecía a la profecía mesiánica, una profecía que apuntaba explícitamente al Mesías, al Cristo. Atribuyéndosela y realizándola equivalía a proclamarse el Mesías y el Cristo. De aquí la extrema importancia de esta respuesta de Cristo, cuyos términos reflejan exactamente el texto de Isaías: "Él mismo viene, y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y serán destapados los oídos de los sordos; entonces el cojo saltará cual ciervo y exultará la lengua del mundo... Y habrá allí una senda, una calzada, que se llamará camino santo..."

Juan, que había saltado de gozo en el seno de su madre cuando se acercaba la salvación, podría morir con el mismo gozo. Dejó trazado un camino recto para los hombres, camino que "incluso los sencillos lo seguirán y no se extraviarán" (Is. XXXV:4, 5, 8).

*

Habiendo regresado los enviados por Juan, Cristo comenzó a cantar sus alabanzas. Los que lo escuchaban estaban divididos. En la multitud, había amigos y enemigos de Juan, y aquí también, Cristo compartiría exactamente su suerte. Contaría con los mismos amigos, los mismos enemigos, muchos enemigos comparado con el número de amigos. Los publicanos y los pecadores glorificaron a Dios y celebraban el bautismo de Juan, pero los fariseos y los doctores de la Ley despreciaban a Juan y su bautismo. También habían comenzado a despreciarlo a Jesús. Entonces Cristo dijo esta parábola: "Me hacéis acordar a aquellos niños que llaman a sus compañeros que están en el mercado, diciéndoles «No

habéis danzado al son de nuestras flautas, no os habéis golpeado el pecho cuando hemos llorado por ustedes». Porque, vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen «Está endemoniado». Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe y dicen: «Es un glotón y borracho, amigo de publicano y de pecadores.»" (Mt. XI:16-19)

Y para concluir de una vez con sus argumentos contra los fariseos, su propia justificación por ser amigo de los pecadores y su tributo a Juan el Bautista, agregó estas extrañas palabras: "La sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos" (*Et justificata est Sapientia ab omnibus filiis suis*—Lc. VII:35). El lugar en el que aparece este dicho en el Evangelio no carece de significación. Estas palabras serían la bisagra que uniría los destinos de Juan y María Magdalena. Ciertamente se aplican a Juan el Bautista, que había reconocido a la Esposa del alma y su divina sabiduría, pero resulta incluso más profética respecto del gran acontecimiento a punto de suceder y que, por lo demás, se relata inmediatamente después: el encuentro entre Cristo y la hija de la sabiduría griega, la Diótima del banquete de Platón, Friné la cortesana.

Pero es por sus hijos que la sabiduría resulta justificada. Exactamente como el pastor que, lamentando la pérdida de una de sus ovejas, toca su cuerno sobre la ladera de la montaña antes de que se cierre el día para que la extraviada pueda encontrar el camino que la conduce hasta el rebaño, estas palabras de Cristo convocaron a María Magdalena que venía de lejos, la hija perdida de la sabiduría. Jesús había hecho que se lo reconociera como el Mesías, como el Cristo. Y ahora quiere ser reconocido como la sabiduría misma, encarnada.

Y así es que se coloca de una vez y para siempre en el centro del este lugar de encuentro de dos tradiciones, la hebraica y la helénica.

Juan, el último y el más grande de los profetas del Antiguo Testamento, dio testimonio de Él y había muerto. Ahora le tocaba el turno de dar testimonio al último de los profetas platónicos, la sucesora de Diótima y de Friné. La misión de Juan el Bautista no había muerto con él. Así como la cigüeña abandona una casa en ruinas para hacerse una nueva morada bajo otro techo, la misión de Juan acababa de desplazarse hacia María Magdalena. Ella continuaría la misión de Juan y extendería su profecía hasta el Nuevo Testamento. Su testimonio llegaría más lejos que el de Juan. Juan había despertado a los hombres que soñaban con un paraíso terrenal. María Magdalena tendría el honor de mostrarle a los hombres, por primera vez, el otro, el paraíso eterno.

Y así fue que un fariseo llamado Simón invitó a Cristo a comer a su casa. El encuentro de Cristo y Friné la cortesana habría de tener lugar en un banquete del cual el Simposio de Platón no sería más que una

imagen profética. Cristo aceptó la invitación y, según la costumbre de los antiguos, tomó su lugar a la mesa reclinándose sobre un lecho o colchoneta. Aún hoy en día, en Oriente, los que comparten una comida se sientan o reclinan sobre almohadones o alfombras, y las costumbres exigen que uno se quite el calzado antes de tomar su lugar. Eso no es tan difícil, considerando que casi todo el mundo usa sandalias.

Así, los que iban a compartir el pan se hallaban descalzos y posiblemente no hubiese mesa: la bandeja se colocaba en el medio y cada cual se servía con las manos. Ni hay por qué creernos mejor criados porque esta gente carecía de platos y cubiertos. La etiqueta de esta gente antigua, especialmente la asociada a la hospitalidad, era infinitamente más refinada que la nuestra. Tenían una sensibilidad por lo ritual que hemos perdido. Su código de costumbres era tan meticuloso como sutil, repleto de convenciones, y por lo mismo, resultaba ser sumamente expresivo de la vida y el sentido que tiene.

Ni bien se enteró de que Jesús estaba en esa casa, María Magdalena se hizo de un jarro de perfume y acudió presurosa. Aquellos jarros de perfumes eran pequeñas obras de arte de escultura y pintura. Se hallaban de tal modo sellados que resultaba necesario quebrarlos a la altura del cuello para poder verter su contenido. El jarro que trajo María Magdalena era especialmente hermoso, de alabastro, reservado para un perfume de gran precio, uno de esos perfumes de Oriente que penetra hasta la misma sangre. Quizás se trataba de uno de esos perfumes destinados al culto de Dios y cuyo derrame estaba prohibido si se trataba de una criatura.

Y aquí venía ella, magníficamente vestida, como si fuera al encuentro de un rey, adornada con la belleza que irradia una mujer joven, sus ojos aun más agrandados como consecuencia de la enfermedad y la ansiedad que la aquejaban, llevando en sus agraciadas manos la frágil y preciada ánfora. Cualquiera mujer bella y segura de sí vacila por un instante en el umbral de una habitación repleta de hombres, un poco deslumbrada por la sombra, después de la enceguedora luz de la calle. Por fin, reconoció a su Señor sin jamás haber puesto los ojos sobre Él antes, su benefactor y maestro, que ocupaba el lugar de honor. Todavía no se adelantó, sintiendo sobre sí las miradas de todos los presentes concentradas sobre su persona—el asombro en esas miradas, mezcla de admiración por su belleza y reprobación por su presencia. Entonces, sin temor alguno, avanzó hacia el costado y con solemne humildad, se adelantó y se arrodilló ante los pies de Cristo.

Postrada a los pies del Señor, los besó. De repente se puso a sollozar. Rompió el vaso y derramó el perfume sobre los pies de Cristo y sus lágrimas se mezclaron con la unción. Luego, desatando su cabello, lo dejó caer y con las mechas enjugó los pies de su Señor. A su modo, y con un estilo

incomparable, sin una palabra, acababa de retomar el testimonio de Juan allí mismo donde él lo había dejado: "He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." Del mismo modo que Friné en Eleusis, que en sueños había dado testimonio de la divinidad. Y así rindió un homenaje digna de ella: el más público, el más suntuoso, el más callado y el más elocuente de los testimonios posible.

Un homenaje que para un fariseo no podía ser más escandaloso. El dueño de casa contempló la escena diciéndose: "Si este tipo fuera un profeta, sabría perfectamente quien es esta mujer que lo *toca*, y que es una pecadora."

Lo cierto es que esta mujer, con su sola presencia y actitud, suscitaba un interrogante. Una cuestión que el fariseo no podía resolver. Ni siquiera la podía entender.

Los fariseos eran ceñudamente nacionalistas, se oponían vehementemente a la introducción en su país de modos y costumbres de vida griegas. Se empeñaban en describirse a sí mismos como los "separados". Ahora bien, María Magdalena representaba el ideal helénico de mujer: ella lo sabía, lo declaraba ostentosamente con su modo de vestir, su conducta y cada una de sus gestos. Y con todo, había más que esto. La Ley prohibía la prostitución; incluso iba más allá y declaraba impuro durante el resto del día, y por tanto inhábil para la oración y el sacrificio, a todo aquel que hubiese tenido una relación sexual, aun con quien estuviese casado. Qué no dirían de una persona como María Magdalena, la que ilegítimamente había profesado el amor libre. Tales cosas debían ser evitadas a toda costa si uno quisiera permanecer "puro" y complacer a Dios. Pero sobre todo uno no debía dejarse *tocar* por gente así. El mero contacto físico alcanzaba para volverlo a uno impuro durante un cierto tiempo.

Y lo que es más, los fariseos eran gente de principios rígidos y prácticas severas que, lejos de mostrarse negligentes con la Ley, afirmaban constantemente que eran sus defensores, complicándola interminablemente con más y más observancias aun más estrictas que las exigidas por la Ley, especialmente en materia de pureza legal. De acuerdo con el Talmud, un buen fariseo, cuando veía a una mujer, debía golpearse la cabeza contra una pared. Y para los buenos fariseos, una mujer saducea era impura, probablemente a raíz de que las grandes familias saduceas estaban demasiado helenizadas y por lo general no evitaban asociarse con paganos. Por cierto que este era el caso de María Magdalena. Por lo tanto, el fariseo debió escandalizarse terriblemente al advertir que esta mujer *lo tocaba* a Cristo. Semejante contacto lo convertía automáticamente en impuro, incapacitado para ofrecer sacrificios y oraciones a Dios. Tan enraizada estaba esta convicción entre los fariseos que no les entraba en la cabeza considerar siquiera la posibilidad de que Jesús aceptara concientemente este contacto impuro. El fariseo prefirió creer que Jesús no sabía quien era esta mujer.

Obviamente, Cristo sabía perfectamente lo que pasaba por la cabeza del fariseo. Tampoco hacía falta ser profeta para adivinarlo. Su rostro debe de haberlo traicionado; seguramente era el rostro de uno que sabe que debería golpearse la cabeza contra una pared. Y como era su costumbre, Cristo armó un escándalo mayor todavía. En sustancia, lo que dijo fue: "Conozco perfectamente a esta mujer como la pecadora que es y que el contacto con ella puede manchar a otros hombres. Sé muy bien que hasta ahora se ha pasado la vida atrayendo a los hombres hacia la impureza. Pero eso carece de importancia PARA MÍ. A raíz de este contacto no fui yo el manchado, sino que ella es la que resultó purificada. Puesto que yo soy la fuente de toda pureza. Y la prueba de esto es que a esta mujer Yo le perdono los pecados..."

"Tú te imaginas, Simón, que no sé quien es esta mujer. Mas eres tú, Simón, quien no sabes quien soy Yo. A diferencia de esta pecadora que ha comprendido quien soy Yo, y que Yo soy el cordero que quita los pecados del mundo. Mírala: entré a tu casa y no has lavado mis pies; pero ella lavó mis pies con sus lágrimas y los secó con su cabello. No me besaste; pero ella, desde el momento que ingresó a esta sala, no ha cesado de besar mis pies. No me ungió la cabeza con aceite; mas ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso, te lo digo, se le han perdonado muchos pecados porque ha amado mucho. Uno que tiene poco que perdonar, ama menos. Y es precisamente sobre el amor, de ahora en más, que todos vosotros seréis juzgados. No sobre la Ley, ni sobre lo que esta mujer llamaba sabiduría, sino sobre el amor, sin el cual la ley y la sabiduría no son más que jactancia y locura."

Y volviéndose hacia esta mujer, le dijo: "Tus pecados te son perdonados." Los que estaban a la mesa comenzaron a decirse unos a otros: "¿De qué se las da este tipo, que se anima incluso a perdonar los pecados?". Mas Él hizo caso omiso a lo que decían y le dijo a la mujer: "Tu fe te ha salvado. Vete en paz."

¡Qué escena maravillosa, quizás una escena única en la historia de la humanidad! ¡Qué transporte de pasión se vio expresada en todas las acciones de esta mujer! Tenía ojos sólo para Él, oídos sólo para Él, se ocupó de sólo Él y cumplió a su respecto con los ritos de una veneración que posiblemente ninguna otra mujer jamás había hecho incluso en la intimidad más privada. Y Él, ¡con qué sencillez real acepta el sorprendente tributo de este amor!

El genio de María Magdalena se abre paso ardientemente subvirtiendo todo el ceremonial tradicional al improvisar uno para sí, la ceremonia del amor. Aquí lo que tanto nos conmueve. Aquí lo que conmovió al mismo Cristo y que Él destacó para su honra. Esto es lo que la ubica muy por encima de Friné, en la revelación que nos trae de la divinidad haciéndonos entender además que es posible comulgar con la divinidad. Colocándose en el lugar del dueño de casa para cumplir con los deberes de la hospitalidad que

se le habían negado al Cristo, anticipa el mensaje de que Dios no ha venido a los hombres por razón de los justos, sino de los pecadores, para que se salven. En rigor Él no se halla entre nosotros salvo cuando se encuentra en medio de pecadores; sólo se lo puede acoger debidamente con lágrimas de arrepentimiento, besando los pies de Aquel que trae la buena nueva, el perfume precioso de nuestra pobre sabiduría. ¿Y qué soberano en el mundo entero contó con una toalla más magnífica que el glorioso cabello de la Magdalena para secar la unción real? Vino a convertir a los pecadores, pero sólo los convertía haciéndose amar. Esto es lo que, sin abrir la boca, nos enseña esta mujer.



Pascal nos dice que hay dos clases de hombres: pecadores que se creen justos y justos que se creen pecadores. Mediante sus hechos y el perdón que le fue concedido, esta mujer desencadenó el inmenso malentendido que hay respecto de la vieja y la nueva Ley, un malentendido que persiste en la conciencia de muchos bautizados que, por vocación, pertenecen a la Nueva Alianza, y que, sin embargo, por razón de su formación o quizá por una cuestión de reflejos, aún pertenecen a la Antigua. Son innumerables los cristianos de nuestras parroquias (y se los hallará incluso allí donde hay gente consagrada a la vida religiosa) que aún retienen la noción de una pureza legal que los dispensaría de toda humildad, cuando no de la caridad misma: con tal de que se sientan en paz en lo que a la observancia de reglas externas se refiere y si no por otra cosa, por lo menos que con eso se ganen la aprobación de la opinión pública de los piadosos. Los del partido de Simón el Leproso son más numerosos que los de María Magdalena. La antinomia es total, la incompatibilidad entre estas dos razas de hombres es decisiva y no se puede pertenecer a un bando sin enemiga respecto del otro, como se desprende a las claras de muchas de las parábolas de Cristo en que se destaca su dureza con el fariseo y su compasión con los pecadores. Simón el Fariseo se tiene por "puro" y de allí que se convierta en pecador, impenitente porque su pecado consiste en creer que está sin pecado. María Magdalena se conoce a sí misma, se reconoce, se proclama "impura" y pecadora; y aquí por qué alcanza la fuente de toda pureza. En esta humildad y en esta contrición encuentra su justificación.

Los fariseos no podían entender esta revolución—la más grande que jamás haya tenido lugar en la historia del orden moral. Para ellos la justicia estribaba en la observancia de la Ley. Tampoco los griegos lo entendían mejor, porque para ellos no había ningún pecado, sólo acciones feas, pero acciones que al fin y al cabo no podían tocar a Dios mismo. Para ellos, la idea de que Dios nos pudiese amar y que nosotros somos capaces de traicionar ese amor, les habría parecido una idea demencial. Pero los fariseos traicionaban la mismísima Ley, cuyo primer mandamiento era el de amar a Dios. Y los griegos no conocían la verdadera sabiduría, que consiste en reglar el corazón según la voluntad de Dios. Y aquí, esta mujer, llena de pecados contra la Ley y contra Dios, había sido justificada, admitida a la amistad con Dios, de la que el fariseo queda excluido; y así obtiene la más alta sabiduría eterna, ella misma sobreelevada muy por encima de su maestro, Platón.

En verdad, es en este punto que las dos vertientes de la Antigüedad, la de la pureza hebrea y la de la sabiduría griega, que hasta entonces se habían confrontado tan violentamente—e incluso, muy recientemente en la celda de San Juan el Bautista—resultan recíprocamente atraídas, se funden en una sola llama, y son exaltadas más allá de sí mismas, más encumbradas que lo que Platón y Moisés podrían haber soñado, en el amor de un hombre que es Dios, que se instala Él mismo como fuente de toda la

sabiduría y toda la pureza, que se coloca en el centro de la vida religiosa de todo hombre, y que a partir de allí establece la verdadera religión como una religión de amor, de su amor. La parábola de las diez vírgenes, cinco necias y cinco prudentes, pero todas ellas vírgenes, prueba acabadamente para nosotros que de ahora en más la pureza no es nada sin la sabiduría, tanto como que la verdadera sabiduría nada es sin la pureza. Y la sabiduría más sabia es una sabiduría de amor.

Indiscutiblemente la originalidad de la religión de Cristo consiste en que se trata de una religión de amor; por tanto, se trata, por sobre todo, de buenas nuevas, la salvación accesible a todos. ¡Qué admirable esto de que el amor alcanza! Uno no es cristiano sino en la medida en que ama, y no de otro modo. También resulta verdadero que Cristo está personalmente en el centro de esta religión de amor, "el único por siempre amado". Él es a la vez el supremo objeto y la más alta fuente del amor en los hombres, hacia Sí y entre ellos, porque Él es la pureza que todos añoran y porque Él es la sabiduría que confiere la paz que sólo Él puede dar. Él es el rey del Cantar de los Cantares. Él es el Esposo en sentido pleno, nunca atisbado antes—salvo por los profetas de Israel que lo habían vislumbrado—Él es el Esposo del alma. Él, que es el Esposo, puede, en tal carácter, exigir pureza, pero Cristo la exige porque Él la da y porque perdona los pecados. En el mundo no hay pureza excepto aquella que emana de Él y de su amor. Él no es sabio porque ama la Belleza y desea contemplarla. Él mismo es la sabiduría; mediante su amor crea y ordena toda belleza.

Aquí también la razón de por qué el Rey del Cantar de los Cantares transforma a su muy amada tanto en esposa como en hermana: *Soror mea Sponsa*. La Bienamada es la esposa del rey porque de Él ella recibe la pureza, y es también su hermana porque sólo mediante su semejanza con Él alcanza la belleza: su sabiduría consiste en parecerse a Él como una hermana se parece a un hermano. De ahora en más María Magdalena es la Bienamada del Cantar, la esposa del rey por su pureza, su hermana por su sabiduría. Pero es lo uno y lo otro sólo porque ama y es amada.

Precisamente así como Isaías había compuesto *avant la lettre* el quinto evangelio, así también su profecía sobre la pasión resultó tan exacta; y del mismo modo se puede decir que el Cantar de los Cantares constituye la primera relación acerca de María Magdalena: "En mi lecho, de noche, busqué al que ama mi alma; busquéle y no lo hallé. Me levantaré, pues, y giraré por la ciudad, por las calles y las plazas; buscaré al que ama mi alma. Busquéle y no le hallé. Encontráronme los guardias que hacen la ronda por la ciudad: «¿Habéis visto al que ama mi alma?» Apenas me había apartado de ellos, encontré al que ama mi alma. Lo así y no lo soltaré, hasta introducirlo en la casa de mi madre, y en la cámara de la que me dio el ser." (Cant. III:14).

Ya durante su vida como gran cortesana, en su lecho de noche y en las afueras cuando se paseaba provocativamente por las calles y las plazas públicas, buscaba a alguien que no había hallado entre sus amantes casuales. Y no lo podía hallar entre ellos, por mucho que fuera sólo a Ése que ya buscaba, "aquel que ama mi alma", su alma conducida hacia la perdición por su cuerpo. Esos guardias a los que interroga, que no le contestaron, eran los guardias de la ciudad en la que Friné había sido reina: los artistas, los filósofos, los príncipes del arte y de la sensualidad, aquellos de los que habla Platón en "La República", y Platón, Platón mismo, el centinela de la ciudad de sus sueños. Debió dejar a todos ellos atrás para hallar a "aquel que ama mi alma". Pero al fin lo halló y lo reconoció. Esta hija de la sabiduría fue con Él a la misma casa, la casa de su madre, la sabiduría. "La sabiduría ha quedado justificada por todos sus hijos".

Los judíos esperaban un Mesías. Juan el Bautista lo indicó con su dedo, y al mismo tiempo lo había llamado el Esposo de su alma. Los griegos buscaban la sabiduría. María Magdalena lo halló y le rindió tributo con su perfume más precioso. Lo que los griegos jamás habían imaginado era que la sabiduría se haría carne en un hombre entre los demás hombres. María Magdalena lo halló y lo reconoció. Ella representa, en el camino de la búsqueda griega, lo que Juan el Bautista en la secuencia de los sucesivos profetas. Pero sólo fue capaz de reconocer a la sabiduría al compartir el testimonio de Juan en lo que se refiere al Cordero que quita los pecados del mundo. Sólo al convertirse en la esposa del rey fue que del mismo modo se convirtió en la Bienamada hermana de la sabiduría. *Soror mea Sponsa.*



Si hemos de hacer un retrato perfectamente honesto de María Magdalena, hay una cuestión que no podemos eludir. ¿Cuál era, exactamente, la naturaleza de eso que sentía, qué cosa era el sentimiento que la unía a Cristo? Está muy bien llamarla la Bienamada de "El Cantar de los Cantares", pero en el teclado de los afectos humanos, ¿qué nota estamos tocando al decir esto? Cuando, recurriendo al lenguaje poético, decimos que María Magdalena es la Bienamada del "Cántico", ¿acaso queremos expresar lo que en prosa equivale a decir que estaba enamorada de Cristo? A menos que convirtamos a Cristo en una figura enteramente abstracta y transformemos a María Magdalena en una criatura inerte, no podemos escaparle a este asunto. Y por cierto, sabemos perfectamente que con ser Dios, no por eso el Cristo dejaba de ser un hombre muy concreto, vivo, en verdad todo un hombre; y que María Magdalena era una mujer.

Cualquier observador del corazón humano, por ejemplo un novelista, en ningún caso podría pensar que María Magdalena no estaba enamorada de Cristo. Él había curado a esta mujer de una grave, posiblemente espantosa, enfermedad; la libró de la esclavitud de siete demonios; y públicamente aceptó el homenaje que ella le ofreció; de manera no menos pública Él asumió su defensa y humilló a sus enemigos; tenía buen porte, era joven, elocuente, valiente y cuando rodeado de peligros, ostentaba un algo intangible, una cosa extraña y santa que los demás hombres no tenían. Casi siempre la gratitud y la admiración abren el corazón de una mujer hacia el amor. Por lo demás, esta mujer era muy proclive al amor; toda su vida no había pensado en otra cosa. Sabía que era distinguida, sabía que era la preferida. Encontró en este hombre refugio, fortaleza, nobleza. Aquí los elementos humanos, pero innegables, de esta cuestión.

Profundicémosla.

Así como existen cuerpos poderosos y cuerpos débiles, también hay grandes almas y otras que no lo son. A veces es el alma que arrastra al cuerpo tras de sí en las aventuras que emprende: entonces es el alma la que sella al cuerpo con su ley y su estilo. Otras veces, es el cuerpo el que arrastra el alma en una de sus propias aventuras. Entonces es el cuerpo quien manda y toda la aventura lleva su estampa. Obviamente, el amor más humano es aquel en donde manda el alma. Si el alma es egoísta y desleal, en esa medida su amor se verá oscurecido y el cuerpo no será utilizado sino como herramienta de egoísmo y deslealtad. Pero si un alma es generosa y pura, el amor también lo será. La pureza y la sabiduría fluyen de Dios hacia un alma transformándolas en amor. Si ese amor es lo bastante fuerte, el cuerpo obedece, y también se convierte en algo sabio y puro.

Con esto no se quiere negar que, en el plano natural, constituye una cierta nota del amor humano el hecho que se vea más bien enervado que no fortalecido por la sexualidad. Esto era lo que se comprendió tan bien con "el amor cortés".

¿Cuál es el significado de "esposa"? Por cierto que sabemos perfectamente que un matrimonio no es perfecto mientras no sea consumado. Pero una esposa no sólo entrega su cuerpo; se entrega en cuerpo y alma a su esposo. Obviamente, a través de su cuerpo la esposa abraza el alma.

Dios es el esposo del alma. El acto de la contemplación constituye un abrazo de Dios al alma, tan completo, tan enternecedor, tan conmovedor como lo es la unión de dos cuerpos. Es aun más profundo, más viviente, más fecundo y más penetrante. Y, a través del alma, es el ser todo que resulta atrapado por Dios. En esto reside el significado que tiene el voto de virginidad para el cristianismo. Y el alma de María Magdalena ha sido abrazada de esta manera, con un abrazo de este tipo.

Teniendo esto presente bien podemos decir que amaba a Cristo, que lo amaba con toda la fuerza de su ser. Este amor era sabio y puro, siempre que fuera obedecido. Lo que es más, todos los santos han deseado morir por Cristo, lo que constituye una prueba física de amor mucho más violento y convincente que cualquier otro. El amor de María Magdalena por Cristo siguió este camino hasta su amargo final y es por esto que era tan puro. Sólo el alma es capaz de empujar las cosas hasta un final amargo, arrastrando incluso al cuerpo, al que reduce al punto que no hará sino prestar servicios a su amor. Así, de este tipo, era la gran alma de María Magdalena: todo el ser de esta admirable creatura estaba al servicio de su amor contemplativo, incluso su cuerpo. Por eso es que quería morir por Cristo. Aquí está el sentido de su homenaje, cuando quebró el frasco de alabastro sobre los pies de Cristo derramando sus preciosos perfumes.

La ayuda que recibimos de los santos no es porque ellos también tuvieron dificultades análogas a las nuestras; sino que porque han resuelto esos enredos saben cómo ayudarnos a solucionarlos. Por fuerza, de este hombre, Cristo, tiene que haber emanado una luz, un poder muy por encima de la naturaleza para liberar el amor de una mujer ardiente y apasionada como María Magdalena de toda obsesión, pacificándola, ordenándola, y al mismo tiempo, haciéndola florecer plenamente. Conjeturo que aquí hay un milagro que posiblemente Juan el Bautista no pudo hacer con Salomé.

María Magdalena nos ofrece un ejemplo de un alma grandiosa en un cuerpo magnífico. Al principio, esta alma, con la connivencia del diablo, se halló esclavizada por aquel cuerpo y sus desordenados deseos. El cuerpo ejerció su señorío sobre aquella alma. Luego María Magdalena se encontró con Cristo. La influencia del Salvador sobre ella equivalió a liberar esta gran alma de la cárcel del cuerpo y del

espíritu maligno para restaurarla a su grandeza primigenia, para purificar este cuerpo y volverlo sabio. No por esto María Magdalena dejaría de amar—muy por el contrario. Descubrió que esto que ella hasta entonces había llamado con este nombre era bien poca cosa, algo muy por debajo de la grandeza de su alma. Desde entonces, era su alma la que arrastraría a su cuerpo hacia el amor y eso en los términos que la aventura de su propia alma le dictaría.

Desde entonces, más que Friné en el Jardín del Sueño, era libre. Más que Eva en el Primer Jardín, era libre. En el crepuscular Jardín de la Gracia, María Magdalena era libre porque era reina, hermana y esposa del Rey.

*

Después de su conversión, María Magdalena se agregó a la pequeña compañía de discípulos que rodeaban a Cristo y que lo seguían por doquier. Así como Friné había querido proteger la casa de Píndaro, usó de su fortuna para solventar a esta caravana. Más pobre que Píndaro, el Hijo del Hombre no tenía dónde reposar su cabeza, y su morada no era más que un campamento nómada. La caravana causaba sensación, e incluso sensación escandalosa. Cristo imponía tanto respeto que los fariseos no se atrevían a decir nada sobre el particular, bien que no dudaron en señalarle a los apóstoles que su maestro viajaba en compañía de publicanos y pecadores. En verdad, junto con María Magdalena, públicamente conocida como una pecadora, el grupo incluía a Mateo, quien había sido publicano.

Todos los funcionarios del gobierno, cualquiera fuera su rango, encargados de la recolección de impuestos, eran llamados *publicanos*. Eran profundamente odiados, porque los impuestos siempre son detestados y porque en aquellos días la costumbre era que los recolectores de impuestos de cualquier nivel se quedaban para sí con un buen porcentaje de los recaudado. De aquí que fueran algo inescrupulosos en lo que a sus métodos de recaudación se refería. "Todos los publicanos son ladrones", se había convertido en un dicho que se repetía a lo largo y a lo ancho del Imperio. Pero entre los judíos, eran aun más despreciados por razones sociales y religiosas. Trabajaban para Roma y para los paganos. Eran renegados, "colaboracionistas", y estaban prácticamente excomulgados. Los fariseos sostenían incluso que un publicano era incapaz de arrepentimiento y que, por lo tanto, tampoco podía ser perdonado. El drama que protagonizaba Cristo se centraba también en esto: para ellos, ciertas categorías de gente constituía "los condenados de la tierra". Cristo, sin embargo, hizo especial hincapié en reclutar a los elegidos de su Reino entre estos mismos condenados. Tal el caso de Mateo y de María Magdalena.

Es cierto que ambos habían dado de mano con sus costumbres pecadoras y se habían convertido. Y sin embargo, eso mismo constituía un escándalo adicional: esto de extender la esperanza del Reino de Dios

a semejante gente. La sola idea de que hombres y mujeres impuros podían acceder al Reino enfurecía a los fariseos cuyo ideal era el antiguo ideal de Josué: borrar a los pecadores de la faz de la tierra. Brevemente dicho, la compañía de Cristo era muy de notar.

Y sin embargo, lejos de abandonar este modo de proceder, a Cristo le dio más bien por justificarlo. ¿Cómo podríamos dejar de creer que se refería a María Magdalena y a Mateo en la parábola que un día le propuso a los fariseos?

"¿Qué opináis vosotros? Un hombre tenía dos hijos: fue a buscar al primer y le dijo: «Hijo, ve hoy a trabajar a la viña». Mas este respondió y dijo: «Voy, Señor», y no fue. Después fue a buscar al segundo, y le dijo lo mismo. Este contestó y dijo: «No quiero», pero después se arrepintió y fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?" Respondieron: «El último». Entonces, Jesús les dijo: "En verdad, os digo, los publicanos y las ramera entrarán en el reino de Dios antes que vosotros." (Mt. XXI:28-32).

Los fariseos protestaban que servían la Ley cuyo primer mandamiento consiste en amar, y ellos odiaban el amor. María Magdalena y Mateo habían vivido displicentemente, habían vivido fuera de la Ley hasta el día en el que, habiéndose convertido al amor, con su amor llevaron a la plenitud la Ley y los profetas. Naturalmente, se habían convertido. Mateo ya no era un publicano. María Magdalena ya no era "una mujer pecadora de la ciudad". Una conversión consiste en un corte total con lo que es inicuo. Ahora bien, a pesar de eso, no necesariamente todo es malo en una vida de pecador. Cuando un avaro ama al dinero por encima de todas las demás cosas, debe dejar de amarlo si se ha de convertir en cristiano. Pero María Magdalena había amado por encima de todo a la sabiduría. Se había equivocado en lo concerniente a la naturaleza de la sabiduría y en los medios de alcanzarla. Había puesto su fe en Platón, creyendo que el camino que conduce a la sabiduría consiste en la sensualidad y el disfrute de los cuerpos y de su belleza. Y es por esta razón que había sido cortesana. Pero aun en medio de sus excesos, lo que ella más quería era la sabiduría. La búsqueda era buena, por mucho que los medios empleados para alcanzarla no lo fueran. Su conversión consistió en el hecho de que, habiendo por fin hallado a la sabiduría en la persona de Cristo, María Magdalena se apegó a Él de tal modo que dio de mano con todo lo demás, puesto que aquello que es más amado, es amado más que todo lo demás puesto por junto. Con todo, si no hubiese amado a la sabiduría desde siempre, a lo mejor no habría sabido reconocerla. Una vez convertida, no había renunciado a la sabiduría, como que tampoco había perdido nada de su belleza o de su porte real.

Por eso resulta muy probable que Cristo tenía en mente a María Magdalena cuando habló de la reina de Saba que había acudido desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. Y agregó: "Y

aquí hay alguien más que Salomón" (Mt. XII:42; Lc. XI:31). No, ella no había negado a Platón; había encontrado a alguien que era más que Platón. Desde entonces no buscaría sino apagar su sed en esta fuente, en la fuente misma de toda sabiduría.

*

No nos podemos dar una idea de cuán elocuente podía ser Cristo, ora hablando en público, ora en una conversación íntima. De esto el Evangelio sólo nos suministra unos pocos indicios. Una vez, fueron enviados unos soldados para arrestarlo. Cuando los soldados lo hallaron en el Templo, estaba ocupado hablándole a la multitud. "Nunca hombre alguno habló como éste", le dijeron a sus oficiales superiores como excusa por no haberlo arrestado. Si uno conoce mínimamente cuán rigurosa y exacta debe cumplirse con una comisión en el mundo militar, esta respuesta es asombrosa, y seguramente constituye el cénit de la elocuencia el ser capaz de encantar con la palabra a policías militares que aparecen con una orden de arresto.

En otra ocasión, después de la Resurrección, Jesús, al principio impidiendo que se lo reconociese, se le acopló a dos discípulos que iban de camino hacia Emaús. Mientras caminaban, les habló. Después dijeron, como sorprendidos con ellos mismos de que no lo reconocieron con esta señal solamente: "¿Acaso nuestros corazones no ardían dentro nuestro mientras nos hablaba en el camino?"

María Magdalena de ningún modo había renegado de Platón, nada de eso; recordaba el elogio que le hizo a Sócrates Alcibíades al final de *"El Banquete"*, cuando el aristócrata de Atenas dijo, respecto del hombre más sabio de la antigüedad que se parecía a las estatuas de Silenio, y que cuando se abrían estas, se hallaron en su interior figuras de los dioses. Alcibíades agregó que Sócrates se parecía aun más al divino Marsias, cuyas melodías, ya fueran ejecutadas por un maestro flautista o en cambio por una niña torpe y sin oído, son las únicas que capturan el corazón humano y, porque son divinas, son las únicas que inician a los que son dignos de ello, en la amistad con los dioses. "Tú," le dijo Alcibíades a Sócrates, "nos encantas más que Marsias, no con las notas de una flauta, sino con tus palabras. Incluso cuando tus palabras nos llegan a través de otros, y aun cuando quien las transmite es un hombre de poca monta, todos nos sentimos profundamente conmovidos. Somos poseídos por los dioses."

En una realización sublime de todas sus expectativas, María Magdalena se había encontrado con todo lo que Platón le ofrecía como en atisbos. Jesús, ella lo sabía bien, contenía no sólo figuras de los dioses, sino la divinidad misma. Este hombre que ella amaba no era sino el mismo Dios en persona. La elocuencia con la que vencía a las multitudes hacía que su corazón ardiese en su interior; para ella era una música de palabras que la iniciaba en la amistad y la contemplación de Dios. Y estaba poseída por

eso mismo. Cuando escuchaba a Cristo, se veía arrancada de sí misma y de todo lo que la rodeaba. Nada podía distraerla de su discurso.

*

Las vueltas de su viaje y probablemente la ocasión de una fiesta por celebrarse, atrajo a la caravana más cerca de Jerusalén. A las puertas de la ciudad, la familia de María Magdalena contaba con una estancia y una casa grande, y naturalmente Jesús paró allí, en esta casa en la que vivían Marta y Lázaro, la hermana y hermano de María Magdalena. El lugar se llamaba Betania, cerca de Jerusalén, así como Magdala quedaba cerca de Tiberíades. Este lugar y esta familia jugarían un papel importante en la vida de Cristo, la parte de sus amistades.

Cristo estaba en la casa y María estaba sentado a sus pies, oyéndolo hablar. Mientras tanto, Marta se hallaba absorbida por las urgentes tareas de la casa, ocupándose de las numerosas visitas. De repente, Marta se detuvo en sus menesteres, se paró solemnemente y parecía como si el sol fuera a quedarse quieto en los cielos. "Señor," dijo ella, "¿acaso no te importa que mi hermana me haya dejado sola en el servicio? Dile que me ayude." Y Jesús respondió: "Marta, Marta, tú te afanas y te agitas por muchas cosas. Una sola es necesaria. María eligió la buena parte, que no le será quitada." (Lc. X:38-42).

Así como sirve de modelo para penitentes y conversos, la Iglesia ha hecho a María Magdalena la patrona de las almas consagradas a la contemplación. Y con toda razón: siempre había añorado contemplar. En verdad, es precisamente estribando en esta escena en Betania en la que Marta se afana con los menesteres domésticos mientras María permanece sentada a los pies del Señor escuchando sus palabras, que para la Cristiandad cada una de las hermanas se ha convertido en el símbolo de las dos clases de vida, la vida activa y la vida contemplativa. "Marta se esforzó, María estaba de fiesta", dijo San Agustín, subrayando con una frase pintoresca el contraste entre las dos vocaciones.

¡Qué natural resulta que María Magdalena hubiese sido llamada a la contemplación! Su alma entera estaba hecha de júbilo. Había pasado de los placeres sensuales a la contemplación, de los gozos que perecen al gozo que no conoce límites y que carece de término. Un alma que prefiere la melancolía al júbilo nunca podrá ser contemplativa. Por cierto, indiscutiblemente uno está obligado a elegir entre los placeres sensuales y la contemplación, y el error de Platón consistió en creer que el placer sensual podía ser una etapa en el camino hacia la contemplación. Y no, más bien es un obstáculo. Pero la verdad de Platón está en que sólo las almas equipadas para el júbilo pueden considerarse candidatas para la contemplación.

Cuando halló al Cristo, María Magdalena comprendió todo esto. Definitivamente tomó partido contra el placer sensual y contempló su vida pasada como lo que había sido, una vida de pecado que la horrorizaba. Pero no negaba el gozo. ¿Cómo podía hacer semejante cosa cuando sentía ese júbilo tan particular que la recorría toda y que ocurría con sólo verlo a Cristo, su Señor y su Bienamado? Hay un abismo entre el placer sensual y la contemplación, un abismo que en cualquier caso hay que establecer con firmeza; no se puede mantener un pie en cada margen. Pero constituye un error manifiesto concluir, cuando uno se halla en la margen del placer sensual, que la otra margen es la de la tristeza. El otro lado es el lado del gozo más grande.

Una cierta monja muy santa decía que envidiaba el apelativo de las prostitutas como "hijas de la alegría". María Magdalena siempre había sido una hija de la alegría a diferencia de su hermana que obviamente era una "hija de la melancolía". Así, el contraste entre las dos hermanas es más profundo que lo que nos hubiésemos imaginado y estriba en una diferencia tanto de naturaleza como de vocación. Resulta altamente probable que Marta nunca entendió nada sobre Magdalena, ni cuando llevaba una vida de sensualidad, ni cuando adoptó una vida contemplativa. Como toda la gente razonable y eficiente, Marta estaba en contra del ocio y en contra del gozo.

Bueno, no es que vayamos a reprocharle nada a Marta; al contrario, estamos muy complacidos con que exista. Pero le reprochó a María Magdalena el no hacer nada. Con notable y consistente toma de partido, así como había asumido la defensa de María Magdalena contra el fariseo, Cristo asume nuevamente la defensa de su Bienamada. "Marta, Marta, tú te afanas y te agitas por muchas cosas. Una sola es necesaria. María eligió la buena parte, que no le será quitada." Las cosas útiles de esta vida pasarán, pero el disfrute de Dios, de Dios mismo, como nuestro y como poseído por nosotros, nunca pasará. Desde ahora constituye nuestro destino final. Y las tareas más grandes de la vida activa al final no valen sino en la medida en que nos introducen, merced al servicio que le prestamos a Dios, en su gozo. "Entra en el gozo de tu Señor". Entra, os lo ruego, pues si no entras, fallas en todo, fracasas enteramente.

Cuando se le concede la gracia de la contemplación a un alma, es precisamente el hambre ontológico más profundo del alma el que se ve simultáneamente saciado y estimulado. De aquí la razón por la que se la compara tan a menudo con un banquete, una fiesta, un casamiento. No es que la contemplación sea difícil; lo que es duro es el arrepentimiento que necesariamente la precede y que prepara el alma para ella. María Magdalena permanece como modelo de ambas cosas. Ella es la heroína del Banquete cristiano.

María Magdalena realizó, con la intensa pureza de una parábola, las profecías de Juan el Bautista. El más grande y último de los profetas de la Antigua Alianza había dicho, señalándolo a Cristo con el dedo: "He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." E inmediatamente María Magdalena se convirtió en modelo para las alma contemplativas y la Bienamada del Cantar de los Cantares. La penitencia liberó a María Magdalena del centelleante Jardín de sus sueños, que no era más que un espejismo del Paraíso perdido. La contemplación la trajo al Jardín de aquella Noche Oscura en la que conservaba en su corazón la sustancia misma de su bienaventuranza: "Ven a mi jardín, mi hermana, mi esposa". *Veni in hortum meum, Soror mea Sponsa.*"

Y así fue que por fin, la sabiduría quedó reivindicada por todos sus hijos.

Tercera Parte

Antígona

"Bienaventurado el que no se escandaliza de Mí"; Cristo se lo había dicho a los emisarios de Juan. En verdad, todo empezó con un escándalo. Un escándalo a ojos vistas, público, reiterado, creciente, agravado por la insolencia, un escándalo intolerable, con el que, de un modo u otro, había que terminar. Uno se condena a no entender nada sobre la Pasión de Cristo si no ve que el juicio de Jesús empezó con el comienzo mismo de su vida pública y si no entiende que día tras día el caso contra Él cobraba más fuerza. Paso a paso, durante tres años, desde una punta de Palestina hasta la otra, los fariseos seguían a Cristo, lo vigilaban, lo interrogaban, con un ojo sobre Él y el otro sobre la Ley, como jueces implacables, y, por cierto, mucho antes de la Pasión lo habían condenado por impuro.

De manera que Cristo profanó abierta y solemnemente el Sábado y lo que es más, yendo tan lejos como para llegar a decir que el Sábado había sido hecho para el hombre y no el hombre para el Sábado. Aquel día era el día dedicado a Dios y estaban formalmente prohibidas todas las tareas serviles. Daba la impresión de que Cristo deliberadamente elegía aquel día para curar a los enfermos y hacer andar a los lisiados. Y cuando los curaba incluso llegaba a mandarles que cargaran con sus camillas y se las llevaran a su casa. Cuando se le reprochó por cuenta de estas violaciones a la ley más sagrada de Israel, Cristo contestaba que Él era el Señor, incluso del Sabat. Semejante insolencia enfurecía a los fariseos como no lo podía hacer ninguna otra cosa.

Ni tampoco mostraba Cristo mayor respeto por la Ley en lo que se refería a las impurezas. No sólo el contacto sexual, sino también cualquier contacto con los leprosos, con un cadáver, con un sepulcro, colocaba al infractor en la condición de legalmente impuro. Y lo que era más serio aún, esta impureza legal era contagiosa. La Ley decía: "Cualquier cosa que toque un impuro quedará manchada, y aquel que la toca quedará impuro hasta la caída del sol."

En esta materia, la aplicación de la Ley había creado una obsesión análoga a la moderna obsesión con los gérmenes. Apenas si uno se animaba a *tocar* nada. Desde este punto de vista, el comportamiento de Cristo constituía una verdadera desgracia. *Tocaba* todo y se dejaba *tocar* por cualquiera. Aquí el hombre menos *aislado* que se pudiera concebir. Los fariseos estaban enfurecidos con todo esto, escandalizados hasta los tuétanos. Cristo no sólo no dudaba en tocar un sepulcro, sino que incluso llegaba a tomar un cadáver de la mano. De ningún modo se mostraba repelido por los leprosos. Pero, mucho peor que eso, se dejaba tocar por gente legalmente impura. Se lo había visto incluso tolerar que una mujer pública lo ungiera y besara sus pies. Ni tampoco esto era todo. Los ejemplos se multiplicaban a montones. Y a pesar de todo esto, ingresaba libremente al Templo y preguntaba descaradamente quién sería capaz de argüirlo de pecado.

Claro que cuando Cristo tocaba un cadáver, el muerto resucitaba. Cuando tocaba un leproso, el leproso resultaba curado. Y también era verdad que Él aseguraba que le había perdonado los pecados a María Magdalena, aquella que le había besado los pies. Decía que Él mismo era la fuente de una pureza mayor, ratificando con milagros semejante aserción. Como si alguien pudiera estar por encima de la Ley que procedía de Dios. Estos milagros no podían sino ser considerados como una manifestación aun mayor de insolencia e impiedad. No había alternativa: tenían que ser obra de Belcebú. Eran francamente indignantes estos milagros con los que se ganaba a las multitudes ignorantes y crédulas. Cristo era impuro; debía ser cortado de la comunidad de Israel, había que excomulgarlo. Y ya bastante había durado el escándalo. La Ley y el pueblo de Dios debían ser guardados de este impuro, la comunidad debía ser protegida de todo contacto con él y así evitar el contagio.

*

Aquí la razón por la que muy pronto Jesús fue excomulgado por las autoridades religiosas de Israel, condenándolo a vivir bajo el peso de aquel terrible castigo que daban en llamar *ruptura*. Este castigo incluía tres etapas: Cristo padeció rápidamente las dos primeras—la separación y el anatema.

La separación constituía una severa advertencia. Había que esquivar todo trato con el condenado, y nadie podía acercársele a más de cuatro codos. Pero el anatema constituía una pena considerablemente más seria y severa. El condenado resultaba oficialmente execrado, consignado al Diablo, excluido del Templo. Se le prohibía predicar. Constituía una sentencia pública, infligida durante el curso de una asamblea, y se leía sobre el condenado la terrible maldición del Deuteronomio:

Maldito serás en la ciudad y maldito en el campo... maldito serás cuando entres y maldito cuando salgas... los cielos de encima de tu cabeza serán de bronce, y la tierra de debajo de ti será de hierro... Yahvé hará que sucumbas ante tus enemigos... tu cadáver será pasto de todas las aves del cielo y de todas las bestias de la tierra sin que nadie las espante... Yahvé te herirá de delirio, ceguera y pérdida de sentidos, hasta el punto que andarás a tientas en pleno mediodía como el ciego anda a tientas en la oscuridad, y tus pasos no llegarán a término. Estarás oprimido y despojado toda la vida, y no habrá quien te salve... No serás más que un explotado y oprimido toda la vida y no habrá quién te salve... Y te volverás loco ante el espectáculo que verás con tus ojos. (Dt. 28:16, 19, 23, 25, 26, 28, 29, 33, 34).

Pero Cristo actuaba desbordando toda medida. No le prestaba la menor atención a ninguna de estas condenas, iba y venía, enseñando entre las gentes, siempre seguido por una vasta multitud cuyo entusiasmo Él mismo alentaba y que hacía las veces, por así decirlo, de una muralla viva que lo protegía de sus enemigos. Se atrevió incluso a ingresar y ocupar su lugar en el Templo, manchando con su presencia el atrio exterior del santuario. Era impuro, era un descastado, pero más que eso, era un rebelde. Continuó, perseveró, exageró el escándalo redoblando la apuesta. Le dio proporciones enormes al

escándalo, lo infló a su gusto, hasta donde se le antojaba, como uno que infla el globo de un niño para que finalmente explote en las narices de quienes se aferran a él.

Semejantes situaciones no se pueden prolongar indefinidamente. Al final, siempre hay un vencedor y un vencido. Llegó un momento en el que estaba prohibido incluso presentarse como discípulo de Jesús so pena de exclusión de la Sinagoga. Hubo varios conatos de lapidar a Cristo, sino que cada vez misteriosamente conseguía escapar, a punto tal que se conjeturaba si acaso no disponía de todas las mañas del diablo. Para Él, quedarse en Jerusalén ya no resultaba seguro, y se cuidó de no permanecer allí. Brevemente dicho, aquí había un hombre al cual se lo vigilaba día y noche, que sabía—y todos los que estaban a su alrededor lo sabían—que al menor error de su parte sería muerto como impuro, impío, blasfemo y rebelde.

Contaba con el entusiasmo del pueblo, pero Él sabía cuán frágil es eso; un par de discípulos sinceros—no todos enteramente confiables—y cuyas debilidades él conocía perfectamente; mujeres que le eran enteramente leales, pero mujeres, al fin. En contra suya se coaligaban todos los poderes de su país: el alto clero, los políticos, los ricos, los fariseos. Entre ellos y Él la guerra sería a muerte. En esta guerra sin cuartel, si por acaso Cristo fuera a vencer, ellos lo perderían todo: su prestigio, su autoridad, su empleo. Al defender la Ley no hacían más que defenderse a sí mismos pues, puesto simplemente, corrían el riesgo de convertirse en nada justamente cuando lo eran todo. Cristo sólo podía contar con el poder de Roma, distante y neutral a la vez, pero Él tampoco confiaba en eso. Se sabía y se quería enteramente solo frente a sus enemigos. Cuando uno cae en la cuenta de esto, cae en la cuenta de la grandeza de su coraje, toma conciencia de la osadía de su insolencia.



"Bienaventurado aquel que no se escandaliza de Mí."

María Magdalena ingresó al escándalo de Cristo por la puerta del amor. Su conversión significó para ella la promoción a un orden de cosas trágico. La seguimos a través del Evangelio comprobando cómo se hunde más y más en la tragedia que corre entre el martirio de Juan el Bautista y el martirio de Jesús. Sabía perfectamente que el destino de los profetas es la muerte y que su muerte era invariablemente cruel. Sabía que Jesús moriría. Era como una mujer que llevaba en su vientre a un niño. En las entrañas vitales de su amor ya latía el cruel presentimiento de la muerte de su Bienamado. Sabía que llegaría el tiempo en que alumbraría este fruto de lamentación y que aquel a quien amaba con todo su ser pronto no sería más que un cadáver. Si resulta apropiado decir que María Magdalena había sido Friné antes de su conversión, resulta mucho más apropiado todavía decir que después de su conversión era Antígona, una Antígona cristiana, más verdadera, incluso más conmovedora y trágica que la más patética de las heroínas griegas. María Magdalena amó a Cristo con todo el fervor de su gran alma, mas ahora sólo lo veía a la sombra de la cruz. De ahora en más su vida toda se vería dirigida por la obsesión con el asunto este de la sepultura de su Héroe.

Por más hermoso que sea el desarrollo de este tema María Magdalena-Antígona—tema bello por demás—, resulta incluso más verdadero que bello. Y por cierto, para permanecer humana, el papel que le toca actuar a María Magdalena resulta más difícil todavía que el de Antígona. Si lo estiramos apenas, si nos pasamos en un punto, se convierte en algo sádico. Porque, después de todo, Cristo en ese momento gozaba de la vida en plenitud, se mostraba radiante en su fortaleza, estaba vivo y su genio era manifiesto para todos. En ese momento, verlo interminablemente como un cadáver podría haber provocado peores aberraciones y una condición del alma no enteramente diferente a la del alma de Salomé, cuando exigió que se le traiga la cabeza del Precursor sobre una bandeja. Ciertamente la sensibilidad de las mujeres nunca carece de materia suficiente como para construir obsesiones de ese tipo. Son naturalmente crueles con aquellos que aman—pero, claro, ese no es su mejor costado, y en el caso de María Magdalena, su amor pertenecía al reino del Espíritu Santo, no al de la psiquiatría.

La muerte de Cristo que se aproximaba no constituía para María Magdalena una posibilidad, una posibilidad horrible en verdad, pero una eventualidad de la que era dable esperar que a lo mejor no se efectivizaba—como lo sería la muerte para un soldado que entra en combate. Uno siempre puede pensar que a lo mejor sale del lance vivo, y así lo piensa el propio soldado. La muerte de Cristo que se avecinaba constituía una certeza implacable, como la muerte de un hombre condenado cuya fecha de ejecución se establece de antemano y que, con el paso de los días, se acerca más y más. Es en este sentido—y en ningún otro—que Cristo hablaba de esto interminablemente y con claridad cada vez más

manifiesta. A los apóstoles esto les producía una angustia terrible, una tristeza sobrecogedora, o, más frecuentemente, ni siquiera lo podían entender. Ignoraban sus palabras, como si estuviesen escondidas detrás de un velo. Pero en cambio, María Magdalena comprendía lo que Él les decía y las sentía cruelmente en la carne de su amor. El ojo de su corazón atravesaba el velo. Y no sólo había comprendido que lo que Cristo decía era verdad, sino que era necesario que así sucediese. Bien podía quedar horrorizada ante ese desenlace, y sin embargo ¿cómo hacer para tornar sus pensamientos y su corazón hacia otro lado? Sabía que no sólo era inevitable, sino necesario también.

Por encima de todo, amaba. Aquí no estamos diciendo que nunca se haya sublevado contra el terrible destino reservado para su Bienamado. No decimos que no hiciera todo lo posible para evitarlo. No decimos que no urgiese a Cristo de todas las maneras posibles para que se escape y se ponga lejos de sus enemigos, que huyese de su odio, tal como había sucedido cuando se le llevó lejos de Egipto cuando niño. Mas si hizo todo lo posible para que Cristo renunciase a su sangriento destino, falló; eso es todo.

Los Evangelios registran una escena entre Cristo y Pedro, tan violenta como extraña, lo que demuestra que alguna cosa se hizo para intentar detraer a Cristo de su cruz y de su muerte.

Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días.

Hablaba de esto abiertamente. Tomándole aparte, Pedro, se puso a reprenderle. Pero Él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: «¡Quítate de mi vista, Satanás! porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.»

Llamando a la gente a la vez que a sus discípulos, les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". (Mc. 8:31-34)

Esta escena es tan violenta que termina con cualquier duda que uno pudiese abrigar en lo que se refiere a la firme determinación que tenía Cristo de separarse definitivamente de cualquiera que pudiera desviarlo de su sangriento destino. Del mismo modo, bien podría haberse separado de María Magdalena. Si ella hubiese intentado sugerir algo análogo a lo de Pedro, no hay la menor duda de que Él habría contestado de igual manera: "Atrás, Satán, eres un escándalo para mí." ¿Qué mujer que amase verdadera y totalmente no temería escuchar palabras tan terroríficas de la boca de su Bienamado?

María Magdalena tenía ante sí la elección de, o bien perder el amor de Cristo, que era para ella la más preciosa de todas las cosas—esto es, de convertirse en un escándalo para Él, y resultar rechazada como si fuese Satán en persona; o sino, de aceptar con todo su corazón y su mejor buena voluntad esto de que Cristo realice plenamente su misión hasta el fin, una misión que incluía esencialmente esta muerte sobre la cruz de la que Él hablaba cada vez más a menudo.

Seguramente no resultaba fácil amar a Cristo. Cuando Cristo dijo que cualquiera que deseara ser su discípulo debía tomar su cruz y seguirlo, no lo dijo pensando en María Magdalena. Los cristianos indiferentes, esto es, los cristianos que no aman mucho, pueden encontrar muy difícil esto de llevar la cruz. No era esto lo que María Magdalena encontraba difícil o duro. Con gozo se habría ofrecido a morir en lugar de Cristo. Lo que se le hacía atrozmente difícil era el hecho de que era imposible para ella ocupar ese lugar. Nadie podía ocupar el lugar de Cristo sobre la cruz, nadie, ni siquiera ella. Que Cristo le haya pedido a María Magdalena que aceptase esto en nombre de ese amor era como si fuéramos a pedirle a una madre que permita que su hijo fuese muerto, y fuese muerto por amor, precisamente, a ese niño. La cruz de María Magdalena estaba confeccionada por el amor mismo que ella le profesaba a Cristo, un amor desgarrado entre el horror y la obediencia. Esta mujer amó más allá de lo que nos podemos imaginar. La maldición del Deuteronomio cayó sobre ella también, y con todo su peso. Le parecía que iba a eloquecer de terror ante el espectáculo que se le ofrecía. Pero la Antígona cristiana contemplaba la cruz a través de los ojos de un amor obediente hasta el fin.

El amor que le profesaba María Magdalena a Cristo no daba de mano con la ley, sino que obedecía. No era un amor romántico sino todo lo contrario. Por cruel que fuera con su corazón, su amor obedecía la misma voluntad que obedecía el propio Cristo. Cristo y la Magdalena se acercaban al mismo paso hacia el Calvario mientras que los apóstoles no sabían hacia dónde iban. Y así como Cristo le había impartido su amor a la Magdalena, así también le había impartido su coraje. Por supuesto que Cristo temía, sino que controlaba su temor. Y así también había en María Magdalena un amor más grande, un amor perfectamente conciente de todo el horror que se contenía en la catástrofe que se avecinaba—un amor que la guiaba, que en lugar de apartarla de Cristo y de su misión, se trataba un amor que la unía a Él y que, como el suyo mismo, permanecía inflexible porque era un amor más grande que todo temor, un amor que le daba fuerzas y que la apuntalaría en medio de su clarividente lealtad, hasta el fin.



En aquel tiempo, a la búsqueda de una mayor tranquilidad, Cristo había abandonado la región de Judea, atravesó el Jordán y se instaló en el lugar donde Juan el Bautista había bautizado, al borde del desierto. Allí fue que recibió el mensaje de Marta y de María: "Aquel que Tú amas, está enfermo". Resulta conmovedor comprobar cómo describen a su hermano Lázaro. Y más conmovedor todavía, el hecho de que no le piden a Cristo que vuelva hacia allí; eso se lo dejaban a su amistad, pues sabían igualmente que no se le pide a un hombre que arriesgue su vida a cuenta de una amistad. Él sabría qué había que hacer. Y por cierto que si Cristo reaparecía por Judea, estaría arriesgando su vida.

No es menos llamativo el hecho de que ante la noticia de la enfermedad de Lázaro nadie en la compañía de Cristo sugirió siquiera que volvieran a Betania. Allí donde estaban, estaban a salvo: quedarse allí, pues. Al principio, Jesús parecía compartir ese punto de vista. No se movió de allí demorándose dos días más. Después de dos días, dijo: "Volvamos a Judea". Ante lo cual los discípulos no dudaron en objetar: "Maestro, hace poco los judíos querían darte muerte a pedrada limpia, ¿y Tú vuelves allí...?" Cristo replicó críticamente: "¿No son doce las horas del día? Si un hombre camina a la luz del día, no tropieza porque ve la luz de este mundo. Mas si camina de noche, tropieza y cae porque ya no cuenta con luz en su interior."

Estas palabras de Cristo constituyen una nueva referencia a su destino, que Él sabía estaba trazado de antemano. No necesitaba ni anticiparlo (y por eso esperó durante dos días), ni demorarlo (y por esto ahora se ponía en marcha). Durante estos últimos días antes de su Pasión, Cristo parece un hombre que constantemente se encuentra consultando el reloj. Calcula el tiempo de su muerte como uno que calcula cuándo sucederá un eclipse: si uno de los cuerpos celestes se anticipa o de demora, no habrá eclipse. O quizás, como un cazador alerta que quiere sorprender al jabalí ni bien salga de su refugio. Tiene una cita y corre el peligro de faltar a ella, tanto si acude demasiado pronto, como si llega demasiado tarde. Debe morir, mas es importante no sólo que muera. Debe morir cumpliendo las profecías, esto es, durante la fiesta de la Pascua. Esta preocupación con su hora resulta ser como una obsesión para todos los condenados a muerte. Nunca cejan de preguntar qué hora es.

Cristo agregó: "Lázaro, nuestro amigo, duerme. Pero yo iré a despertarlo." Entonces los discípulos objetaron: "Señor, si duerme, se recuperará." Entonces Jesús habló abiertamente: "Lázaro ha muerto y yo me alegro por ustedes, porque al no estar allí, podrán tener fe." Tomás, que veía lo que era en sí, hombre nada fácil de persuadir, sacó la consecuencia práctica de todo esto: "Pues entonces, vayamos todos a morir con Él."

Este último comentario por parte del más lúcido de los apóstoles nos suministra una idea del clima dominante entre todos ellos mientras volvían hacia Jerusalén. Cada paso acercaba a Jesús hacia su muerte. Sabía que ya no volvería. Sabía que ya no vería nuevamente el país que dejaba, allí donde Juan el Bautista había predicado, allí donde Él mismo había comenzado su vida pública, este desierto donde había sido tentado por el diablo, el río en el que había sido bautizado y donde los cielos se habían abierto sobre Él. Cada vez que pasaba al lado de un arroyo a la vera del camino, o la sombra de una palmera, se despedía finalmente de la dulzura de la vida. La brillante luz de la muerte revela la ternura del paisaje, y, bajo esa luz, la sonrisa de un niño puede conmover hasta las lágrimas.

En la medida en que no cobramos conciencia del hecho de que vamos a morir, todos nuestros movimientos no son más que idas y vueltas; luego llega el día en el que la muerte barre con todo el mundo que vivíamos hasta entonces. Jesús había llegado a ese punto. En el pináculo de su capacidad iba a dejar este mundo, y esa es la razón por la que el mundo nunca le había parecido más bello que ahora. Era la estación en la que las lluvias de la primavera permite que florezcan las plantas a la vera del camino y que en el desierto aparezca una alfombra de flores silvestres de vívidos colores; y al atardecer, ni bien se pone el sol, surgen dulces perfumes que lo invaden todo con tanta fuerza que marean.

Mientras tanto, Jesús se acercaba a la casa de su amigo Lázaro que estaba muerto y cuyo cadáver comenzaba a descomponerse en su tumba. El comportamiento todo de Cristo en esta instancia fue paradójal, estaba más allá de la comprensión, se mostraba contrario al sentido común. Podríamos haber entendido que al viajar hacia el lecho de un amigo en agonía, Cristo se hubiera apresurado en el camino hacia Betania, aun a riesgo de caer en manos de sus enemigos: pero no, en ese momento, Cristo se mostró más bien moroso y deliberadamente se demoraba. Ahora, lo que se nos hace completamente incomprensible es que llegado el momento de la muerte de Lázaro, recién entonces Cristo se pone en camino, sabiendo perfectamente que al llegar no se encontraría sino con un sepulcro que había sido tapiado cuatro días antes. Debe haber sido entonces que Judas pensó que este hombre estaba completamente fuera de sí. Uno no arriesga la propia vida y la de los amigos para ir a meditar al lado de una tumba.

Y con todo, Cristo resolvió qué cosa haría no sobre la base de un normal sentido común: completar su misión, y ninguna otra cosa era lo que lo guiaba por entonces. Otros héroes encaran los acontecimientos, los enderezan según su voluntad y fuerzan su desenvolvimiento según sus propios deseos. Pero cuando un acontecimiento ya ha sucedido, nadie es capaz de hacer nada con eso. Cristo va más lejos. Si arriesga su vida, no es para impedir la muerte de Lázaro, ni siquiera es para cumplir con los deberes de piedad finales para con su cuerpo; es para tender un manto de duda sobre lo realmente sucedido, es para reabrir

el debate acerca de la vida y la muerte, es para extender incluso hasta la muerte los dominios de la esperanza que hasta entonces se detenían exactamente ante ese umbral; es para poner seriamente en duda que la muerte sea un hecho incontestable que nadie puede modificar.

Para Cristo no había, nunca hubo, un hecho incontestable. Siempre y en todo lugar dominaba los acontecimientos, incluso los del pasado. Los interpelaba, los ponía en duda, e incluso los suprimía.

Judas se dijo: "Este hombre es un tonto de arriesgar así su vida por una persona muerta. Lo que pasó, pasó." Y ya no sentía obligación de lealtad ninguna hacia un hombre que se negaba a permanecer dentro de los límites de lo que es posible en este mundo.

Tampoco Tomás entendió mejor la cosa. Pero, insano o no, Cristo era un hombre que merecía ser seguido. Se dejaría matar con Él.

Cristo apuró el paso en su camino hacia Jerusalén. Les iba a mostrar a los hombres cuánto puede el amor frente a la muerte. En eso pensaba cuando iba de camino. Iba a demostrar el hecho de que el amor no conoce límites, que puede poner de patas arriba cualquier cosa predeterminada, que tanto la muerte como el pecado son países que el amor puede conquistar. Y por mucho que uno se haya adentrado en ese país, siempre puede volver de allí, siempre puede salir de allí. Él iba a mostrar de manera incontestable que Él era, también, el Rey de Hades.

*

Y sin embargo, como siempre, todo empezó de la manera más natural del mundo. Jesús arribó a Betania, cerca de Jerusalén. En esos poblados orientales en cuyos suburbios uno siempre se topa con chicos jugando y gente chismorreando, al viajero que se acerca se lo divisa en lontananza, mucho antes de que llegue. Alguien corrió a casa de Marta para decirle que se acercaba Jesús y quienes le salieron al encuentro le informaron que Lázaro ya había fallecido y que había sido enterrado cuatro días antes. Marta se reunió con Él incluso antes de que entrara al pueblo. Debía hacerle saber que su casa estaba llena de gente procedente de Jerusalén entre los cuales se contaba un buen número de sus enemigos.

Cuando lo saludó a Cristo, Marta dijo estas palabras que bien pueden haber sido pronunciadas en son de reproche: "Señor, si tú hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto." Cristo replicó: "Tu hermano resucitará de entre los muertos." Marta le dice que ya sabía eso, que resucitaría en la resurrección general, en el último día. Y Jesús contestó: "Pues, créeme, Marta, ahora ni la vida ni la muerte—por lo menos las cosas que designamos con esas palabras—ya no cuentan para nada, para nadie. Ya no están los muertos de un lado y los vivos del otro. Están aquellos que creen en Mí, y aquellos que no creen. Los

que creen en Mí, vivos o muertos, viven, porque Yo soy, Yo mismo soy la resurrección y la vida: los que creen en Mí ya no viven en el tiempo y desde ya gozan de la vida eterna. Los muertos, los verdaderamente muertos, segregados para siempre de la vida, cortados para siempre de la resurrección, son los que no creen en Mí."

Así como el ser amado jamás se cansa de escuchar que es amado: "¿Y tú misma, crees esto?" "Sí, Señor", dijo ella, "Creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo".

Cristo reafirmó su triunfo antes de ponerlo de manifiesto. Antes de perdonar los pecados de María Magdalena, había unido la sabiduría a la pureza, estas dos hostiles hermanas, en su amor. Antes de traer a Lázaro su hermano de regreso a la vida, Cristo reclamó soberanía tanto sobre la vida como la muerte, y en la fe, reconcilió de una vez y para siempre a estas dos enemigas. Entonces Marta entró sola a la casa, buscando a María, y hablándole en susurros para que sólo ella pudiera oírla, le dijo: "El Maestro está afuera y pide por ti."

De inmediato, María se levantó y presurosa, salió fuera. Cuando saludó a Cristo, y para que todos lo vieran, se arrojó a sus pies en un gesto que en ella ya era costumbre. Su pena estalló en el mismo reproche que el de Marta: "Señor, si Tú hubieras estado aquí, mi hermano no estaría muerto".

Habían pasado ya cuatro días desde que Lázaro yacía en su tumba, y sus hermanas no cesaban de llorar por él. Cuántas veces, durante esas tres largas noches de lamentaciones no habrían repetido esta misma frase, de tal modo que ahora formaba parte de su primer saludo. Sus pensamientos incesantemente habría ido desde la muerte de Lázaro hacia Jesús, su amigo, que no se encontraba allí. ¡Oh! ¿Cómo había sido que Él no había estado allí para salvar a su amigo de la muerte? Si Él, que había sanado y salvado gente que no significaba nada para él, ¿cómo no habría de salvar a su amigo? Y, como aquella primera vez, en casa de Simón el fariseo, María Magdalena se quebró en llanto.

Cuán diferente fue la actitud de Cristo con ella, a diferencia de la que tuvo con Marta. Esta vez no explicó absolutamente nada. No prometió nada. A María nunca le habló en otro lenguaje que no fuera el del amor, y, viéndola llorar, sintió la más violenta compasión. El Evangelio dice: "Cuando... Jesús la vio llorando... gimió en su espíritu, se turbó y dijo: "¿Dónde lo habéis puesto?" Le dijeron, "Señor ven y verás". Y Jesús lloró.

Benditos sean esos gemidos y esas lágrimas. El Evangelio nos informa que sólo en otra ocasión Jesús lloró y eso, varios días después, en Jerusalén. Cristo nunca dejó de ser un héroe. Era como un líder militar que acaba de perder una batalla y que, por eso mismo, su corazón siente gran aflicción. Y así es

que nunca estuvo más cerca nuestro. Su corazón se veía afectado por los más cercanos, y las lágrimas de María Magdalena lo hacían humano como nosotros. Siempre con realce, como que la compasión no le podía ser arrancada. A Cristo no se le puede robar nada. Él entrega todo.

La Virgen María era quien había desempeñado el ministerio de la Encarnación de Dios y quien, habiéndole dado un cuerpo, había revelado a Dios ante los hombres. Pero fue María Magdalena quien, más que ningún otro, había revelado a los hombres su ternura. ¡Qué maravilla que Cristo estuviese tan lejos de cualquier estoicismo como de cualquier puritanismo! Él, fuera del cual no hay santidad alguna, se dignó santificar tanto nuestras lágrimas cuanto el vino de nuestras alacenas. No se puede sentir pena ante la muerte de un amigo si antes no amas la vida con sus pequeñas alegrías.

En esto los judíos no andaban errados. Estaban ahí para observar el menor de sus actos. Los que se encontraban en la casa salieron con María, pensando que ella acudiría a la tumba. Y fue entonces que se toparon con Jesús, su más enconado enemigo—con sólo verlo se quedaron atónitos. Él sabía perfectamente el efecto que les producía, dejándolos sin aliento. En cada ocasión que se le ofreció hizo uso de ese su poder. Incluso se aprovechó de eso puesto que sabía que dejándolos estupefactos, se libraba de ellos. En cada ocasión como esta, quedaban tan atónitos, que no se atrevían a detenerlo. Sólo después se daban cuenta de la tontería que había en eso. Y se prometían a sí mismos que la próxima vez no se dejarían sorprender así y que se mostrarían más eficaces. Pero luego, resulta que otra vez resultaban desbordados ante su sola presencia.

Uno de los grandes poderes de Cristo consistía en que jamás permitiría que sus enemigos moldearan su conducta. En oportunidad de este lance, a Él poco le importaban sus enemigos ni su odio fingido revelado en miradas que brillaban a su alrededor como filos de espadas. A Él lo único que le importaba era esta mujer, echada a sus pies, llorando, y transportado por su propia compasión, Él también lloró. Al ver esto, a Judas se le habrá antojado cobarde en tanto que los judíos verían en eso sólo debilidad. “Mirad cómo amaba a Lázaro”, dijo alguno. Pero otros dijeron: “¿Acaso no podía Él, aquel que ha abierto los ojos de un ciego de nacimiento, haber evitado la muerte de un amigo?”

Reconociendo su amor, dudaron de su poder. Jesús les iba a mostrar que no hay en el mundo nada más poderoso que el poder de su amor. El resto de nosotros, simples mortales, retenemos nuestras lágrimas y tratamos de endurecernos, sólo porque somos débiles. Y más que de nuestras lágrimas, nos avergonzamos de nuestra impotencia. Un hombre que llora es como un soldado que deja caer sus armas.

Cristo puede llorar sin avergonzarse. No llora como un derrotado. Es su compasión la que lo hace llorar. Pero su compasión es todopoderosa. Cristo odiaba la muerte de Lázaro que convirtió el cuerpo de su

joven amigo en putrefacción. Cristo odiaba la pena que velaba con lágrimas los ojos de su Bienamada. Por eso lloró. Pero su odio era eficaz: Él haría retroceder a la muerte, Él borraría el duelo convirtiéndolo en gozo.

*

Una vez más Jesús gimió y se acercó al lugar de la tumba. Era una cueva sellada con una piedra. “Quitad la loza”, dijo Jesús. Marta objetó : “Señor, este es el cuarto día desde que murió y el cuerpo ya se descompuso”.

A lo que Jesús respondió: “¿Acaso no te he dicho yo que si tienes fe verás la gloria de Dios?” Quitaron la loza. Jesús levantó su mirada al cielo y dijo: “Padre, te doy gracias por oírme. Sé que siempre me escuchas pero lo digo por los están aquí conmigo, para que crean que Tú me has enviado”.

Y luego, con voz potente, dijo “Lázaro, sal fuera”.

De repente el que estaba muerto, apareció. Se quedó ahí, rígido, como una columna blanca frente a las tinieblas de la tumba. Sus pies y sus manos estaban vendadas y su rostro cubierto por un paño. La imprevista aparición de esta momia dejó helados a todos. ¿Que querría este fantasma, y por qué había vuelto a la luz? Nadie se atrevió a acercársele. Era imposible creer en este fantasma viviente. “Vamos, vamos de una vez”, dijo Jesús impacientemente, “desátenlo y déjenlo ir”. Esta voz que se imponía sobre la muerte y la vida le otorgó a los estupefactos espectadores la fuerza necesaria para obedecer. Marta y María, las mismas que lo habían vendado, los deshicieron habían puesto las vendas, las retiraron, dejando expuesto la latiente desnudez de un cuerpo vuelto a la vida.

Si hay dos acciones que definen perfectamente al héroe del Evangelio, son ciertamente el perdón de María Magdalena y la resurrección de su hermano Lázaro. Los dos acontecimientos tienen un significado complementario y en ambas ocasiones María Magdalena desempeña el papel principal. Ahora se lo ve al Héroe perfectamente perfilado en todas sus cualidades. Él se ha revelado totalmente para los meros espectadores, ante sus enemigos y sus amigos. Sabemos quien es Cristo, lo que ama, lo que odia: odia la muerte y la maldad, ama la sabiduría y la vida, y la pureza que no es sino una condición de una cosa y otra. Y lo que odia por sobre todas las cosas es una pureza que impide toda sabiduría y condena toda vida. Sabemos lo que Él quiere. Sabemos que nada lo detendrá y que nada le podría pasar si Él no quiere que pase. Sabemos que tiene dominio sobre la muerte, no sólo al punto de poder frenarla, sino también al punto de poder hacerla retroceder mientras Él se apodera de la presa que tenía entra sus fauces. Sabemos también que perdona los pecados. De aquí en más ha hecho retroceder

los límites de la tragedia. Cuestiona y planta una duda sobre la catástrofe no importa cuál sea. A decir verdad, para Él no puede haber catástrofe alguna. Él dirige el destino mismo a su antojo y lo revierte cuando quiere. Con Él no se puede dar nada por seguro, nada está perdido. Todo lo que hace es fresco como la mirada de un niño. Nunca un héroe había llevado la aventura a tales extremos y eso porque Él es justamente el soberano absoluto de la naturaleza. No hay una ley por sobre Él. Las leyes le obedecen.

*

Era precisamente esta libertad todopoderosa y generosa con la que había soñado María Magdalena. Mas la realidad era más preciosa y más hermosa que el mismo sueño.

♣

Con la resurrección de Lázaro el campo enemigo cayó en gran confusión y consternación. Esta notable manifestación de omnipotencia no había quitado el odio, pero sí lo había desarmado. ¿Alguna vez podrían ganarle de mano a este hombre? Los fariseos y los sumos sacerdotes se reunieron en concilio para compartir sus malos presagios e intentar una puesta a punto de la situación en la que se hallaban. Era calamitosa.

Todo el mundo sabía de la amistad que Cristo profesaba por Lázaro y sus dos hermanas. Todos sabían que como resultado de una grave enfermedad Lázaro había muerto. Toda vez que esta familia ejercía una gran influencia, todos habían concurrido al entierro de este joven. Y por tanto todos sabían que Lázaro había sido solemnemente envuelto en la mortaja. Todos sabían el lugar en el que había sido enterrado. Durante los días siguientes la ciudad entera había visitado a las dos hermanas, pues todos habían acudido a condolerse con ellas delante del sepulcro. Entonces Jesús había arribado a la luz del día sin avisar antes. La casa había estado repleta de gente, y toda esta gente había salido a su encuentro. Nadie podía decir que había habido trampas o engaño. Toda esta gente había visto como la tumba se había abierto, había oído la corrupción que exudaba. Y de repente cada uno de ellos había visto, había visto con sus propios ojos, sin la menor posibilidad de duda alguna, cada uno había visto al hombre que había fallecido cuatro días antes reaparecer ante el mandato de Cristo para ocupar otra vez su puesto entre los vivientes. Allí estaba en su propia casa, a pasos de Jerusalén, comiendo y bebiendo, recibiendo a sus amigos y a la multitud que había acudido a felicitarlo, a verlo, a tocarlo, y a pronunciarse con exclamaciones ante el milagro. Todo Jerusalén, los príncipes y el populacho habían acudido a la gran celebración que Lázaro protagonizaba en su propia casa, una casa de puertas abiertas para todos desde el momento de su resurrección. Y cada tarde, al ponerse el sol, se podía ver desde la calle las luces de la casa y oír la música que de allí procedía. Qué escándalo.

En una palabra, esta inoportuna resurrección produjo una verdadera revolución. La multitud no hablaba de otra cosa. Ya no se podía confiar en nadie. A pesar de las excomuniones promulgadas contra Cristo y todos aquellos que lo seguían, incluso algunos pocos Doctores de la Ley se habían visto ganados por su causa. No se atrevían a declararlo públicamente, pero ya no se podía contar con ellos. Secretamente habían traicionado la causa de Israel, una cosa verdaderamente vergonzosa. José de Arimatea, Nicodemo y varios más estaban bajo sospecha.

En cuanto a Cristo ¡con tal de que fuese posible aprehenderlo! Pero él se mantenía en guardia y se escurría de tus manos como una anguila, reapareciendo hoy aquí y mañana allí. Oh, ¡si sólo estuviese dispuesto a esconderse definitivamente, si sólo desapareciese del todo y para siempre! Pronto todo

volvería a la normalidad y al final sería olvidado. Pero Él combinaba perfectamente toda la prudencia con todo el coraje. Había sido dable esperar que no apareciese por Jerusalén en el tiempo de la Pascua y sin embargo he aquí que ya estaba en Betania, a las puertas mismas de Jerusalén. Mañana entraría en la ciudad. Todos lo esperaban allí. De un día para otro, en cualquier momento podía desencadenar una insurrección, voltear al gobierno de Israel, meter presos a sus enemigos, colgarlos sumariamente, proclamar la independencia de Israel, predicar una guerra santa que involucraría a la nación entera en la más loca de las aventuras. ¿Acaso no permitía que el pueblo lo llamara "Hijo de David"? ¿Y por ventura no invocaba ser el heredero de los Reyes de Israel, cuando no decía que Él era el mismísimo Mesías? Incluso se había atrevido a ponerse por encima de Moisés y de Abrahán y hacerse igual a Dios. Se perdería todo si no se le ponía punto final a todo este disparatado asunto. Los romanos no se andaban con bromas y no tolerarían ningún desorden. Vendrían con un ejército y destruirían esta nación. Toda la paciente obra para mantener un equilibrio estable y dificultoso entre las aspiraciones nacionales y las exigencias foráneas sería barrida del mapa por un tonto irresponsable que agitaba y sublevaba a las gentes, a lo mejor incluso sin saber adónde los conducía.

Todas estas tristes y perfectamente acreditadas consideraciones pintaban un cuadro de situación de lo más descorazonador. Ahora, ante circunstancias tan dramáticas como estas, no es inusual que aparezca un hombre, que surja el hombre predestinado que se muestra a la altura de las circunstancias. E Israel tenía la suerte de contar con un hombre así. Afortunadamente, incluso había ocurrido que ese mismo año aquel hombre había sido elegido Sumo Sacerdote, lo que significaba que ocupaba el más alto puesto en la magistratura del Estado. De aquí que resultara lo más natural que, más que ningún otro, abrigara en su corazón una gran preocupación por el bien común y que dispusiera, junto con la habilidad necesaria para desempeñar sus encumbradas funciones, del coraje para tomar medidas con la prontitud y eficacia que la situación requería. Semejante hombre en semejante momento ocupando este puesto no hacía sino probar una vez más que Dios no había abandonado a su pueblo. Su nombre era Caifás.

*

Después de haber dejado que cada uno de sus concejales dijeran lo suyo, el Sumo Sacerdote se levantó con esa morosidad y cautela que tantas veces distingue a los más encumbrados dignatarios eclesiásticos. Con su mirada—inflexiblemente dulce—abarcó a la asamblea toda. Esperó a que se impusiera silencio y aún un poco más todavía, como para distinguir su propia contribución de todo lo que se había dicho hasta entonces y como para subrayarla con apropiada autoridad. "Vosotros no entendéis nada", dijo con voz firme y hablando lentamente. "Tengo una idea y querría compartirla con vosotros. Encuentro justo y saludable que cuando un individuo coloca a la nación en situación de peligro, debe sacrificárselo en aras

del bien común. Dadas las circunstancias, necesariamente la solución no puede ser sino que muera un solo hombre antes de que la nación entera perezca."

Estas palabras, a pesar de ser tan simples y pese a que expresaban a la perfección los deseos tan largamente abrigados por cada uno de los presentes, sin embargo produjo el mágico efecto de un oráculo. Dios había hablado por boca de su Sumo Sacerdote. Sólo quedaba pasar al reino de la ejecución: matarían a Cristo. En cuanto a Lázaro, aquel molesto testigo de su poder, él también sería matado ni bien se ofreciera la oportunidad. Esto fue lo que se había resuelto: Cristo sería muerto.

Así, se publicó la orden de su arresto en virtud del cual cualquiera que supiera dónde estaba Cristo estaba obligado a denunciarlo para que se procediese de inmediato a su arresto. Los carteles con esta orden se pegaron por doquier, parecidos a los afiches que aún hoy en día vemos con la descripción de un enemigo público, de algún maleante especialmente peligroso. Cristo había sido solemnemente declarado como un fuera de la Ley y por lo tanto todos los ciudadanos debían alinearse con la Ley y en contra suyo. Tal fue la respuesta al insolente milagro de Betania.

Este conflicto que de ahora en más sería sin cuartel entre el maravilloso obrador de portentos y todas las autoridades religiosas y civiles de su nación, soltó la lengua de todo el mundo. El pueblo ama los tiempos de inquietud y aquel electrizante momento en que todos se preguntan qué va a pasar. Durante aquellos brillantes días de primavera los caminos de Judea estaban repletos de peregrinos con destino a Jerusalén, gente que acudía de todas partes para cumplir con sus devociones para la fiesta de Pascuas. La ciudad estaba abarrotada de gente. Grandes multitudes se tenían todo el día en el santuario exterior del Templo y una sola pregunta corría de boca en boca: "¿Qué piensas? ¿Será el día de la fiesta? ¿Vendrá o no vendrá?". Si acudiera, constituiría un espectáculo de aquellos, y la muchedumbre ya estaba preparada para desempeñar su rol en todo esto, más allá del papel que representarían cada uno de los antagonistas.

El partido había sido jugado hábilmente. Si no aparecía, entonces tendría que admitir que tenía miedo, y un hombre que admite su temor también admite que está equivocado. Pero más allá de eso, fallaría en su deber de buen judío que estaba obligado a celebrar la Pascua en Jerusalén. ¿Se atrevería a venir?

Ya no le resultaba posible a nadie impedir el curso de los acontecimientos, nadie, a no ser el propio Cristo. Y con todo, era obvio que Él no quería hacer tal cosa. Su única preocupación era la de quedar al margen de todo el tole-tole, por mucho que su propia suerte seguía estando en juego. El desafío había sido lanzado y nadie podía impedir que de él se siguiera un duelo a muerte. El período de deliberación y consejo había terminado para ambos bandos. Se había arribado a ciertas conclusiones, se habían tomado ciertas decisiones. Su ejecución había comenzado.

Durante la breve sucesión de días que lo separaban de su muerte, Cristo puso de manifiesto sorprendentes habilidades tácticas. Actuó y habló como un hombre que estaba en guerra. Todo su comportamiento no refleja sino una maravillosa mezcla de coraje y prudencia, un poco de prudencia y mucho más de coraje, como corresponde tratándose de un general en campaña. Asediaba al enemigo y no le daba respiro, siempre reservándose el lugar y la hora. Daría un gran golpe que despertaría el entusiasmo de sus amigos y de la multitud y que exasperaría a sus enemigos. Luego, casi de inmediato, se desprendería y se retiraría. Por ejemplo, después de la resurrección de Lázaro, no permaneció en Betania sino que se retiró a Efraín que quedaba al noreste de Jerusalén, a una distancia de medio día de viaje, al borde del desierto, donde una pequeña compañía bien puede perderse y desaparecer en cuestión de minutos.



Por valiente que sea nadie arriesga su vida baratadamente, a menos que no tenga conciencia de los peligros que corre. Pero el más corajudo de los hombres tiembla mucho más por la vida de un ser querido que por la propia. Habiéndose enterado de que Cristo había sido condenado a muerte, María Magdalena comenzó a temblar. Su hermano también estaba en peligro, pero él se podía esconder, tomar sus precauciones. El que corría máximo peligro era Cristo. Y no se escondería para siempre.

Marta, que carecía de imaginación, se reaseguraba con más facilidad. Después de todo, Cristo había exhibido de manera manifiesta su poder, incluso sobre la muerte, como para que resultara fútil ahora temer por su vida, o incluso, por la de Lázaro. En cuanto a Lázaro, a él le alcanzaba con sentirse vivo como para sentirse reasegurado.

Por su parte, María Magdalena permanecía en un estado de continuo temor frente a lo que podía pasar: se temía lo peor. Su amor le advertía que todo este asunto no podía sino terminar mal. Su amor y su experiencia se lo decían. Después de todo, conocía bien a los fariseos, no hacía tanto que había sentido el peso de su odio, su rostro había sufrido mil veces sus miradas viperinas. Durante toda su escandalosa adolescencia se la había pasado desafiando y exasperando su indignación. Pero no era ninguna tonta. Bien sabía que eran víboras—todo esos fariseos arrojados con sus justicias—y que sólo se desprenderían de su veneno en la carne de su enemigo. Cuando el veneno alcanza el corazón, el corazón deja de latir. No podía impedir su propia convicción de que Cristo iba a morir. Por mucho que uno pudiese reprocharle este su presentimiento que parecía trasuntar falta de confianza, ella, por su parte, no podía pensar de otro modo. Y no era falta de confianza; en ella era como la manifestación de un instinto profético. No abrigaba la menor duda acerca del divino poder de Cristo. Sólo que había ingresado de tal modo en su amor como para adivinar las implicancias trágicas que eso necesariamente acarrearía. Sabía que en Él el amor presidía sobre el poder y que se acercaba el tiempo en el cual ese mismo amor impediría que su poder se manifestara.

Desde Jerusalén llegaron noticias. La general excitación generada por la resurrección de Lázaro había llegado a su máxima expresión. La ciudad entera rebalsaba de entusiasmo y cundían las emociones exaltadas. Si María Magdalena abrigaba temores, mucho más los fariseos. Habían excomulgado a Cristo, lo habían convertido en un *outlaw*, en un fuera-de-la-ley, habían decretado una orden de arresto contra Él, pero sabían que no serían obedecidos, que lo más probable es que si se le ponían las manos encima el pueblo se rebelaría a favor de su profeta, que mientras Cristo permaneciese en el medio de la multitud, esa misma multitud constituiría su más eficaz resguardo. El único modo sería aprehenderlo cuando solo y en un lugar solitario. Hacía falta una traición. En verdad ellos recompensarían al traidor

con sumo gusto, sino que no aparecía ninguno. El combate prometía ser difícil. Su resolución difícil de anticipar. Pero ya no quedaba alternativa. Dejar que las cosas siguieran su rumbo era invitar a una revolución. Ponerlos a ellos mismos en caja también sería una suerte de revolución, pero en ese caso su desenlace sería más difícil de predecir.

Cristo se encontraba en la siguiente situación: nadie sabía si la noche siguiente se hallaría sentado sobre el trono de Israel o si pendería ahorcado. *Trono u horca*, estas dos imágenes ocupaban el lugar principal de los ensueños de la multitud. El momento resultaba delicioso y terrible. Es el momento en el que César cruzaría el Rubicón, es cuando los granaderos de Napoleón se resolvieron a invadir los precinctos de la Asamblea, es cuando Mussolini se decidió a marchar sobre Roma. Es el momento en el que un hombre nacido para mandar exhibe su verdadera estatura. Si duda, está perdido. Si actúa de inmediato, ha ganado.

*

Fue en tales circunstancias que Jesús, abandonando Efraín, tomó el camino rumbo a Jerusalén. Los hombres verían quién era Él.

♣

Cristo se negó siempre, y ahora más que nunca, a desempeñar un papel que no hubiera elegido. Semejante reserva se le antojará a alguno como signo de frivolidad o propia de un timorato. Pero no era sino una obstinada negativa de parte de Cristo a representar el papel de alguien que no fuera Él mismo. En algunas otras ocasiones supo aparentar que iba a desempeñar el rol que se le ofrecía y parecía tomar la iniciativa resueltamente. Luego, de pronto, se paraba en seco. Cuando uno lo veía avanzar de esa manera, parecía un audaz aventurero dispuesto a destrozarlo todo. Luego, cuando se lo veía detenerse y colocarse a un costado, uno se sentía tentado de pensar que a lo mejor era débil e inconsistente, que tal vez fuera un tipo falto de carácter. Ni César ni Napoleón actuaron de ese modo. Cuando se destapa el vino del triunfo, corresponde beberlo. En cambio este hombre destapaba el vino, llenaba la copa hasta que rebalsara y luego se alejaba de la copa llena. Mostró toda la audacia de un gran capitán y luego fallaba en el último intento: no abrazaba la victoria.

Esto mismo debe haber sido lo que decidió a Judas para finalmente alejarse de Él.

Cristo sabía perfectamente que entre Él y sus enemigos lo que estaba en juego no era sino su propia vida. No hubo oportunidad en que no se la jugara, pero siempre terminaba por arreglar el asunto de tal manera que, al final, sus enemigos no tuvieran que arriesgar nada. Era como una ruleta rusa en la que todas las apuestas están de un sólo lado. En semejante contienda, el que apuesta siempre termina perdiendo. Esto es lo que Judas no podía entender. Le habría gustado que Cristo quebrantara a sus enemigos a riesgo de resultar Él mismo quebrantado, pero eso sí, que las apuestas fueran compartidas. ¡Y cómo no le habría gustado colgar a los fariseos en la horca y, en el reino temporal de Cristo, desempeñar el ministerio de justicia! Si, justicia, que la justicia administrada de cierto modo siempre ha sido más provechoso que la tesorería—y no deja rastros.

Cristo y Judas ya no podían ponerse de acuerdo. Para Judas era cuestión de ganar la partida aun cuando el oponente tuviera que ser liquidado. Para Cristo siempre era cuestión de ganarse a los enemigos a riesgo de perder todo lo que estaba en juego. Confrontado con esta indiferencia respecto de la victoria, al fin Judas se pasaría al oponente victorioso e imbatible.

Siempre había habido una diferencia de inteligencia entre Cristo y sus apóstoles respecto al sentido de su misión. Él y ellos no la interpretaban del mismo modo. Desde el comienzo mismo y a lo largo de su vida pública, Cristo reclamó para sí el título de Mesías, de Hijo de David, de uno enviado por el Señor para reestablecer el Reino de Israel. Para los judíos contemporáneos de Cristo, todos estos títulos por fuerza resonaban con esperanzas temporales. El Reino de Israel era un reino terrenal que debía ser restaurado con todo su poderío. A él se le había prometido la dominación de la tierra, de un extremo a

otro. Para los judíos, atentos a las magníficas promesas que Dios le había hecho a su pueblo, no podía caber duda alguna de que el Mesías le quitaría el Imperio a Roma para entregárselo a ellos. Que uno se proclamara Mesías y demostrarlo no podía sino comenzar por asumir la responsabilidad de esta conquista y llevarla a cabo con resultado exitoso. Ya no contamos con una inteligencia acabada de hasta qué punto las ambiciones humanas y las consideraciones carnales formaban parte constitutiva de la esperanza que Cristo, durante su vida pública, había suscitado a su alrededor. Y lo más raro de todo es que Él no hizo mucho para aclarar de una vez por todas este equívoco—si nos atenemos a la sucesión de milagros que obró, parecería que más bien reforzaba esta convicción. Y cuando en una ocasión los Apóstoles le preguntaron específicamente acerca de la recompensa que tendrían por haberlo seguido, contestó con estas palabras, muy apropiadas si de confirmarlos en su ambición se trataba: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas. Y Yo os confiero dignidad real como mi Padre me la ha conferido a Mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lc. XXII:29-30). Y toda esta buena gente simplemente le creyó.

Como los demás, Judas había entendido la promesa literalmente. Pero probablemente haya sido más inteligente y realista que los demás. Conocía los caminos del poder. Si eras realmente el Mesías, el hijo y heredero de David, si querías restaurar el reino de Israel, tal como lo decías y dejabas decir, eso significaba que había que tomar el poder. Y si quieres tomar el poder, hay que abocarse a eso resueltamente, sin vacilar ni por un instante. A Judas el más mínimo desvío, e incluso la más breve parada en el camino, lo exasperaba.

Betania fue una de esas paradas.

Ni bien Cristo y sus Apóstoles dejaron Efraín para tomar el camino rumbo a Jerusalén, Judas se dijo como un buen soldado que ya la batalla era inevitable y que el sol no se pondría sin que hubiera vencedores y vencidos. Nos podemos imaginar el desdén con que su inflamado corazón consideraría cómo, con Jerusalén a la vista, de repente Jesús abandonó el camino para internarse por el pequeño sendero que conducía a la casa de Lázaro y sus dos hermanas. ¿Acaso Cristo rehuía el combate? Entonces, ¿por qué acercarse tanto a Jerusalén, para, por así decirlo, ponerse a tiro de la boca del león? Para un hombre digno de su nombre, en ciertas circunstancias ya no hay territorio intermedio: o bien se interna en la batalla y sino ha de quedarse tranquilamente en su rincón y dejar que la gente lo olvide. Pero no, al atardecer no habría ni vencedor ni vencido; habría fiesta en Betania. "Dios mío", se dijo Judas, "¿es Cristo un sonso, un cobarde—cuando no un general que, traicionando a los suyos se rehúsa a entrar en batalla?".

Con amargas consideraciones como estas, Judas se sentó con los demás a la mesa. Betania había recibido a Cristo con una ovación, y uno de sus ciudadanos más prominentes, Simón, llamado el leproso, lo había invitado a un gran banquete. Uno debe esforzar la imaginación para representarse cómo son esas grandes fiestas en Oriente, en la que todos los amigos reunidos, no importa cuántos fueren, pueden participar y a las que se pueden acercar todos los curiosos que quieran a mirar lo que pasa, a escuchar y ver a las jóvenes que bailan en grupos, que se hamacan al son de sus monótonas melodías. Cuando la ocasión resulta importante, los invitados son muchos y el agasajado es honrado con corderos, gallinas y jóvenes pavos que se faenan por decenas. Así fue el banquete en casa de Simón el Leproso para celebrar al admirable hacedor de maravillas que tal vez mañana resultara ungido como Rey de Israel. La revolución se estaba licuando, se estaba convirtiendo en una fiesta para retozar. Judas contempló la gozosa reunión de los invitados. ¿Quiénes entre ellos serían espías del Sanedrín? A lo mejor en poco tiempo aparecerían en la escena los guardas del Templo. Judas dirigía ansiosamente sus miradas hacia las puertas.



La que ingresó fue María Magdalena.

Estaba en el cénit de su vida, sorprendentemente hermosa y vestida como una princesa. Aquella primera vez, en casa de Simón el Leproso, portaba en sus manos un jarro precioso de perfume. Y su rostro se veía nimbado con la majestad del amor. Cruzó el largo de la sala acercándose a Jesús, quebró el frasco de alabastro, derramó el perfume sobre la cabeza del Señor y luego otro tanto sobre sus pies, después de lo cual los secó con su cabello. La casa toda se llenó con la sutil y penetrante fragancia.

Judas temblaba de cólera. Hacía mucho que detestaba a María Magdalena. Cristo había perdido estatura a sus ojos desde que permitía que una mujer lo ablandara. Por supuesto que sabía perfectamente que el amor que Cristo y María Magdalena se profesaban era enteramente puro. A sus ojos, esto lo desacreditaba a Cristo aun más y es posible que fuera entonces que llegó a la conclusión de que el Maestro no era más que un visionario. ¿Qué cosa era lo que siempre y de todas las maneras le impedía a Cristo tomar el paso decisivo? Judas recordaba el día en el desierto cuando Jesús había multiplicado siete panes de manera que había resultado suficiente para satisfacer el hambre de más de cinco mil almas. La muchedumbre quiso ungirlo rey y Él había huido. Acababa de traerlo a Lázaro de regreso a la vida, el mismo Lázaro que ahora se contaba entre los invitados de esta misma fiesta. Aquí había un milagro famoso que había incrementado exponencialmente el número de sus seguidores. Lo esperaban en Jerusalén, otra vez con la intención de hacerlo rey. Ahora, en lugar de acudir allá, aquí estaba sentado a la mesa del banquete; en lugar de estar recibiendo la unción real en el interior del Templo y delante del pueblo congregado, Jesús se contentaba con la unción de una mujer. ¿Era sonso este hombre? Judas se volvió y, en voz alta, cosa que fuera oído tanto por Cristo como por María Magdalena, preguntó retóricamente, "¿De qué sirve todo este gasto?". Y puesto que era muy conciente de la extravagante atención que Jesús le concedía a los pobres, no le costó nada poner de relieve la prodigalidad implícita en este ridículo tributo: "Aquí hay un perfume", dijo, "que bien podría haberse vendido por trescientos denarios, y podríamos habérselo dado a los pobres." El Evangelio nos informa que a Judas los pobres lo tenían sin cuidado y que era el tesorero de la pequeña pandilla; el dinero habría entrado en su posesión y él se lo habría quedado. Naturalmente, Judas no era el tipo de hombre que se arriesga sin sacar algún beneficio por los riesgos asumidos. En la aventura de Cristo, él jugaba su propio partido. Creía que lo jugaba honestamente. Si al final Cristo triunfaba, mejor que mejor; habría jugado la carta correcta y se beneficiaría con eso. Si Cristo perdía, de todos modos habría tomado sus recaudos como para no perderlo todo. Indiscutiblemente constituye una medida prudente separar un poco de dinero para sí cuando uno arriesga su vida y no te digo nada si es cuando tratas con un sujeto tan poco práctico y tan

caprichoso como lo era Cristo. Por tanto, ciertamente no era este el momento para despilfarrar una pequeña fortuna en perfumes para la cabeza y los pies. ¡Qué manga de tontos!

La respuesta de Cristo fue amable. A Judas le hablaba con mayor amabilidad que a los demás. "Deja a esta mujer. ¿Por qué la molestas? Pobres tendréis siempre con vosotros. Pero a Mí, no siempre."

Y reconociendo que María Magdalena había actuado proféticamente pensando en su muerte, la recompensó con otra profecía, vinculando eternamente la prédica del Evangelio con la gloria de su Bienamada. "De ahora en más, nadie puede prestarme servicio alguno. Lo que ella podía hacer, lo ha hecho. Al derramar este unguento sobre mi cuerpo, lo hizo para mi sepultura. En verdad, os digo, dondequiera que fuere predicado este Evangelio, en el mundo entero, se narrará también lo que acaba de hacer, en recuerdo suyo." (Mc. XIV:8-9, Mt. XXVI:10-13).

Respecto del Cristo, ella había reasumido la misión profética de Juan el Bautista. Ya había reconocido en Él al "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Esta vez, extendía la profecía y la precisaba más aún. Este Cordero era el cordero pascual, y la Pascua que estaban a punto de celebrar no tendría lugar antes de que Él hubiese sido ofrecido.

Para Judas esto era demasiado. Acababa de caer abruptamente en la cuenta de que Cristo estaba perdido y que aceptaba su derrota de antemano. Y entonces comenzó a odiarlo. El libertador de Israel era un fraude. No liberaría a Israel. Él mismo se dejaría matar como un perfecto insensato. En verdad que no merecía otra cosa. ¡Y qué fastidio, qué rencor comprobar que él mismo se había engañado, que él mismo había sido engañado! Durante toda aquella noche, Judas alimentaba su amarga desilusión. Y ya había comenzado a escuchar la voz del demonio de la venganza.

Durante toda aquella larga noche María Magdalena se la pasó rumiando las palabras que Cristo había pronunciado. De manera que era cierto nomás; su presentimiento no la había engañado: Cristo iba a morir. De manera que era verdad que, tal como le había sucedido a Lázaro, el cuerpo del más bello de los hijos de los hombres estaba destinado a ser colocado en un sepulcro. Pero no habría nadie quien pudiera convocarlo nuevamente a la vida. Ella le tributaría los mismos tristes honores exequiales que le había dedicado a su hermano.

Sí, era verdad, iba a perder a su Bienamado, no siempre lo tendría consigo. Él había dicho: "Pero a Mí, no siempre me tendréis." ¡Oh qué idea desgarradora! Cuando llegara aquel día en el que Él ya no estaría presente, entonces, ¿valdría la pena vivir? Él había dicho: "Pobres tendréis siempre con vosotros..." Pero ¿acaso no era Él el más Pobre de los pobres? Pronto ya no sería posible ni siquiera ayudarlo,

vestirlo, darle de comer, apagar su sed con el agua de una vertiente o con una copa de vino; ya no habría luz para sus ojos ni música para sus oídos. Por mucho que le hablara de su amor, sería en vano, Él ni siquiera podría oírla. Su cuerpo yacería enterrado.

¡Oh, sin duda, había hecho bien en derramar el precioso perfume, el perfume que se reservaba para sólo Dios y que resulta blasfemo cuando dedicado a los hombres! Había hecho lo mejor que podía, por cierto que sí. Porque no podía darle de una todos los tesoros de la tierra y del cielo, había derramado en su honor la cosa más preciosa de entre sus posesiones, consagrándolo como rey de su corazón, príncipe de su amor de ahora y por siempre jamás. Y el perfume se había esparcido por toda la casa; su aroma perseveraría durante días enteros. Cuando uno ingresaba a esa casa, parecía embriagarnos.

Al igual que un rey que eleva su esposa al trono de su gloria y la asocia a su reino, así también Él le había prometido que los hombres hablarían de ella por doquier y en todo tiempo como que era su Bienamada, de ella, su Bienamada, se hablaría incluso en los confines de la tierra y a lo largo de los siglos. Como Sócrates y mejor aun que Sócrates, que había ligado su sabiduría a la de Diótima en el Simposio, Cristo había ligado su Evangelio al nombre y a la gloria de María Magdalena. ¡Cuánto no habrá querido a esta mujer! Ella sería la reina de los predicadores y de toda prédica.

Pero a María Magdalena ¿qué podía importarle la gloria, desde el momento mismo en que Él ya no estaría allí? Toda la gloria, aun la del Reino de Dios, sería para ella sólo un continuo duelo ante la ausencia, ante la falta de su Presencia: y precisamente por eso merecía eminentemente esa gloria.

Por su parte, Judas no amaba a Cristo. Sólo amaba la gloria que le había sido prometida y que él presumía de entender: "Os sentaréis sobre tronos y juzgaréis a las doce tribus de Israel." No amaba a Cristo, y en el fondo nunca había entendido en las promesas de Cristo, de qué gloria se trataba. Y por esa razón, no merecía aquella gloria.



Y con todo, a la mañana siguiente, las cosas cambiaron de aspecto. Hubo alivio para todos. Ambos, María Magdalena y Judas, bien se podrían haber preguntado si las tinieblas de la noche pasada no habían exagerado las cosas: en ella, la tristeza, en él, la desilusión. Al amanecer, Betania se vio despertada por un vasto murmullo. Justo como sucede con la alborada de todas las revoluciones y sin que exista una sola palabra que así lo disponga, la multitud estaba allí, burbujeando, jubilosa, ansiosa por que empiece el partido, tan preparada para una fiesta como para un asesinato. Olas de gente se amuchaba junto a las paredes y con grandes voces la multitud voceaba el nombre de su maestro. Cristo apareció y consintió el entusiasmo. Tomó el camino hacia Jerusalén.

Entonces todas las oportunidades perdidas le fueron devueltas, en un manojito. Y Judas se volvió a preguntar una vez más, y por última vez, si acaso Cristo, al demorarse de ese modo, no se revelaba como un político mucho más astuto que él.

Y sin embargo, en todo reinaba un denso aire de misterio. Siempre empujado por la muchedumbre, Cristo llegó al Monte de Olivos con Jerusalén a la vista. Al contemplar la Ciudad Santa, gris y rosada a la luz del sol, Cristo lloró y dijo: "Jerusalén, ¿por qué no has reconocido a quién te traería la paz? ¿Por qué ni siquiera hoy me reconoces? Mas todo aquello ha sido escondido de tus ojos. Llegarán los días en que tus enemigos te rodearán con una zanja, te acorralarán y te presionarán desde cada costado. Tumbarán por tierra a los hijos de tu seno y no dejarán piedra sobre piedra, porque no has reconocido el tiempo en que fuiste visitada."

Entre la Ciudad Santa y su Dios existe un trágico malentendido de amor que los de aquí abajo no podemos entender. María Magdalena oyó estas palabras, vio estas lágrimas, y una vez más sintió la opresión del corazón aplastado por la angustia.

La novedad del arribo de Cristo cundió por toda la ciudad, divulgada de boca en boca, como un fuego que se extiende por las copas de los árboles de un bosque. Hubo una explosión de júbilo que parecía una gran conflagración. Este era, en toda su larga historia, el día más glorioso de Israel. Y hasta el fin de los tiempos permanecerá como un terrible misterio, este abismo establecido entre lo que debió haber sido aquel día, y el hecho de que en realidad no tuvo mañana. ¿Quién tuvo la culpa? ¿Fue de Israel? ¿Por qué no de Cristo? En aquel día, si dejamos de lado a los enemigos de Cristo, toda esa gente era enteramente sincera. Reconocieron en Jesús al Mesías al que habían estado esperando durante siglos enteros. Lo aclamaron. Y este entusiasmo, resultaba igualmente conmovedor y temible, se trataba de un fervor amable y sin embargo arrebatador en su potencia, como un río desbordante que arrastra consigo sus propias riberas. La multitud celebraba el triunfo de la honra de Cristo, y en aquel día las hijas de Sión se

gozaron con la victoria sobre la muerte. Ya no cantaban como lo hicieron cuando David volvió de la guerra: "Saúl ha matado a sus mil, pero él ha matado a diez mil" (I Reyes, XVIII:7).

No, en aquel día las hijas de Sión cayeron en la cuenta de que la victoria más grande de todas, más gloriosa que las de Saúl y David, no consistía en haber matado sino en haber convocado a la vida. Esta victoria, que hizo que sus rostros se iluminaran, no se veía opacada por duelo alguno. No estaba mezclada ni con sangre ni con barro. Un triunfo sin armas, sin máquinas de matar, sin estandartes y sin águilas, sin cautivos encadenados, sin botín de guerra. El más glorioso de los triunfos bajo el cielo que jamás haya registrado la historia de la humanidad. El Príncipe de la vida y de la paz, montando un burro de camino hacia el Templo y rodeado de palmas es más grandioso que Alejandro y que todos los romanos victoriosos, y que todos los demás vencedores de la historia. "No temáis, hija de Sión", había dicho el profeta, "¡mira! He aquí que viene un Rey, sentado sobre la montura de un asno." Y todo el pueblo aclamó: «¡Hosanna!», bendito es aquel que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel. Paz en los cielos y gloria en lo más alto."

Por supuesto que los fariseos estaban furiosos, furiosos y desbordados. Se le acercaron a Cristo para decirle: "¿Acaso no oyes lo que la gente grita? Sosiégalos." Pero Él, con una sonrisa, contestó: "Yo os digo que si estos callan, hasta las piedras se pondrán a gritar."

La ciudad toda parecía el mar cuando empieza a hervir antes de la tormenta. "¿Quién es este?", se oyó la voz de uno que preguntaba. Y mil voces contestaron a una en un rugiente murmullo: "¿Él? ¿Él? Él es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea." Ola tras ola del gentío se sucedía engrosando el tumulto que se dirigía hacia el Templo. Contemplando esta marea humana, los fariseos, enfurecidos en su corazón, se decían: "¿No véis? Así no vamos a ninguna parte. Ahora el pueblo todo lo sigue."

¿Cómo acabaría todo eso?

*

Perdida en la muchedumbre, María Magdalena había olvidado su angustia anterior y las lágrimas de Cristo cuando había llorado sobre Jerusalén. Se había contagiado con el júbilo a su alrededor. Miraba y exultaba en este triunfo, más que si hubiese sido el propio. Si aún pensaba en Aspasia, en Friné y en Cleopatra, ¡cuánto más feliz y gratificada no se sentiría ella misma, en comparación con aquellas mujeres! Aquel que había amado y que por fin veía victorioso, era más que Pericles y que Antonio, era más que Platón. Con sus manos sobre el pecho, contenía con fuerza su corazón no fuera a explotar de alegría.

En cuanto a Judas, él exultaba, pero por muy otras razones. Por fin la revolución estaba en marcha. La multitud le forzaría la mano a Cristo, y esa mano, por fin, tomaría el cetro. De ahora en más, nada impediría otra vez la marcha hacia el poder. Debían mostrarse implacables; lo serían. Debían pelear; pelearían. Esta vez irían hasta el fin. Barrerían con los romanos expulsándolos fuera de Israel y llevarían a cabo una revolución social. Se harían de los cargos, de todos los cargos a la vez. Barrerían con el fariseo insolente y los sibaríticos jefes de entre los sacerdotes, expulsándolos fuera de los precintos del Templo. Finalmente, por fin, Cristo estaba jugando su mano como debía. Antes de tomar el cetro, había tomado el látigo. Estaba librando al Templo de los mercaderes y cambistas, derribando sus mesas, y las piezas de oro se desparramaban sobre el pavimento. Judas se hizo de unas cuantas que guardó en su bolsillo. Todo estaba patas para arriba. Estaban en presencia del arrebatador momento en que, genio de un líder mediante, una insurrección se convierte en revolución.

De repente, Cristo, dominando la muchedumbre, la apaciguó tal como lo había hecho con el mar en otra oportunidad. Con su sola presencia, se había aglutinado a su alrededor una enorme multitud. Estaba allí, toda esa gente, presta para cualquier violencia. Sólo le hacía falta que se le indicaran los objetivos apropiados y se lanzarían al asalto. Nada podría resistirlos. Eran los dueños de la situación. Y lo que es más, no se veía ni sombra de oposición, no habría ningún problema. Ahora, en circunstancias como estas uno debe apresurarse y golpear el hierro mientras todavía está caliente. El silencio era vasto y pesado, como la calma antes de la tormenta. Judas, dividido entre la admiración y el temor, lo vigilaba a Cristo. La primera de sus sentencias arrasó con sus temores: "Por fin", dijo Cristo, "he aquí que ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre será glorificado."

Verdaderamente, pensó Judas, Cristo resultó ser mucho más fuerte de lo que se tenía creído. Muy, muy fuerte.



¿Y después? Después, nada.

Cristo habló, habló durante horas de horas. Una elocuencia irresistible como esa tuvo el mismo efecto que la tormenta de lluvia que dispersó a los seguidores de Robespierre, cansados de esperar sus órdenes, durante la famosa noche del Termidor, en la plaza frente al Hôtel-de-Ville. Judas no esperó a que termine. Un odio furibundo le carcomía el corazón. Indudablemente Cristo no era más que un notable charlatán. Tenían razón los fariseos: Él sólo tenía talento para sublevar a la gente peligrosa e inútilmente. La desilusión de Judas era la desilusión de un soldado que se pasa al enemigo cuando se ve traicionado por su propio líder. Se coló por las estrechas callejuelas, golpeó una puerta, se hizo conducir ante el Sumo Sacerdote que en ese preciso momento estaba en plena reunión. "¿Qué estaríais dispuesto a darme—preguntó—si yo os lo entregase?".

Los sumos sacerdotes recibieron esta propuesta con aclamaciones de júbilo. Resueltos como estaban a librarse de Cristo, no sabían cómo proceder. Y he aquí que el traidor se presenta a sus puertas, sin que hubiese necesidad de convocarlo, por iniciativa propia. ¡Qué suerte!, se veía que Dios estaba custodiando a su pueblo. Acordaron el negocio en treinta denarios de plata. Les resultó más barato de lo esperado. La sangre de Cristo valía diez veces menos que el perfume de María Magdalena. Judas prestó juramento de entregar a Cristo de la manera más segura y discreta posibles. Ellos confiaron en él.

Mientras tanto, delante del Templo, Cristo estaba hablando...

*

Cristo hablaba delante del Templo. No todos compartían las razones de Judas para despreciar esta elocuencia. Una vez más se obraba aquel particular encanto de sus incomparables dichos. La multitud estaba pendiente de cada una de sus palabras. La revolución había quedado olvidada.

Judas había esperado que la multitud forzara la mano de Cristo y lo decidiera a golpear. Pero uno nunca fuerza la mano de Cristo, jamás. Si en aquel día Cristo no golpeó, era porque no deseaba hacerlo y porque nunca lo querría. No formaba parte de su misión. Y justamente se hallaba explicando en qué consistía su misión. Su discurso consistía en una larga revelación de sus pensamientos más íntimos, trenzados de una angustia que a veces ostentaba las trazas de algo parecido a la desesperación: una vez más, la decidida tentativa de convencer por las buenas, de inspirar confianza, de mostrarle a la gente el real camino de la salvación: a través de la muerte y de la cruz.

"Amen, amen, así os digo, a menos que el grano de trigo caiga al suelo y muera, permanecerá solo. Pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida la perderá; y el que odia su vida en este mundo, la guardará eternamente... Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? Padre, Padre, ahórrame esta hora que se aproxima... Y sin embargo es para esta hora que he venido... Así que, Padre, glorifica tu nombre."

En aquel instante una voz bajó del cielo, diciendo: "Lo he glorificado, y lo volveré a glorificar." Esto era para decirle a la gente entusiasmada con la resurrección de Lázaro que aquella resurrección no era sino el comienzo, un portentoso. Y la gente pensó que esta gran voz de los cielos eran truenos.

Cristo seguía hablando. Pero no, de ningún modo, rehuía el combate o el Reino de Dios. Explicó que esta batalla era contra el Príncipe de este mundo, Satán, el antiguo enemigo que nos induce al mal, y que Él mismo, el Cristo, no comenzaría a reinar hasta el momento mismo en que fuera crucificado. "Cuando sea levantado en lo alto, entonces atraeré a todas las cosas hacia Mí." Su trono verdadero era un cadalso.

La multitud estaba perpleja: "Hemos leído en la Ley que el Cristo permanece para siempre." Y esto era verdad, pero ellos no sabían de qué manera era verdad. Creían que la muerte es un final, cuando sólo es un comienzo, la explosión en nosotros de la vida eterna.

Con todo, unos pocos creyeron, incluso entre los más altos sacerdotes, bien que tenían miedo y no se animaban a revelar su fe.

Se había terminado todo. Al atardecer de un día tan glorioso, Jesús se sentiría más solo que nunca. Una multitud que había perdido el rumbo, amigos poco confiables, un traidor entre sus propios discípulos. Contemplando atentamente a toda su gente, incluso a Judas que había regresado, cayó en la cuenta de que había comenzado a oscurecer. Se fue para esconderse en Betania.

La batalla, porque ni siquiera se había emprendido, estaba irredimiblemente perdida.



De ahí en más, el desenlace era sólo cuestión de días o, incluso, de horas. No sólo Cristo había sido condenado a muerte sino que ahora resultaba inevitable que esa condena se ejecutase. Dónde y cuándo ocurriría eso, en qué preciso momento, dependía ahora de prácticamente nadie más que de sus enemigos. Ya no se sentían especialmente apremiados y habrían preferido esperar que se terminara la fiesta de la Pascua, no fuera a ocurrir una sedición en una ciudad desbordada de gente. Pero ahora los vientos de la sedición se habían finalmente calmado, por lo menos en lo que se refería a una sedición en favor de Cristo. Los judíos lo entendían perfectamente. De modo que probablemente fue Judas quien, ante una oportunidad favorable y por temor de que no se volviera a repetir, apuró los acontecimientos.

Judas continuaba siempre en compañía de Cristo. La mirada de Cristo lo traspasaba. Pero era él quien estaba ciego y no veía esa mirada. Estaba sellado en su odio, más impermeablemente que un cadáver en su tumba. No volvería a la vida.

De día y de noche María Magdalena cargaba con pesar en su corazón. Ni bien Cristo se alejaba de ella, incesantemente aguardaba la noticia tan temida de su muerte. De ningún modo Jesús la reaseguró. Él le tenía horror a la muerte, pero su coraje estaba a la altura del peligro. Y con todos, de a ratos parecía que el temor lo atenazaba. En aquellos momentos, María Magdalena permanecía más silenciosa que lo habitual, y todo su amor se concentraba en la angustia de sus ojos. Mas, ¿de qué servía todo eso? Lo que sucedería, sucedería. No podía morir en lugar de Cristo. Sorprendió a Cristo dirigiendo sus ojos hacia Judas con una mirada extraña, una mirada compasiva ante un caso perdido. A ella, Judas le inspiraba pavor, como ante la presencia de una bestia impura en la casa. ¿Qué podía hacer? Aquellos que aman a quien va a morir están más solos que el propio moribundo.

Cada mañana, Cristo volvía al Templo, confrontando a sus enemigos. La multitud seguía siendo su refugio. No se atrevían a arrestarlo. Pero lo inundaban con preguntas traicioneras y el diálogo era cara a cara, mientras que los doctores de la ley, sus manos temblando de rabia bajo sus mantos, a menudo se hablaban entre ellos en voz baja, prometiéndose mutuamente el asesinato. Cristo respondía a las preguntas, desarmando sus traicioneras intenciones, castigando cruelmente el orgullo de los fariseos llegando incluso a profetizar la ruina del Templo y el fin de Israel. Mantuvo íntegra su insobornable insolencia. Todas las tardes se retiraba de Jerusalén a Betania, o a un gran huerto de olivos cercano a Betania: fue allí donde fue entregado por Judas y arrestado por una tropa de sirvientes del templo y soldados.

Los apóstoles huyeron. Pedro y Juan llegaron hasta Betania. Por la manera misma en que golpearon a las puertas en medio de la noche, María Magdalena adivinó lo que había pasado.

María Magdalena se levantó, se vistió prestamente, revivió el coraje de Pedro y de Juan y con ellos procedió de inmediato rumbo a Jerusalén. Ella paró en la casa de un amigo, quizás la de José de Arimatea o de Nicodemo, a la espera de novedades, lista para intervenir, dispuesta a intentar lo imposible. Suponer por un minuto que María, la hermana de Lázaro, la Bienamada de su Señor, se hubiese quedado tranquilamente en su casa y que no lo habría seguido paso a paso en este terrible drama que habría de costarle la vida, constituye una improbabilidad más monumental que afirmar que Belén se sitúa en los andes peruanos. Para eso, después de todo lo que Cristo había dado por ella y los suyos, podríamos suponerla sin corazón alguno. Pero no, obviamente, allí estaba. Lo que es más, en ciertas circunstancias como estas, las mujeres no sólo se muestran más inteligentes y corajudas que los hombres, sino también más compasivas y más eficaces. Son ellas las que alientan el coraje de los hombres y ningún hombre puede resistirlas entonces sin arriesgarse a su desprecio. Podemos dar por seguro que no despreciarán la menor oportunidad de arriesgar su propia vida en favor de aquel que aman, en sus intentonas de arrancarlo de la mano de los jueces y de los verdugos. La esperanza no muere fácilmente y revive con prontitud en el corazón de una mujer que ama.

Y lo que es más, una vez pasada la primera conmoción, las cosas no se presentaban tan desesperantes. En primer lugar, Cristo aún estaba vivo. No había sido masacrado como un perro ni tampoco su cuerpo había sido arrojado a un pozo. Muy por el contrario, ellos querían un juicio en forma. Esto suministraba algún tiempo y abría la posibilidad de que actuaran. Por otra parte, el Sanedrín no contaba con jurisdicción para decretar una muerte. Esto le estaba reservado al gobernador romano, y la justicia de Roma era más indulgente que la de los sacerdotes. Lo que había que hacer era establecer a quien ver, quien podía ser influenciado, para salvar a Aquel que había salvado a tantos. Pero ocurre que en el infierno no hay nada más inflexible que el odio. Y el odio de los fariseos era inflexible como inflexible es el mismísimo infierno.



Cuarta Parte

En el umbral del Último Jardín

Digan lo que quieran acerca de los enemigos de Cristo; pero no, no eran tipos mediocres. Si en esta sangrienta historia que constituye el Deicidio el odio los despoja de toda traza de nobleza, de todos modos podría decirse que los reviste de algo así como una especie de grandeza. En lo que se refiere a su víctima, de a ratos los inspiró para hacer cosas que manifiestan una terrible solicitud. En primer lugar los movió a tomar esa decisión, no carente de valentía, de pasar por todo el trámite de lo que en verdad constituyó un juicio, y eso que tenían gran urgencia en deshacerse de Cristo cuanto antes. A lo mejor alguno piensa que esto se debe a su espíritu legalista y la devoción que tenían por la reglas de la justicia. Pero hemos de investigar el asunto un poco más. No alcanzaba, ni por pienso, con matar a Cristo; debía ser deshonrado. Para semejante cometido, un asesinato no alcanzaba. Se requería de jueces y de un cadalso. Durante todo el tiempo en que Cristo estuvo entre ellos, lo habían vigilado, a ver cómo vivía, lo habían escudriñado con un ojo en la Ley y con otro puesto sobre Él mismo. Aún se debían a sí mismos observar cómo moría, un ojo puesto en la Ley y otro sobre Él mismo.

Ya cuando el nacimiento de Cristo habían escudriñado la Ley. Cuando los Reyes Magos, guiados por una estrella, habían llegado a Jerusalén, la estrella desapareció. Se borró ante la Ley. Herodes consultó al Sanedrín para averiguar donde nacería "el Rey de los Judíos". La respuesta fue, de acuerdo a las profecías, "en Belén de Judá". Tampoco se equivocaban los doctores de la ley, así como no se equivocaba la Ley. Acerca del nacimiento de Cristo, no se habían equivocado. Tampoco se equivocarían respecto de su muerte.

No tenían ninguna necesidad de consultar la Ley. Se sabían de memoria el texto del Deuteronomio en lo concerniente al castigo máximo, el castigo sagrado en una sociedad dedicada a Dios, el castigo reservado para los blasfemos, el castigo reservado para quienes habían cometido sacrilegio y para quienes se habían declarado enemigos de Dios, el castigo que condena con una maldición: "Maldito por Dios", decía la Ley, "aquel que cuelga del madero". Debía ser envuelto en su mortaja antes de que se pusiera el sol puesto que la sola presencia de un cadáver manchaba la amada tierra del Señor.

¿Y bien? Se cumpliría con la Ley y este era el castigo que reservaban para Cristo: muerte en el patíbulo, cosa que suscitaba el horror de cualquier israelita medianamente piadoso. Para cualquier buen judío fiel a la Ley, resultaba imposible que un hombre colgando de un patíbulo en ejecución de la Ley no fuera a la vez maldecido por Dios, condenado por Dios, así como era rechazado por los hombres. De modo que no era sólo cuestión de matar a Cristo; debía ser enviado al infierno.

*

Por mucho que uno estudie y vuelva a estudiar los evangelios, en el plano de la política y de la justicia humana, Cristo no resultó condenado y puesto a morir por gente irreligiosa, sino por los "justos" y los piadosos. Por supuesto que todos los pecadores ofenden a Dios, los irreligiosos, los salaces, los ladrones y los mentirosos, pero el Deicidio fue el logro de sacerdotes y gente devota. Cristo murió, condenado por ellos, como un irreligioso, un hombre injusto y, de acuerdo a lo que dice el salmista, exultaban de gozo mientras se bañaban las manos en la sangre de este impuro. Así es que, (¡atender acá!), una cierta concepción de la devoción puede inclinarnos a cometer un pecado más grande—el de matar a Dios—que no tanto por razón de la lujuria o no importa qué otro pecado capital.

En el plano de la justicia humana, Cristo no murió tanto en razón de nuestros pecados personales como por razón del perdón que otorgó a los pecadores. Se permitía remitir a los hombres sus pecados; semejante escándalo no podía ser tolerado. Los puros habían decretado de una vez y para siempre que Dios tenía prohibido salvar a los hombres.

Los fariseos eran una secta aparte. Su función era la de trazar y mantener una línea demarcatoria entre lo que es puro y lo que es impuro. Debía dejarse al que muriese que también se pudriese. Estaba prohibido tocar a los muertos; prohibido dejarse tocar por pecadores. Y pobre de aquel que se atreviese a cruzar esa línea. Quedaba manchado por la impureza, con eso él mismo se pudriría.

Cristo, por el contrario, había afirmado que había venido a salvar a los que habían muerto, a los que se pudrían. Se dejaba tocar por pecadores y afirmaba que ese contacto bastaba para purificarlos. Tocó cuerpos muertos en vías de putrefacción—y esto les constaba, lo habían visto con sus propios ojos—y sólo con ese contacto, los había traído otra vez a la vida. Allí estaban María Magdalena y Lázaro para dar testimonio de ambos escándalos. Con su amor Cristo los había salvado a ambos, y con todo era precisamente ese amor el que debía ser castigado con el castigo supremo. Era necesario elegir el amor y a la vez resultar descastado, cosas contradictorias entre sí. Los fariseos eran los guardianes de esta puerta, los oficiales de aduana de la pureza. Cristo se había atrevido a cruzar el umbral prohibido. No permitirían que se les escapara aquel temerario contrabandista que fraudulentamente salvaba cuerpos y almas. Debía ser condenado sin apelación posible.

*

Ya el amanecer plateaba el cielo y el juicio de Cristo por parte del Sanedrín estaba a punto de comenzar. María Magdalena esperaba en una casa cercana y de vez en cuando le traían novedades. No abrigaba esperanza alguna respecto de cómo terminaría aquel juicio ante el Sanedrín. Conocía a los fariseos y su odio insaciable demasiado bien. Su amor por Cristo había sido nacido con el perdón de sus pecados,

pero había florecido con gratitud cuando oyó que Cristo no sólo perdonó sus pecados sino que asumió públicamente su defensa contra los fariseos. Entonces Cristo le había parecido algo más que el refugio de los pecadores: también era su campeón frente a los "justos". Gran misterio; y sin embargo se lo afirma interminablemente a lo largo de los evangelios. Todo parece acentuar este aspecto de las cosas, como que siempre parece que están los pecadores a merced de los "justos" que los oprimen, y que Cristo había venido a salvarlos de aquella terrible tiranía, y honrarlos con una prerrogativa especial frente a los "justos".

María Magdalena recordaba, nunca dejaba de recordar. Las palabras de Cristo volvían a su corazón: "No he venido a salvar a los justos, sino a los pecadores." Se acordaba de la dracma perdida (y cómo la casa estaba revuelta mientras se la buscaba); la oveja extraviada (y cómo el pastor abandonaba al rebaño por ir a buscarla) ; y que hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que perseveran. Se acordaba de la parábola del hijo pródigo, por el que fueron convocados músicos y se mató al novillo cebado. Recordaba a la adúltera que los fariseos habían traído ante Cristo porque la ley ordenaba que debía ser lapidada. Se recordaba con su propio hermoso rostro sonrojado al verse en medio de todos esos hombres y la mirada suplicante que finalmente le había dirigido a Cristo: "El que esté libre de pecado", dijo Él, "que le tire la primera piedra." Y a ella: "Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más." El único hombre en el mundo que tendría derecho a condenar a los pecadores, no los condenaba, sino que, franqueándoles acceso a su amor, les daba fuerza para arrepentirse y para resultar perdonados setenta veces siete. Por tanto, por fuerza tiene que ser verdad que, en cierto modo, en este mundo, los "justos" oprimen a los pecadores, y que son justos solamente a expensas de los pecadores, así como los ricos son sólo ricos a expensas de los pobres. Los "justos" oprimen a los pecadores y, en este conflicto sin cuartel, Cristo había formalmente tomado partido por los pecadores. Y con ellos resultaría aplastado.

María Magdalena recordaba—y esto era lo que la había unido más a Cristo que ninguna otra cosa—que Él la había liberado de la opresión y del desprecio de los justos. Que por ella Él había ido más allá del antagonismo entre los "justos" y los pecadores, declarando que de ahora en más sólo existían los ricos en amor y los pobres en amor. Y que los carecientes de amor, pecadores o "justos", serían arrojados del Reino; y que los ricos en amor, "justos" o pecadores, eran los Príncipes del Reino. Ella sabía que los fariseos jamás aceptarían las leyes de la Ciudad Nueva, pues en ella ya no serían los privilegiados. Odiaba aquella Ciudad de amor y a su Príncipe como toda la gente con propiedades pueden odiar a una revolución y a su líder que viene a despojarlos de sus bienes. Y en verdad, Cristo los despojaba de sus "justicias", pero no para apropiárselas, sino para tirarlas a la basura. Al despojo le agregaba el insulto.

¿Entonces? Pues nada, de ningún modo se dejarían despojar ni dejarse intimidar de esa manera. Ya se vería de qué lado estaba Dios.

En los días de su lujuria triunfante, María Magdalena hubiera dicho que ella también despreciaba a los "justos". En aquellos días se había creído que la pureza de los justos no era más que temor y negación de la vida. Sí, en efecto, los había despreciado con todo el peso de su llameante hermosura. Pero en el fondo no les había hecho mella puesto que ella no había invocado el ser más pura que ellos. Habían devuelto desprecio por desprecio. Los fariseos y ella habían morado en dos planetas diferentes, perfectamente armonizados entre sí por la fuerza gravitatoria de su recíproco desprecio. El mundo podría haber continuado de ese modo durante mucho tiempo, durante muchísimo tiempo, con los "justos" de un lado, los pecadores del otro, sin que se tocasen, sin que se mirasen siquiera.

Y he aquí que Cristo había aparecido para revolucionarlo todo. Deliberadamente había mezclado a los dos mundos. Vino a decir que Dios amaba por igual a pecadores y a justos, con una marcada preferencia por los pecadores que se arrepentían, y que Él proveía su sol y su lluvia para ambos por igual. Él mismo, Cristo, prefería la compañía de los pecadores. Quebró las convenciones, puso en cuestión el orden establecido, suscitó demasiados problemas, se ponía en el camino de demasiada gente, demasiada importante. Pues es de saber que una cierta idea de orden consiste no en resolver los problemas sino que, pase lo que pase, no se los planteen siquiera. Esta noción pertenece a todos los fariseos de todos los tiempos. Resume todo lo que es más cruel en el mundo. Era la noción de Caifás y de los enemigos de Cristo. Era por razón de esta noción que debía ser sacrificado.

Justo en aquel momento, Juan regresó de casa del Sumo Sacerdote. Cristo había sido condenado a muerte por el Sanedrín.



Faltaba que la sentencia fuera ratificada por el gobernador romano, Poncio Pilatos.

Seguramente que, con la intención de salvarlo, los amigos de Cristo hicieron angustiosas gestiones ante Pilatos y Herodes. María Magdalena era una señora muy importante. Todas las puertas se le abrían y en general no se le negaba nada. Usó de su influencia por doquier. Cuando se enteró que Pilato estaba devolviendo a Cristo para que Herodes se ocupara de él, puesto que este estaba en Jerusalén para la Pascua, se apresuró a acudir ante este príncipe. Herodes estaba encantado de recibir a Cristo en su tribunal. Durante mucho tiempo había querido verlo y quería que este deseo le fuera hecho saber. Recordaba las sensacionales curas realizadas por Cristo, lo que le había ganado un buen número de adeptos entre las mujeres de su propia corte, una de las cuales era precisamente María Magdalena. Buen Dios, no pedía nada mejor que portarse como un príncipe indulgente y así darle a Cristo una posibilidad con la condición de que consienta, para su propia diversión, a realizar un par de milagros en su presencia. Seguramente que, sabiendo esto, María Magdalena abrigó nuevas esperanzas. Mas Cristo no era un animador de reuniones, ni siquiera para salvar su vida. No sólo Herodes falló en su intención de obtener por lo menos un pequeño milagro, sino que ni siquiera pudo sacarle una sola palabra de la boca, ni una sola. A Herodes no le gustaba que la gente se mofara de él. Pero esta vez se mostró más compasivo que lo que había sido con Juan el Bautista, a lo mejor en razón de la presencia de María Magdalena. Como fuere, habiéndolo revestido en son de burla con una túnica brillante, se lo devolvió a Pilatos.

María Magdalena vio, lo vio con sus propios ojos, a Aquel que era la Sabiduría, vestido con ropas de lunático. Condenado a muerte en nombre de la Ley como un blasfemo, como un hombre irreligioso, impuro y escandaloso, aquí se lo trataba como un loco por uno de los príncipes más helenizados de Oriente. Aquí el cristianismo asume su posición definitiva: escándalo para los judíos, locura para los gentiles, sólo reconocido por ojos amorosos como virtud y sabiduría de Dios.

De manera que había que actuar sobre Pilatos. Pilatos estaba muy impresionado con todo este asunto. Cristo le caía bien. No encontraba nada, en el plano legal, contra Él. Hizo todo lo que pudo para salvarlo y uno presente, detrás del telón, las influencias y negociaciones en juego. Lo primero que se le ocurriría a cualquiera sería hablar con su esposa. La esposas de los príncipes son las indicadas como mediadoras de mercedes. Y, como son las cosas, de hecho esa misma noche la esposa de Pilatos había tenido un sueño concerniente a Jesús y había quedado muy perturbada por ello. O tal vez inventó esta historia para impresionar a su marido que era, lo sabía bien, muy supersticioso. Cuando aprendió de labios de María

Magdalena que Jesús estaba en el tribunal de su marido, le envió una nota rogándole que no se metiera con este "hombre justo".

Pero Pilatos se las había con una oposición poderosa. El odio de los judíos se reveló implacable al punto de expresar las protestas más odiosas: "No tenemos otro rey que no sea el César." Pilatos estaba horrorizado. Su falta de dignidad lo horrorizaba. La indignidad no conoce límites. En este momento los sentía capaces de cualquier cosa con tal de hacerse de su presa. Finalmente, hastiado de disgusto y porque en atención a cómo se presentaban las cosas desde su propio punto de vista, una injusticia es mejor que un desorden—les entregó la presa. Se hizo traer un aguamanil y se lavó las manos delante de todos: "Yo me lavo las manos de la sangre de este justo", dijo. La respuesta fue un griterío tremendo: "Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos."

Judas, que formaba parte de la multitud vio que su traición florecía perfectamente. Odiaba a Cristo, por cierto que sí, pero no odiaba menos a los que lo iban a matar. Se odiaba a sí mismo por haber entregado a Aquel que había amado. Pensó que este mundo es inicuo y que el odio en este mundo, siempre, en uno mismo y alrededor de sí, es más fuerte que el amor. Se volvió hacia el Templo, cruzó su vasta explanada y tiró a los pies de los sumos sacerdotes la bolsa con el dinero que había recibido. "He entregado la sangre de un hombre justo", dijo, repitiendo inconcientemente las mismas palabras de Pilatos, tanto como que éste a su vez había repetido las de su mujer.

Las monedas repiqueteando sobre el pavimento serían las últimas ofrendadas al Dios Vivo en su Templo de Jerusalén. Dios había amado a su pueblo al punto de entregarles su Hijo único. Se le pagaba con la moneda de su propio pueblo. Él no la aceptó. Los sacerdotes no deseaban depositar estos denarios en el tesoro del santuario. "¿Qué nos importa? Es asunto tuyo", le dijeron a Judas.

En verdad que sí. Judas salió al campo y se colgó de un árbol. Sus entrañas se abrieron desgarradas.

*

Entre el público estaba María Magdalena, con la madre de Jesús, Salomé, y Juan el discípulo amado. Cristo había sido maldecido por la Ley: sus amigos lo siguieron, incluso en esta maldición. María Magdalena lo siguió allí con todo su corazón. Nunca su amor por Cristo se había mostrado tan entero, tan violento. Ella estaba segura del amor que Cristo le tenía. La vida de este hombre se había gastado en amores solamente; y en amores se gastaría cuando su muerte.

En medio de la humanidad, el amor es como un arroyo vasto y rugiente, que, una vez que sus aguas desbordantes han terminado de pasar, deja en ambas riberas pantanos con aguas estancadas, donde

moran bestias temibles. En su adolescencia, María Magdalena se había bañada en todos estos lodazales, siempre con la esperanza de hallar el amor. Luego, un día, al final, había alcanzado las aguas puras, profundas, de este pacífico arroyo. Se había lanzado de cabeza y desde entonces no había conocido otra vida que la de este bendito torrente. Y ahora, ¿acaso el odio y la iniquidad de los hombres lograrían secar este río? Nunca la mirada de su Bienamado había parecido tan firme y sus ojos tan claros que cuando la miraba a ella. Brillaban con confianza sobrehumanas.

Después de haber sido cruelmente flagelado, Cristo fue nuevamente revestido con su ropa, resultó cargado con una cruz de madera y colocado entre dos ladrones; luego, bajo la vigilancia de los legionarios romanos, la pequeña procesión partió, seguida por el pequeño grupo de los leales a Jesús y detrás una gran multitud. Las ejecuciones capitales siempre han atraído más gente que las fiestas de los reyes.

Arribaron a un montículo extramuros llamado Gólgota. Allí los tres criminales fueron crucificados, Cristo en el medio, como que era el más criminal de los tres. Las cruces eran bajas. Sobre sus rodillas, María Magdalena podía besar los pies de Cristo y limpiarlos con sus cabellos. El perfume que caía en gotas sobre estos pies era tibio, la savia misma del Árbol de la Vida. Cuando levantaba los ojos, ella veía a su Bienamado clavado contra el cielo, como un ave de presa clavado en un portal. Él cargaba con los pecados de la humanidad. Esa era su presa.

María Magdalena contemplaba cómo se moría Aquel que había dicho "Yo soy la resurrección y la vida". Él era la Vida Eterna y ella lo sabía. Pero volvía sin ella a la eternidad, donde por un tiempo ella no podría alcanzarlo. Lo que es más, ni siquiera trataba de entender. No había nada que entender: era todo tan horrible. Hubiera querido morir.

Otros, además de Cristo, se estaban muriendo. En ese momento María Magdalena oyó a uno de los dos ladrones decirle a Jesús: "Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino." Y Jesús le dijo: "Te aseguro que esta misma noche estarás conmigo en el Paraíso." María Magdalena sintió envidia por este hombre, justamente crucificado en razón de sus crímenes. Ya no existía otra cosa—ni crímenes, ni justicia, ni nada—sólo estar con Jesús. Su misión había terminado, completada. Ningún hombre entre los hombres como este, el Maestro de la Vida Eterna, había sido tan conciente del tiempo, de su peso insufrible. Por fin había sido liberado de aquella "hora" que tanto había temido. Si nos atreviésemos, lo bendeciríamos, a Aquel que nos bendice a todos nosotros, por haber sido, tan realmente, el más miserable de los hombres. Y María Magdalena también se sintió aliviada de que todo se hubiese terminado. Y con todo, estaba horrorizada de sentir semejante alivio.

"Padre", dijo Él, "en tus manos encomiendo mi espíritu." Durante toda su vida, Él había mostrado su preocupación, que a veces se parecía a una especie de angustia, por su Padre: "Padre, óyeme...", "Padre, glorifica tu nombre...", "Yo hago siempre lo que le place a mi Padre." Y ahora, como un buen sirviente, nuevamente le encomendó todo a su Padre. Luego, habiendo dado una gran voz, expiró. Se había terminado todo.

Los soldados se acercaron y confirmaron su muerte. Para cerciorarse aun más, el centurión atravesó su corazón con una lanza, al Rey y centro de todos los corazones. De allí brotó sangre y agua.

Presurosamente colocaron a Jesús en su mortaja en un jardín vecino. María Magdalena acompañó el cuerpo hasta la tumba. Taparon la entrada del sepulcro con una roca. Todos partieron. Por un largo rato, María Magdalena permaneció allí, recostada contra la piedra, llorando.

Pero caía la tarde y la primera estrella brillaba en el firmamento. Procedentes de las murallas del Templo se escuchó a las trompetas tocando por primera vez, anunciando que la Pascua estaba por empezar. El Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, había sido inmolado.

En verdad, todo había sido consumado.

Aparecieron los judíos y colocaron sellos sobre la roca del sepulcro y una pequeña guardia armada se instaló para vigilar el lugar día y noche. Con semejante impostor, nunca se sabía... Dos precauciones son mejores que una sola.



Por primera vez en su larga historia, Israel estaba solo en el mundo. Dios ya no estaba con su pueblo y Él había abandonado su Templo. De arriba abajo se había rasgado el velo del Santo de los Santos. Y sin embargo nunca como ahora los sacerdotes celebraron la Pascua con tantos bríos triunfales. Su enemigo lo había reconocido antes de morir—todo estaba terminado; el orden había sido restablecido. De ahora en más, Dios podría ser honrado en paz.

El terror atenazaba a los discípulos de Cristo. La horrible imagen del crucificado, maldito por Dios, sobre el montículo, los obsesionaba. Pasaron a la clandestinidad, trabaron las puertas, trataron de hacerse olvidar, tenían miedo de las brillantes luces de las calles. Temblaban de sólo pensar que a lo mejor ellos también serían arrestados y puestos a morir como cómplices.

María Magdalena estaba en un abismo de pena. La fe y la esperanza sólo sobrevivían en ella merced a su caridad, pero ese amor estaba seriamente lastimado. Su pensamiento y su corazón estaban en la tumba de Cristo. A lo largo de aquel moroso día de Sabat, cuando estaba prohibido desplazarse fuera, se reprochaba el no haberse quedado al lado del sepulcro, haberse quedado recostada contra la pared detrás de la cual yacía su Bienamado.

¿Su Bienamado? Aquel cuerpo torturado y sin vida era su Bienamado. No hubiese sabido cómo explicarlo, pero aquel cuerpo inerte que yacía sobre una piedra, en lo más profundo del sepulcro, a oscuras, era su Bienamado, en verdad, Él mismo. Cuando su hermano había fallecido, ella de igual modo había acudido a su tumba para llorar allí. Pero entonces sollozaba cerca del cuerpo en descomposición precisamente por razón de la ausencia de su hermano, la ausencia dura, el festín de los gusanos. Sabía perfectamente que esta basura que ahora era comida de gusanos, no era su hermano. Por eso había llorado cerca de esta cosa sin nombre que había ocupado el lugar de su hermano.

Cuando había sostenido en sus brazos al cuerpo de Cristo no había tenido la misma sensación de ausencia. De un modo extraño e inefable, mas con la certeza del amor, había sentido que Jesús mismo, en lo que tenía de más precioso y personal, aún estaba allí. Había sentido que este cuerpo era alguien, que era Él, Jesús, y no otra cosa. Por supuesto que sabía perfectamente que este cuerpo estaba inanimado, que el alma lo había abandonado, que su Bienamado había muerto de verdad, de una muerte humana y gravosa. Pero su cuerpo, de todos modos, de todos modos radiaba una presencia intoxicadora. Ella adoró aquel cuerpo con adoración verdadera.

Aquí la teología ilumina la historia. Es cierto que Cristo estaba verdaderamente muerto y que en razón de esta muerte el alma de Cristo se había separado de su cuerpo que, en consecuencia, era un verdadero

cadáver. Pero la persona misma de Jesús, su divinidad trascendente, permanecía sustancialmente unida, de una parte a su alma, de otra, a su cuerpo. Después de todo, es por esto que la Resurrección era posible. La Persona Eterna de Cristo, el Hijo de Dios, disponía de la potestad de reunir, ni bien así lo quisiera, a esta alma que seguía siendo suya con este cuerpo que seguía siendo suyo. El cuerpo y el alma sólo habían sido separados por la muerte, pero la muerte no había separado a la Persona del Hijo ni de su alma ni de su cuerpo, las que siempre habían sido suyas y lo seguían siendo. Una y otro subsistían en esta Personalidad Todopoderosa. La una y el otro no tenían más existencia que en la de esta Altísima Persona. A lo largo de aquel Sábado Santo, María Magdalena había tenido razón en adorar el cuerpo de su Bienamado, pues este cuerpo era Dios mismo en Persona. El verdadero Dios de Israel ya no estaba en su Templo. Estaba en estado de cadáver, en la tumba de José de Arimatea. La maldición de la Ley había caído sobre un cuerpo muerto, mas se trataba de uno que contenía toda la complacencia del Padre. La Antígona cristiana velaba y lloraba sobre un cadáver que, siendo Dios, era también toda la sabiduría y toda la pureza. Religada a Dios mismo con toda la fuerza de su amor, era mediante su caridad la hermana y la esposa de esta cadáver: *Soror mea Sponsa*.

En toda la historia del mundo nunca había habido restos humanos que hubiesen merecido más que este, el tributo de los más preciosos perfumes para sus exequias. La unción de María Magalena había profetizado, más que la muerte y tumba de Cristo, la real presencia de Dios en el cuerpo de un hombre muerto ante el cual los ángeles se prosternaban en adoración. Tal el triste misterio que María Magdalena había sido juzgada digna de anticipar.

Allí donde mora Dios está el Paraíso. Friné había hallado el Paraíso verdadero, el Paraíso eterno. Lo había abrazado cuando estaba ensangrentado; durante su duelo lo había tenido en sus brazos, llorando. Dios mismo yacía en la humillación de la tumba, pero no había perdido ni un ápice de su omnipotencia, de su gloria, de su infinito amor. La omnipotencia de Dios, su gloria eterna, su amor infinito, por mucho que permaneciesen postrados en tierra, siempre conservaban la posibilidad de revolucionar al mundo. El duelo amoroso de María Magdalena radiaba esperanza. Era imposible que todo hubiese terminado.



Hete aquí que no hay como la liturgia para adquirir el sentido de la historia, para adquirir una sensación del acontecimiento histórico, para calibrar su peso e ímpetu. Si uno quiere no sólo entender sino sentir también lo que el Evangelio dice respecto de la Pasión y Resurrección, os aconsejo pasar la Semana Santa en un monasterio. Desde el Domingo de Ramos, cuando la procesión mientras canta golpea la puerta de la iglesia—y debe hacerlo tres veces para que al fin la puerta se abra—hasta el amanecer del Sábado Santo, todos reviven la tragedia de la Pasión. Día tras día, hora tras hora, la angustia aumenta para finalmente resultar devorada por el duelo, un duelo severo, sin ostentación, pura tragedia, el tabernáculo vacío y los altares desmantelados. Resulta imposible no experimentar el vacío que queda después de la desaparición del más hermoso de los hijos de los hombres.

Y luego, el Sábado Santo, muy de madrugada, cuando los primeros rayos de luz reaniman las ventanas de la iglesia, todo comienza con la bendición del nuevo fuego y aquel magnífico cántico, el *Exsultet*, el pregón pascual que junta en un solo gozo trompetas y misterios, ángeles y abejas, la Santísima Trinidad y la noche, el pecado de Adán y el incienso, la más bella de las estrellas y la gente cristiana. Uno se habría creído que se trata del canto de un poeta borracho con el vino nuevo.

Finalmente la ceremonia arriba al momento en que se proclama el evangelio cuando el diácono se pone a cantar solemnemente con aquel incomparable recitado jubiloso, de cadencia tan alegre. "Y después del Sabbath, con los levantes de la aurora del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María acudieron a ver el sepulcro. Y he aquí que hubo un gran terremoto; y un ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose corrió la roca del sepulcro y se sentó sobre ella. Su apariencia era como de un relámpago y sus vestidos eran blancos como la nieve. Y los guardias temblaron de miedo hasta quedarse como muertos. Mas el ángel respondió y le dijo a las mujeres: «No temáis, pues sé que buscáis a Jesús, que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, tal como había dicho; venid, mirad el lugar donde yacía. Id pronto a decirle a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos y ya veréis que Él os precederá en el camino a Galilea; allí lo veréis. ¡Ea! Os lo he dicho.»"

Todo lo nuevo empezaba, empezaba todo lo nuevo.

No sólo María Magdalena y la otra María, la madre de Santiago, sino Juana, la mujer de Cuzá, y otras mujeres, estaban al mismo tiempo en el sepulcro, al que habían acudido con perfumes, con la intención de embalsamar el cuerpo. Después de oír hablar al ángel, huyeron confundidas, corriendo a más no poder de regreso a sus casas, muertas de miedo, sin atreverse a decirle nada a nadie. Sólo María Magdalena buscó a Pedro y a Juan y se los contó, atribulada en extremo: "Se han llevado al Señor de la tumba y no sabemos dónde lo han puesto." Lo único que le impresionaba era la desaparición del cuerpo

que ella llamaba *el Señor*. Las palabras del ángel habían desaparecido como si hubiesen sido de un ensueño.

Pedro y Juan se levantaron prestamente y corrieron hacia el sepulcro. Estaba abierto y vacío. Los guardas y los ángeles habían desaparecido. Vieron los lienzos que habían envuelto al cuerpo y en otro lugar el pañuelo con que habían envuelto su cabeza, cuidadosamente plegado.

*

María Magdalena volvió al sepulcro. Estaba trastornada de pena y no podía creer en infortunio tan pesado. No sólo había muerto su Bienamado, sino que incluso su precioso cuerpo había desaparecido. ¿Sería posible que la iniquidad de los hombres se extendiese al punto de vengarse incluso de un cadáver? ¿Era posible que la hubiesen despojado de este su último consuelo: el de venir a adorar este cuerpo en el que ella había puesto todo su amor?

Llegó a la tumba. Pedro y Juan ya se habían retirado. El sepulcro parecía abandonado. Se mantuvo afuera, reclinada contra la pared rocosa y lloró. Mientras lloraba, se inclinó para mirar adentro de la tumba, una vez más. En verdad, no podía dar crédito a este duelo redoblado. A lo mejor no había visto bien, la primera vez... ¡Oh Dios, si sólo pudiera encontrar de nuevo a aquel cuerpo que ella adoraba! Se inclinó aun más para cerciorarse. Había alguien en la tumba—dos ángeles, vestidos de blanco, en el mismo lugar donde había yacido Cristo, uno a la cabeza, el otro a los pies. Le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras?" Les repitió lo que le había dicho a Pedro y a Juan: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto." Sin esperanzas, se alejó de los dos ángeles. ¿Qué podían significar para ella estos ángeles que estaban sentados allí como dos buenos para nada, en lugar de ayudarla a encontrar a su Señor?

Entonces fue que vio a un hombre parado cerca. No lo reconoció y pensó que era el jardinero. Este hombre le hizo la misma pregunta de los ángeles: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?". Y ella, sin contestar directamente la pregunta, sin siquiera nombrarlo a Aquel cuya ausencia había desgastado su alma, dijo: "Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y me lo llevaré conmigo." Estaba diciendo insensateces y no se fijaba en lo que era posible y lo que era imposible, como le pasa a la gente que sufre grandemente a causa de su amor.

Entonces este hombre habló con un cierto tono que ella no podía sino reconocer, y, llamándola por su nombre, dijo: "María".

Era Jesús. Ella cayó de rodillas. "Mi Maestro", dijo.

Pero, misteriosamente, la obra de amor seguía su curso. Él la alejó con sus manos. "No me toques—dijo —pues aún no he subido al Padre. Ve al encuentro de mis hermanos y díles que asciendo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios."

Y ahora no había más que gozo. María Magdalena se apresuró a buscar a los discípulos y sin aliento les dijo: "He visto al Señor y me contó estas cosas."

Pero a ellos les pareció que lo que decía no era más que producto de un delirio. Y no le creyeron.

*

A la tarde, Cristo se sumó a la compañía de dos discípulos camino de Emaús. Con ellos entró en una posada y, durante la comida, con partir el pan se hizo reconocer. Cuando continuó con su camino, estos dos discípulos volvieron apresuradamente a Jerusalén y hallaron a los Apóstoles en la casa en la que se refugiaban. Les contaron cómo habían visto a Cristo, pero los otros no les creyeron. Y sin embargo, se les dijo que Simón Pedro también daba testimonio de haberlo visto.

Entonces, en esta casa cuyas puertas estaban trancadas por temor a que ingresaran intrusos, Cristo se apareció ante los Apóstoles allí reunidos y comenzó a recriminarlos severamente. Los amonestó por su falta de fe y la dureza de sus corazones, porque no habían creído a los testigos de su resurrección. La cristiandad fue fundada por hombres carentes de entusiasmo y sin imaginación ninguna, gente incrédula y timorata, tipos tímidos y temerosos que sólo abrieron sus corazones ante la luz de la Resurrección de Cristo cuando ya no les quedaba alternativa, forzados como estaban ante la evidencia. "¿Por qué estáis perturbados?", Cristo los retó. "¿Qué pensamientos son estos que abrigáis en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, tocad y ved. Un fantasma no tiene carne ni huesos. Y vosotros veis claramente que Yo estoy aquí con mi carne y mis huesos, en vuestra presencia."

Y porque aun así no creían y mantenían a distancia el júbilo que comenzaba a asediarlos, les preguntó: "¿Tenéis algo para comer?". Le dieron un pedazo de pescado asado y un panal con miel. Comió en su presencia. Luego, como una madre que preside la mesa, les dio a cada uno de ellos una porción.

Aquel día había estado ausente uno de los Apóstoles, Tomás, el mismo que había dicho que era necesario morir con Cristo. Cuando los demás le contaron cómo Cristo se les había aparecido, no quiso saber nada: "A menos que vea con mis ojos las heridas de los clavos en sus manos y ponga mi dedo en esas llagas, y mi mano en su costado, nunca lo creeré." Y durante ocho días permaneció perfectamente incrédulo.

Ocho días después estaban todos reunidos otra vez y Tomás, esta vez, también estaba allí. Jesús se apareció en medio de ellos y les dijo: "La paz sea con vosotros." Luego le dijo a Tomás: "Pon tu dedo aquí y ve mis manos. Trae tu mano y ponla aquí en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente." Tomás respondió con palabras de adoración: "Mi Señor y mi Dios". Jesús le dijo a él, pero más allá de eso, lo que dijo también le estaba dirigido a todas las generaciones de hombres: "Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados aquellos que no han visto y han creído."

El Señor se apareció varias veces más en distintos lugares y bajo circunstancias diversas, a veces ante multitudes constituidas por cientos de testigos. Hasta el final, hubo quienes no creyeron y se negaron a aceptar la evidencia. La religión cristiana había comenzado su viaje por el mundo.

Si uno lee atentamente los relatos de los cuatro evangelios, se constata que en la mayoría de los casos los primeros efectos de la Resurrección de Cristo y sus apariciones no fueron sino de terror para los que lo veían y de incredulidad para quienes sólo oyeron hablar del asunto. Era demasiado. Era imposible. Y cuando un hombre se veía obligado a admitirlo—por excesivo e imposible que fuera—en razón de la evidencia que tenía ante sus ojos y sus manos—una verdad tan palpable como si uno hubiese sido golpeado con un palo—entonces la primera reacción era de temor. Durante aquellos escasos días Cristo recurrió al mismo método que todos los tiranos siempre han usado para aterrorizar a la gente. Se aparecía de repente, algunas veces aquí, otras allá, como de repente cae el granizo, como la plaga o la cólera que brota en una ciudad, como hacen las bandas peligrosas para delinquir, como la policía de un régimen totalitario suprime un plan de sublevación. Los hombres se veían obligados a creer por la fuerza o por simple temor, y aun así, siempre hubo quienes no creyeron. Mas en el caso de las apariciones de Cristo, la primera reacción de temor se veía seguida de una explosión de júbilo. Aquí no había ningún granizo. Aquí había una abrumadora esperanza.

*

Tales los hechos. Debajo del relato de los evangelios, uno percibe sin embargo la sombra de una vacilación, de la duda, la negativa a creer si no se toca, la vehemencia en las imprecaciones de Cristo, el estremecimiento del gozo. Todo eso viene en auxilio nuestro, mucho más que si la noticia de la Resurrección de Cristo hubiese sido aceptada por todo el mundo con espontáneo entusiasmo. El odio también tiene sus momentos de clarividencia. Cuando los confundidos y perplejos guardias del sepulcro buscaron a los sumos sacerdotes para contarles que un ángel los había desmayado, que el sepulcro estaba abierto y que el cuerpo había desaparecido, los sumos sacerdotes no dudaron ni por un instante de que se veían confrontados una vez más con un prodigio de parte de aquel que habían dado en llamar "el

Seductor". Este hombre siempre sería para ellos como la cabeza de una serpiente que uno cree haber aplastado para siempre y que repentinamente se alza de nuevo, más atrevida que nunca. ¿Qué hacer? Los sumos sacerdotes reflexionaron y resolvieron pagar por el testimonio de estos soldados. Les dieron plata, mucha plata, y les enseñaron el cuento que debían repetir: los guardias se habían dormido. Mientras dormían, los discípulos de Cristo aparecieron y se robaron el cuerpo.

Alrededor del majestuoso acontecimiento de la Resurrección de Cristo hay un componente cómico que le agrega al drama aun más sabor de verdad. Precisamente en el mismo momento en que los discípulos, abrumados por el naufragio de todas sus esperanzas temblaban de miedo no fueran a ser también ellos arrestados por lo judíos, y por eso mismo, encerrados a cal y canto en una casa, sin siquiera asomar sus narices a las calles de la ciudad, pues bien, en ese mismo momento se los acusaba de haber llevado a cabo una hazaña que requería máximo coraje. Nos trae a la memoria esos cuentos de caza en los que el desafortunado conejo, finalmente cansado de tener miedo, se lanza a perseguir a sus cazadores.

Amontonando absurdo sobre absurdo, en lugar de haber arrojado a los guardias a la cárcel por negligentes y por haber abandonado sus puestos, se les dio plata para comprarse unos tragos para que así se propagara por doquier la historia de su imperdonable negligencia. Para quienes tienen noción de las ironías del destino, resulta consolador comprobar que Cristo ni se molestó en envolver a sus enemigos con el brillante manto rojo del ridículo. Nos podemos imaginar fácilmente a esos soldados, recogiendo sus armas y equipamiento, asomándose con cautela al sepulcro, descubriendo consternados que estaba vacío, sin la menor idea de lo que pudo haber ocurrido y luego discutiendo entre sí cómo proceder a continuación. Y como la cosa no tenía remedio, finalmente regresaron a Jerusalén con el rabo entre las patas para informar sobre lo que había sucedido. Por descontado que les esperaba una corte marcial. ¡Qué historia! Pero no, nada de eso; se les dio plata para ir de copas.

Compraron vuelta tras vuelta. El mismo Falstaff brindó con su copa por la salud del Sumo Sacerdote y de paso por aquel fabuloso muerto que atravesaba las paredes de roca.



Así es que, al principio, entre los discípulos de Cristo a los que Él se les apareció después de su resurrección, hubo dos reacciones muy diferentes. La mayoría de ellos estaban aterrorizados y creían realmente que su Maestro había resucitado porque la fuerza de la evidencia tangible y visible, el testimonio de sus sentidos y las imprecaciones de Cristo, no les dejaba alternativa.

Los otros, por cierto una franca minoría—María Magdalena, los peregrinos de Emaús y tal vez San Juan—reconocieron a Cristo por razón de lo que les resultaba familiar en Él. María Magdalena, por su voz; los discípulos de Emaús por la fracción del pan; Juan por el estilo mismo de su milagro.

Por más que los testigos del primer grupo puedan ser más útiles para nuestra fe debido a nuestra ansiedad y a la debilidad de nuestros corazones, los cristianos más perfectos fueron aquellos cuyo amor inicial nunca se desvió. Y entre todos los que se mencionan en el Evangelio, fue María Magdalena la que mostró conducta más ejemplar.

La razón de esto es que, de entre todos ellos, ella amó más. Desde aquel primer día en que sus pecados le fueron remitidos, todos los privilegios de María Magdalena derivan de su amor. Fue porque había amado tanto que no sólo se le perdonó su vida pecadora de antaño, sino que además tuvo mejor parte en la amistad de Cristo, a tal punto que mereció provocar sus lágrimas cuando la muerte de Lázaro, que le fue dado profetizar el inminente entierro de su Bienamado, que resultó ser la primera en dar testimonio de su Resurrección, además de que le fue confiada la profecía de su Ascensión y la misión de anunciársela a los Apóstoles. Más que ningún otro santo—con excepción de la Santísima Virgen—fue asociada al destino natural y sobrenatural de Cristo.

*

En el libro de Job hay una frase que rezuma con acentos desesperados: *Fuissem quasi non essem, de utero translatus ad tumulum*—"Sería como si nunca hubiese existido, llevado del seno materno al sepulcro" (Job X:19). Así como lo hizo con muchas otras declaraciones del Antiguo Testamento, Cristo le dio nuevo sentido a este dicho: secuestrado de las fauces de una amarga sabiduría, la sentencia se convierte en un mensaje de esperanza y en una profecía de gloria. Es cierto que las dos fronteras del destino humano son el seno materno y el sepulcro. Cristo no escapó a esta ley, y de manera privilegiada asoció a ese su destino a dos mujeres en ambos extremos, y las dos mujeres se llamaban María. La Virgen recibió en su seno al Verbo de Dios. María Magdalena es la santa de su entierro. Pero sus misiones, ambas misiones, constituyeron un ministerio que excede con mucho lo meramente corporal y biológico.

Y esto porque la semilla, milagrosamente plantada en el seno de la Virgen María, era mucho más que semilla de hombre y el cuerpo que María Magdalena tenía en sus brazos era mucho más que el cuerpo de un hombre. Ante todo, esta semilla y este cuerpo pertenecían a la eternidad, de allí procedía y allí volvería. La tradición de la Iglesia siempre ha comparado el nacimiento de Cristo a su resurrección: el uno prefiguraba al otro. Cristo dejó el seno de su madre del mismo modo en que dejaría su sepulcro, sin romper los sellos. El Evangelio no nos menciona la aparición de Cristo a su Madre; no hace falta. No siempre el Evangelio nos lo cuenta todo. Adhiriendo al misterio del milagroso nacimiento de Cristo, del cual ella era ministro, la Virgen María adhirió anticipadamente a todos los desarrollos posteriores de este misterio y muy especialmente a la Resurrección de la cual su nacimiento no era sino la profecía.

Así como el Verbo, el Hijo de Dios, verdaderamente se hizo hombre en el real seno de una madre, así también murió realmente con una muerte humana por nuestros pecados, e igualmente así fue realmente enterrado. Lo que normalmente se entierra ya no es una persona. El cuerpo de Cristo aún era Él mismo. Así como el Arcángel Gabriel había anunciado la Encarnación y el descenso del Verbo en el seno de una madre, María Magdalena, mediante la unción del cuerpo de Cristo en Betania, anunció el entierro de Cristo y que Él yacería en un sepulcro. Más adelante, en lo que concierne a Cristo Resucitado, su rol es similar al que desempeñó la Virgen María respecto del Niño Jesús. Ella fue quien lo vio primero y quién podía contarle. Y así como la Virgen María, mientras sostenía en sus brazos a Jesús Niño, había recibido de boca del anciano Simeón la profecía de su Pasión, así también, e inmediatamente después de su Resurrección, María Magdalena oyó la primera y de los labios del propio Cristo la profecía de su pronta Ascensión y de nuestra futura ascensión con Él.

*

De utero translatus ad tumulum. "Trasladado del seno materno a la tumba." En relación a Cristo, hemos de extender el sentido de estas palabras, desde la eternidad hacia la eternidad. Hasta su Encarnación y desde toda la eternidad, el Hijo de Dios, su Verbo y su Fruto, vivía en el seno del Padre, en la espiritual simplicidad de su naturaleza divina. Mas allí era desconocido para el mundo y para los hombres. En su vida íntima, Dios estaba separado de los hombres, como lo está un hombre muerto en su tumba. Para los hombres, era como si Dios estuviese muerto, y los más grandes sabios del mundo antiguo habían sentido plenamente esta ausencia de Dios, una ausencia que se parecía a la muerte, puesto que nada se podía hacer al respecto. Reconocían perfectamente que Dios estaba ahí, pero mudo, sordo, sin sentimientos y escondido, enterrado de tal manera que no se lo podía hallar.

Dios mismo tomó carne en el seno de la Virgen que fue quien nos lo reveló. Era como una primera resurrección después de una cruel ausencia. Desde entonces Dios mismo estaba entre los seres vivientes de este mundo mientras fijó su habitación entre nosotros. Pero mirado con otro ojo, su Encarnación ya de por sí era un entierro, puesto que Dios escondió su gloria. Así es que había ido al mismo tiempo desde la tumba de su ausencia del mundo al seno de la Virgen María que lo presentó al mundo; y también desde el seno de su gloria a la tumba de su humillación humana y temporal.

Y en esta aventura temporal, el Hijo de Dios fue desde el seno de la Virgen María al sepulcro de José de Arimatea. Y este sepulcro también era un seno materno puesto que contenía el germen de la eterna divinidad viviente. Constituía también este misterio de esperanza que María Magdalena había profetizado mediante la unción de Cristo en Betania. La Resurrección era como un nacimiento.

Eso no significaba que todo había terminado. Desde la tumba de su vida terrenal, Cristo había de retornar al seno de su Padre y allí, con su cuerpo resucitado, fijar su habitación, en la gloria de su Padre. *De tumulo translatus ad sinum Patris*. Desde la tumba de José de Arimatea sería trasladado al seno de su Padre. Tal como al Arcángel Gabriel se le había encomendado la misión de anunciar la encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María, a María Magdalena se le había encomendado esta novísima misión de anunciar el retorno del Hijo del Hombre al seno de su Padre. Así como ella había sido la profetisa de su entierro, ahora era la profetisa de la Ascensión. "Id a mis hermanos y díles: subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." La frontera natural del entierro de Cristo estaba constituido por su Ascensión al seno de su Padre. Aquí por qué María Magdalena hubo de profetizar lo uno y lo otro. Nuestro destino normal es el de seguir a Cristo, el líder de la humanidad, desde la cruz hasta la gloria, desde su entierro a su Ascensión. María Magdalena nos extiende su mano desde el umbral del jardín eterno.

*

Con todos los demás testigos de la Resurrección, incluyendo a los discípulos de Emaús, Cristo volvió al pasado refiriéndose a las profecías que Él había cumplido mediante la Resurrección, instó a que tocaran con los dedos sus heridas, y demostró de todas las maneras posibles la realidad e identidad de su cuerpo. "¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciese todo esto para así entrar en su gloria?". Y comenzando con Moisés y todos los profetas, les explicaba las Escrituras que se referían a Él.

Con María Magdalena actuó de una manera enteramente distinta. Cristo no le habló ni del pasado, ni de su Pasión; no intentó demostrar que su cuerpo era enteramente real, ni le habló de su Resurrección. Con ella recurrió a la voz del amor: "María". Y sólo le habló acerca del futuro y de su Ascensión. Allí donde

le diría a Tomás, "Trae tu mano y toca mi costado, pon tu dedo en las llagas de mis heridas...", con María Magdalena, fue todo muy distinto: la apartó de sí, diciendo: "No me toques". Perentoriamente interrumpió el impetuoso impulso de su Bienamada. Aquí hay una prueba aun más grande de la realidad de su cuerpo que cuando le mandó a Tomás que lo tocara. A las mujeres no les gustan los espíritus incorpóreos. Si hubiese sido un espíritu María jamás habría tenido semejante impulso. Era Él ciertamente su verdadero y único Señor, en carne y hueso. Con una delicadeza aún más grande que para consigo mismo, Cristo le dijo con exquisita delicadeza, "No me toques". Y le profetizó su Ascensión. Con esto, Cristo se impuso sobre la impaciencia de María Magdalena con una doble postergación: no sólo la de su propia Ascensión, sino también la de ella misma, su ascensión corporal cuando el fin de los tiempos—y entonces sí que podría *tocarlo*.

La actitud de ella fue admirable. Tampoco ella miró hacia el pasado. Friné ya no estaba en el Jardín de los sueños; estaba en el segundo Jardín en el que Cristo era el Jardinero. Finalmente había sido curada de su añoranza por el Paraíso perdido. Había sido curada mediante la esperanza del Paraíso Eterno.

De allí en más, María Magdalena supo que su cuerpo resucitaría y que entonces dispondría de una entera libertad, una libertad que, por estar ensombrecidos, no alcanzamos a vislumbrar siquiera. Sabía que resucitaría y que entonces su belleza trascendería cualquier corrupción y que se mostraría inmaculada, con la radiación sensible de una gloria sempiterna.

En aquel jardín de José de Arimatea, iluminado por el pacífica luz de primavera, en aquel amanecer gris y azul, repleto de ángeles y de pájaros, el Señor anunció a su Bienamada su próxima Ascensión y por allí estableció cómo sería a partir de ahora la vida cristiana en este mundo sublunar—una amante preparación y amante expectativa ante una misteriosa cita de amor. En la persona de María Magdalena la humanidad recibió la promesa de un solemne matrimonio. Eso ocurrirá el día de la resurrección general cuando el fin del mundo—un día de celebración, la celebración de una boda. La humanidad ya no era la mujer desobediente y adúltera expulsada del Paraíso; ya no era la esposa repudiada. El pasado había sido abolido de una vez y para siempre. La humanidad era la novia, la prometida del más hermoso entre los hijos de los hombres, que la esperaba en el umbral de otro Paraíso.

También en esto María Magdalena realizó enteramente y le otorgó sentido pleno a la profecía de Juan el Bautista, que había dicho de Cristo: "Él es el Novio".



La Ascensión del Señor sucedió en Betania. En este pedazo de tierra donde Él había saboreado los gozos humanos de la amistad, en donde había demostrado su divinidad mediante el milagro más grande de su vida pública, en donde había compartido lágrimas con María Magdalena, en donde ella lo había ungido proféticamente por segunda vez, en donde había padecido su agonía y recibido el beso de Judas—este pedazo de tierra habría de recibir la impronta de sus últimos pasos. Antes de la cita en el Paraíso que Él le había hecho a todas las generaciones en la persona de María Magdalena, en Betania había mantenido, había cumplido, por última vez, con una cita que tenía con sus discípulos. Se había reunido una pequeña multitud para verlo, para escucharlo, para tocarlo, para hablar con Él.

Y con todo, aún había unos pocos que se negaban a creer.

Una vez más le hicieron una pregunta, tan profundamente enraizada en las esperanzas temporales del pueblo judío: "Señor, ¿es ahora que por fin vas a restaurar el Reino?". Y Él, incluso en esta oportunidad, respondió ambiguamente. No negó su derecho al Reino de Israel, por mucho que fuera evidente que la frase no tenía el mismo sentido para Él que para los que se lo preguntaban. Dijo: "No os toca a vosotros conocer los tiempos ni las fechas que el Padre ha fijado de su propia autoridad; pero veréis la hora en que el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y Samaría e incluso hasta los confines del mundo."

Diciendo estas palabras, Cristo los bendijo, ascendiendo suavemente hacia los cielos cuando una nube los quitó de su vista. Pero ellos seguían con la mirada fija en el cielo hasta que, para su gran sorpresa, dos desconocidos vestidos de blanco se les acercaron y dijeron: "Hombres de Galilea, ¿qué hacéis parados aquí mirando hacia el cielo? Este mismo Jesús que ha sido arrebatado hacia las alturas volverá del mismo modo que lo habéis visto ascendiendo al cielo."

Esta profecía completaba la que Cristo le había hecho a María Magdalena. Antes de que volviéramos a juntarnos con Él en su Paraíso, y eso con cuerpos gloriosos, Cristo volverá a la tierra a juzgar la humanidad. Es entonces que su reino será restaurado. Y su reino no tendrá fin.

El último acto de la vida terrena de Cristo empezó en Betania cuando María Magdalena lo ungió presagiando su sepultura, y terminó en Betania con la Ascensión y la eterna unción que Él recibió de su Padre como Rey de las Naciones. María Magdalena, la Bienamada del Cantar de los Cantares siguió fielmente a su Señor a través de todas las etapas de su último viaje.

María Magdalena estuvo presente cuando la Ascensión. De igual modo estuvo en el cenáculo con la Madre de Dios y los Apóstoles en Pentecostés, cuando el Espíritu descendió en un torbellino y se asentó

sobre cada uno de ellos en forma de lenguas de fuego. Entonces los Apóstoles le hablaron a la muchedumbre que se había reunido en razón del estrépito de los cielos, y parecía que estaban borrachos, tan animados se mostraban, con un entusiasmo y una sabiduría y un poder que no eran de este mundo.

María Magdalena estuvo presente cuando el nacimiento de la Iglesia. Mas desde entonces en las Escrituras no hay más noticia acerca de ella, razón por la cual hemos de volvernos al venerable dominio de la tradición.

*

En el sur de Francia, al este del Rin y a corta distancia del Mediterráneo, hay una montaña que se parece a una mesa, hecha de rocas blancas y rosadas y que, producto de algún holocausto, se alza abruptamente hacia los cielos. Desde el pie de esta montaña se extiende un bosque y en la altura de la montaña misma hay una gruta.

Debajo de un salvaje matorral de leyendas, el tesoro más significativo, la "raíz" de todas las tradiciones acerca de la Magdalena, cuenta que María vino aquí, unos años después de la muerte y Resurrección de Nuestro Señor, a la región de Provenza, y que terminó su vida allí en penitencia y contemplación, viviendo en la gruta de esta célebre montaña que hoy se denomina, recordando su estadía, "*La Sainte Baume*", la Santa Gruta.

Por los *Hechos de los Apóstoles* sabemos que inmediatamente después de la Ascensión de Nuestro Señor y hasta la caída de Jerusalén, se desencadenaron violentas persecuciones contra la joven Iglesia de los cristianos. Los cristianos fueron dispersados o encarcelados, flagelados, a veces muertos. El diácono Esteban constituyó su primer mártir. En el año 62, ocho años antes de la destrucción de Jerusalén, Santiago, "el hermano del Señor" y primer obispo de Jerusalén, fue arrojado desde el pináculo del Templo y luego apaleado hasta morir. Fue durante una de estas persecuciones que la familia de Betania se exilió, junto con un número de otros cristianos asociados a ella.

Esto encaja perfectamente con lo que el Evangelio nos cuenta referido a esta familia de Betania. A partir de todos los textos se infiere que esta familia era especialmente odiada en razón de los estrechos vínculos de amistad que la vinculaban con Cristo. Y, al mismo tiempo, que fueron eximidos de padecer la última violencia (por más que con eso se los amenazó después de la resurrección de Lázaro) en razón de su rango en lo más encumbrado de la aristocracia judía y de sus poderosos vínculos en todos los círculos. Por cómo están redactados estos textos uno también se lleva la impresión de que los sinópticos tratan a esta familia tan querida por Jesús con extrema prudencia y reserva. Los evangelios sinópticos

apenas si la mencionan y se toman trabajo en no identificarla; aluden a ella casi como habiéndose puesto de acuerdo en eso antes, como uno podría hablar de gente que, bajo un régimen totalitario, se verían expuestos a inmediatas represalias. En cambio Juan, que escribió después de la caída de Jerusalén, no parece restringido por la misma prudencia.

De modo que María Magdalena vivió, después de la Ascensión, durante cierto tiempo en Palestina, quizás por un tiempo relativamente prolongado. A lo mejor también, antes de abandonar Jerusalén, puede que haya oído a aquel extraño profeta, hijo de un campesino, y que en trágica coincidencia también se llamaba Jesús, quien, durante siete años y a pesar de las crueldades de todo tipo que se le infligieron, gritaba interminablemente, de día y de noche, en todas partes de la Ciudad Santa: "¡Voz del Este! ¡Voz del Oeste! ¡Voz de los cuatro vientos! ¡Voz contra Jerusalén! ¡Voz contra el Templo! ¡Voz contra la gente! ¡Pobre de Jerusalén!" Entonces ella pensó en las lágrimas de Cristo sobre la Ciudad de Jerusalén.

Por tanto, un día, los judíos apresaron a toda la familia de Betania y la cargaron en un barco sin velas ni timón, quedando a merced del viento y las olas. La mano de Dios milagrosamente trajo esta barca hasta las costas de la Provenza en el país de las Galias. Lázaro fundó la iglesia de Marsella, Maximino la de Aix, Marta se instaló en la ribera del Rin y María Magdalena terminó sus días en la soledad de la *"Sainte Baume"*.

Desde la gruta, la vista es hermosa. Se trata de unos de los lugares más bellos del mundo y cuando descende el atardecer sobre los bosques y las planicies lejanas, la luz se revela tan suave, tan serena, tan amable, que uno se creería que está en otro mundo, un purgatorio desde el cual las almas ascienden naturalmente hacia el cielo, por una inversión de la gravedad.

Se cuenta que diariamente y siete veces por día, los ángeles, que eran fieles compañeros de la Magdalena, la transportaban hasta la cima de la montaña para rezar. A lo lejos el sol encendía el mar, y ella podía divisar las Islas de Oro, bañadas en este lago de luz.

Durante el último día de su vida terrenal, bajó hasta la llanura. Maximino acudió a su encuentro y le dio el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía. Fue él quien recibió el último aliento de vida de la Bienamada del Cántico. Su cuerpo aguarda su gloriosa resurrección en la cripta de la iglesia que hoy lleva por nombre *"Saint-Maximin"*.